

PREFACIO
PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

Es bello pensar en la Muerte cuando se ha agotado todo lo que hay de bello en los jardines de la Vida;

y, un sol perpendicular envía rayos de oro sobre la mar de !os lejanos combates, en cuyo escarlata cesáreo, las estrellas que alumbraron cortejos de victorias, envueltas hoy en la suave quietud de una paz augusta, apenas dejan caer tenues rayos, que tienen una suave blancura de sudarios;

y, las brisas traen el olor de los floridos laureles, crecidos en playas muy remotas, cuyas hojas fueron familiares a nuestras Manos, y agobiaron un día el candor de nuestra frente, cuando la ciñeron en forma de coronas;

y, en la bruma lagunar de la tarde cadente, se puede ver sobre esa mar sembrada de naufragios, la desnudez agresiva de las quillas rotas y de los mástiles escuetos, privados de la caricia del velamen;

y, en la línea escenográfica de los paisajes, estilizados en su inmutable actitud, cadáveres de águilas petrificados sobre las cimas ríspidas...;

y, largas procesiones de sombras, huyendo por los senderos acres, en actitud humilde de vencidas...;

¡los combates de mi pluma!...

¡oh!... cómo es bello rememorar, cuando se ha tenido una vida tan tenaz y, espiritualmente heroica como la mía, a la cual cuarenta años de combates sirven de coruscante perspectiva;

no me fué dado como a Ulises, al final de mi larga epopeya, ver surgir de la bruma amable las torres de Itaca y, sentarme al fuego del hogar para rememorar mis combates, viendo moverse lentamente las manos de Penélope, sobre la tela inconclusa;

yo, no tuve Patria;

yo, no tuve Hogar;

y, no me fué dado recordar mis victorias y, mis derrotas, sino en el calor de playas hospitalarias, bajo el ardiente sol de extraños cielos;

¿qué fui yo en la Vida, sino un extranjero adondequiera que puse el pie sobre la Tierra?...

y, es sobre uno de esos lugares de residencia ocasional, inseguros y fugitivos como un miraje, que me toca hoy rememorar lejanos días de combate, esperando la hora de caer vencido por el único arquero al cual le puede ser concedida esa victoria: la Muerte;

es frente a una mar azul, de un azul fosforescente, cuyas olas semejan lánguidas llamas de alcohol, que vienen a besar la playa con una casta pasión de adolescentes, que me toca levantar en la memoria la escenografía, ya muy remota, de los mares ecuatoriales, oscuros y profundos, y, de la roca árida, y sin embargo amable en que escribí este libro;

¿cuándo?

¿dónde?

en el año de 1892;

en la isla de Curaçao;

especie de cuarzo virgen, enclavado en el tumultuoso corazón del mar de las Antillas;

¿qué hacia yo allí, en aquella isla de los naufragios, cuya bahía es como un remanso, en el cual anclan todas las naves de la derrota, que el huracán de la política arroja sobre esas costas desde la zona siempre conmovida de los países circundantes?...

yo, también era un náufrago;

es decir:

era un proscripto.

Raimundo Andueza Palacio, un César grotesco, hecho de vino y, de fango, especie de Vitelio de arrabal, que deshonoraba el Poder con sus crímenes, después de haber deshonrado la Vida con sus vicios, me había arrojado fuera de los límites de su Imperio, con la complicidad de

un Senado de acéfalos, tan viles como su amo, pero, aún más cobardes que él, porque ocultaban su vileza tras el ruín anonimato de su colectividad;

este jabalí ebrio talaba sin piedad los campos de la República, y, yo había osado oponerme con mi pluma a su marcha de bestia victoriosa;

él, era la Fuerza;

yo, era el Derecho;

la Fuerza me venció;

el cerdo epiléptico, que lo osaba todo; después de haber hozado en todo, rompió con sus pezuñas las hojas de mi diario que yo le oponía como barrera, y, me aventó con la trompa, primero en los antros de una prisión, y, luego a las intemperies del destierro;

y, caí en la tranquila isla donde otros proscriptos consolaban sus nostalgias, organizando la guerra, que había de dar, y dió en tierra, con el poder del paquidermo enfurecido;

¿qué hacer de mis vagares, yo, que no tenía nostalgias que consolar, porque no era mía la tierra de la cual se me aventaba, y, aquel nuevo destierro no era sino un islote más, surgido en ese interminable archipiélago de destierros que había de ser mi Vida?;

los hombres que me rodeaban, conspiraban;

yo, no he tenido nunca dentro de mí, el alma de un conspirador;

esa forma de combate en las tinieblas, no pertenece a la táctica de mis combates;

los otros, se preparaban para ir a la guerra y, yo había renunciado a esa forma de lucha, el día — entonces muy reciente—, en que rota mi espada, en mi mano cuasi adolescente, yo había encabado en su empuñadura, mi pluma de diarista y, panfletario, para lidiar con ella, esos combates par la Liberad, cuya serie épica no termina todavía, pues apenas si hago un alto en ellos, para

escribir estas líneas rememoradoras de otros, más lejanos, aunque no menos gloriosos;

los días de mi ancianidad van a llegar, y, mis manos, ajenas aun a toda forma de temblor, se gozan en unir con los tenues hilos del recuerdo, los combates de ayer a los combates de hoy, en espera, de tener tiempo para narrar los combates de mañana;

de pie en el islote agreste, yo, no sabía qué hacer de mis ocios coléricos;

y, entonces escribí este libro;

mi juventud batalladora descansó en él, y, mi soberbio amor por la Libertad, halló amplio cauce por el cual correr;

los horizontes de la Historia, y, los de la Política, en aquella época funesta, ofrecían grandes cuadros de verdad aterradora a mi inspiración;

no apartaba los ojos de los tiempos históricos remotos, sino para tropezar con un Crimen histórico, de pie cerca de mí;

a cualquier punto del horizonte cercano, que dirigía mi vista, no hallaba sino una Satrapía victoriosa, pidiendo el castigo de mi pluma;

en Colombia, la Irredenta, y, lo que es más triste aún la Irredimible, un bonete sostenido en la punta de una lanza; había suplido al gorro frigio, que antes ostentaba en uno de los cuarteles de su escudo;

monjes tartamudos de ignorancia, enseñaban a generaciones ya cretenizadas por ellos, a deletrear el Syllabus, única lectura permitida a aquella tribu de indios, feroz y tenazmente encolerizada contra la Libertad;

en Venezuela, la sombra del cerdo enfurecido llenaba el horizonte, triturando con sus colmillos la libertad de aquel semillero de héroes, sin prever la espada victoriosa de Joaquín Crespo, que había de atravesarle el corazón;

en el Ecuador, Eloy Alfaro, el Segundo Libertador de aquel país, no había desgarrado aún con su espada el corazón de esas tinieblas, para caer después de bruces en la hoguera que había de consumir su glorioso cuerpo de Héroe, ante la turba ululante de los genízaros de Leonidas Plaza, que celebraban, sin saberlo, los funerales de Aquiles;

en México, Porfirio Díaz, ese fantasma de Sila septuagenario, eternizaba su Dictadura, sobre un pedestal de oro amasado con sangre;

en Santo Domingo, se oían los maullidos siniestros de Ulises Heureaux, la pantera negra, rodada sobre el pavés rojo de la Tiranía, de entre las vestiduras violetas del Arzobispo Meriño, su siniestro antecesor, así, como del vientre de una tigresa, que hubiese parido, sobre las gradas mismas del altar.

Centro-América, era un tumulto de bajalatos en orgasmo;

las espadas de los Ezetas, aparecían tendidas en forma de cruz, sobre la tierra convulsa, del uno al otro mar, al pie de los volcanes;

fué ante ese espectáculo de angustia y, de desolación, que escribí: LOS PROVIDENCIALES;

todas las santas cóleras, y, todas las nobles fusiones de mi juventud, vibran en este libro;

era yo aún muy joven cuando esculpí con mi pluma, los trágicos camafeos de ese circuito de tigres, hoy desaparecidos del Mundo, y, aprisionados por mi palabra en las redes de la Historia;

por eso me fué concedido el placer de verlos hundirse uno a uno en las perspectivas de la derrota y del la tumba...

ni uno solo de los que entonces vivían, existen ya;

todos han desaparecido del Poder y de la Vida;

la suerte, tan avara de goces para mi corazón, me reservó en la tarde de la Vida, el glorioso placer de ver el

horizonte de la América, cuasi libre de la silueta de un Tirano;

el último de la siniestra estirpe, acaba de caer, en Guatemala: MANUEL ESTRADA CABRERA¹;

la hiena letrada cayó dando grandes saltos entre las llamas de su Capital, incendiada por su mano;

ese Nerón tropical, sin otro atractivo que el de su feracidad, me pertenece para otro libro, por eso aparto mi pluma del cuello del felino vencido y, no lo degüello ahora;

el cadáver de esa fiera me pertenece;

yo, lo embalsamaré para el Museo de la Historia;

con Estrada Cabrera desaparece el último de los tiranos letrados contra los cuales reñí rudos combates²;

soy superior al Orgullo, y, por eso no siento sino un frío desdén ante aquel pudridero de fieras, a las cuales marqué en el anca con el hiero candente de mis frases;

es tarde ya, para que el recuerdo de las victorias de mi pluma pueda conmover mi corazón;

no es digno de la serenidad de mis últimos días, entonar un Himno de Victoria sobre la miseria de tantas cosas y, tantos hombres vencidos...

.....
escribo estas líneas sobre las ruinas de un mundo que hace esfuerzos heroicos por revivir, y, no puede libertarse de las ligaduras del sepulcro;

¹ No me extendiendo aquí sobre el final del Bachiller Minerva, como llamé yo a ese trágico eptileptoide, porque su funesta efigie, y la historia de su reinado, aparecerán completas en la Edición Definitiva de mis «Césares de la Decadencia» ya pronta para entrar en mis Obras Completas.

² Queda en pie Juan Vicente Gómez, el Tirano analfabeto, que ha hecho del Capitolio de Caracas, la pesebrera en la cual consume su forraje.

*de la hoguera de la guerra, apenas medio extinta,
surge aún un humo espeso, bastante para eclipsar la luz
de las más altas estrellas;*

*no hay nada en el momento histórico actual, que
pueda consolar el corazón de un hombre libre;*

*la Libertad, ha sido el único vencido, en esa epopeya
trágica en la cual parecía haber sido degollada la
barbarie en el corazón tenebroso de la Selva Negra;*

todo lo que se decía haber muerto, vive aún;

la Barbarie vive;

la Guerra vive;

la Conquista vive;

se asesinan los pueblos que no quieren someterse;

el Oriente, es un campo de batallas;

el aullido de nuevas guerras llena el horizonte;

*de los escombros de las antiguas nacionalidades
despedazadas por los vencedores, surgen pueblos
abigarrados y, semibarbaros, a los cuales no se les
concede el derecho de vivir sino bajo la triste condición
de ser esclavos;*

*el carro de la Conquista, uncido a los lomos del
leopardo británico, ha emprendido carrera vertiginosa a
través del mundo aún conmovido, por la catástrofe, y, la
bestia funesta no se ha detenido para desalterar sus
fauces sino a las riberas de los ríos legendarios de la
Mesopotamia;*

allí toma bríos para nuevas carreras de devastación;

*todo... hasta la tumba del Cristo y, los lugares de su
predicación, son hoy rehenes de la Conquista;*

*a todas partes donde se vuelva la vista azorada, no se
ve sino el estandarte de la Conquista, flotando sobre las
ruinas de pueblos desaparecidos;*

en Europa;

en Africa;

en Asia;

la Fuerza Vencedora;

¿cómo entonar un cántico de Esperanza, sobre ese triste mosaico de razas vencidas y, de pueblos humillados?

la Francia, ha ganado la Guerra, pero, ha perdido la Libertad;

la antorcha que iluminaba al Mundo, ha caído de sus manos;

la turba imperialista y militarista que la domina, pisotea con sus botas ferradas las cenizas de esa antorcha;

presa de una reacción clerical, y cesarista, que recuerda las turbas de pretorianos y agiotistas, que crearon el segundo Imperio, va guiada por esa clique de aulladores siniestros y, delatores profesionales, a busca del jenízaro ambicioso que recoja del suelo la espada caída de las manos débiles de Boulanger y le rompa con ella los riñones;

si Francia se prepara a sacrificar la República sobre el altar de la Victoria, ¿a dónde hallar la Libertad?...

en el corazón de los hombres libres...

y, éstos se pudren bajo la Tierra, que los oculta cariñosa; para que no vean la derrota final del ensueño al cual sacrificaron su vida...;

.....
tan vencido como ellos, yo siento que moriré sin haber visto el espectáculo de un mundo libre, nacer ante mis ojos;

esa visión tras de la cual anduve desde mi adolescencia, hasta llegar a los umbrales de la vejez, no ha hecho sino retroceder en el horizonte, hasta borrarse casi ante mis pupilas, fatigadas de mirar tanto tiempo en la sombra, esperando el nacimiento de esa aurora,

es a causa de eso, que releo con una gran melancolía, los libros de libertad que escribí en mi juventud;

como releeré mañana los que escribí en mi edad madura;

y, los que escribo hoy, a la luz occidua de estos últimos días, deslumbrado aún por el esplendor de mis visiones lejanas,

y, se estremece mi corazón heroico, al rememorar la época ya remota, de candor y de esperanza en que escribí este libro;

ya lo dije;

fué:

en el año de 1892;

en Curaçao;

en los meses de Mayo a Octubre del año supradicho;

enviado a New-York, y publicado allí, en ese mismo año, con su título de LOS PROVIDENCIALES;

gran resonancia tuvo entonces, y de canevas sirvió para que otros dibujaran según él, siluetas semejantes;

ha sido mi rudo destino: servir de modelo a aquellos que me denigran.

LOS PROVIDENCIALES, fueron unidos luego, a bocetos de hombres de libertad, que yo había escrito y publicado en New-York en 1894, en mi Revista ilustrada, Hispano-América, y, publicados bajo el título de Los Divinos y los Humanos, en París, en el año de 1903;

hoy, ese volumen entra a formar parte de la Edición Definitiva de mis OBRAS COMPLETAS, que la Casa Sopena, edita en Barcelona;

y, es con ese fin, que corrijo y, hago el Prefacio, de este libro de juventud, que lleva tantos años de perpetua resonancia;

es larga la trayectoria recorrida de aquellos días a hoy;

larga y cruel;

pero, uniendo los dos extremos de ella, se le puede ver ardida por la llama de un mismo y único amor: el Amor de la Libertad;

ése ha sido mi Numen;

en los libros que escribí ayer;

*como en los que escribo hoy;
y, en los que escribiré mañana;
sin una sola vacilación;
sin un síntoma de eclipse;
ése es mi Orgullo;
morir sin haber capitulado;
¿qué más puede pedirse a un hombre que durante
tantos años, ha sido el único clamor de Libertad, sonando
en el corazón de esos pueblos esclavos...
acaso, pronto la Muerte apagará ese clamor;
y, será entonces, en el Silencio subsiguiente a la
perennidad del grito, que mi OBRA podrá ser juzgada;
en un Siglo libre;
por el Veredicto de hombres libres; y, se me juzgará a
mí: Solo.
Solo, como viví.
Solo, como me toca morir...
¡bendita sea mi Soledad!...
es desde ella; desde ese jardín poblado de Silencios,
que ofrezco al Mundo, este libro, nacido hace ya tantos
años, en las praderas del Tumulto;
él, seguirá la Vida que a mí comienza a faltarme;
y, será un grito más, sobre mi tumba Solitaria;
tan solitaria como mi corazón...*

VARGAS VILA.

En 1920.

PROLOGO
DE
LOS DIVINOS Y LOS HUMANOS
PARA LA
EDICIÓN PUBLICADA EN PARÍS EN 1903

Dos lustros han corrido desde la aparición de: *Los Providenciales*;

y, hoy al publicarlos en la edición de mi obras políticas, nada tengo que cambiarles...

respeto mis ideas de entonces, mis pasiones de entonces, mi estilo de entonces;

son los mismos de hoy;

los tiempos han pasado, no han cambiado;

la misma aglomeración de sombras, que es casi una petrificación de las tinieblas sobre el horizonte de la América;

las mismas orgías de la fuerza vencedora; las mismas bacanales de sangre; la misma abyecta sumisión de los pueblos vencidos;

el ala de la muerte ha pasado abatiendo en el polvo, la frente soberbia de los últimos *Providenciales* de mi libro;

murió Guzmán Blanco, el grande hombre cesáreo; murió en el destierro, declinando en un crepúsculo nostálgico, su gran frente de medalla imperial;

cayó sobre sus arcas repletas, en el estancamiento de sus millones inmensos, ocultándose como un gran sol de peculado tras de una montaña de oro;

murió en el ostracismo ya que no pudo vivir en el poder; y, entró erecto en la Historia, ya que un hombre semejante, no puede entrar nunca en el Olvido;

su imperio, su grande imperio, o sea la democracia turbulenta que él había encadenado, celebró sus funerales con sangre, como los de un jefe bárbaro;

dividida, anarquizada, fué como las tribus de la Escritura, y enloquecida, delirante, en un espasmo de desorden, ebria de tumultos, devorada por las facciones, azotada por los caudillos, sintió las picas de los bárbaros golpear en sus murallas...

el Atila teutón la hirió con el guantelete de hierro del salvaje Elector de Brandebourg, y vió su cielo obscurecido por las águilas germanas¹, las águilas negras y odiosas, espanto de la civilización, que velan como cuervos emblemáticos, sobre la tumba del armador suicidia², sobre la cual aquel Emperador de decadencia, extendió el escudo de los Hohenzollern, como una bandera de perdón clavada en las costas calcinadas del Mar Muerto;

murió Núñez, el buitre lírico, murió envenenado por los jesuitas, con las complicidades venales del amor... dobló su frente de poeta, enigmático y sombrío, indescifrable ante la muerte, resignado a la inflexible ley moral que lo mataba...

tras de él, se extendió el desierto, la sombra, la sangre y la muerte...

gramáticos estólicos y venales se disputaron el cadáver de ese pueblo, que el traidor les había entregado como un Cristo, maniatado y doloroso;

lo devoraron en la noche, como hienas, a una extraña luz de crepúsculo polar; y, aquel pueblo abdicó para siempre; vencido hasta en el corazón, gangrenado hasta en las entrañas, tiene conciencia de su propia ruina; es un cadáver que apesta al mundo;

murió Andueza Palacio, el histrión trágico; murió

¹ Alusión a la excursión de los buques piratas de Alemania a las aguas de Venezuela, cuando el Panther bombardeó los fuertes y las costas indefensas de aquella República.

² Krupp.

ebrio, repugnante, feliz el cerdo fatal; el idiota fué perdonado; no pudo ser olvidado; le decretaron honores, pero no pudieron darle honor; el honor no se decreta; la Historia no se vende a la Fortuna.

Ulises Heureaux también cayó;

fué asesinado en la linde de una selva, el negro épico y terrible;

aquél, fué el gran gorila trágico;

su inmensá mueca, de mono ebrio y feroz llena de tristeza y de espanto los limbos asombrados de la Historia;

su huella de palmado enfurecido y obsceno; quedó impresa allí, en lodo y en sangre, como la de un gran orangután violador, en camino hacia la selva;

su vida fué la odisea de un antropoide en orgasmo, la leyenda de un primate escapado a la montaña virgen;

ese bárbaro, oscuro como la noche, pertenece a la Historia, pero a la Historia Natural...

es la pantera negra del *providencialismo*; con él se entra no ya en la sombra sino en el caos, vive y se mueve, no ya en las tinieblas de la barbarie, sino en plena bestialidad;

el largo gesto de su dictadura simiesca es la negra contorsión de un mono en los limbos de la Noche impenetrable;

pertenece a la Zoología

.....

Y, un viento de pacificación y de Olvido, pasa por sobre las tumbas malditas... y, el rosal de la piedad, sacudido por este viento de oprobio, que viene de las selvas profundas de la abyección, tapiza de rosas primaverales de Perdón, los sepulcros de los grandes sembradores de la Muerte y de la Ruina;

legiones amnésicas de esclavos en histeria, se alzan diseñando con sus manos apoteósicas del crimen, extraños gestos de absolución en el vacío...

es el homenaje de las gacelas cándidas, a los grandes

felinos desaparecidos...

.....
La debilidad perdona, la Verdad no;
el odio al mal, es un deber;
en esta hora de Fraternidad, yo vengo a decir los
hechos de la Iniquidad;
cundo todos perdonan, yo acuso;
cuando todos absuelven, yo denuncio;
yo no perdono al Crimen;
tengo la religión del Odio, como otros tienen la del
Amor;

lo creo la más alta virtud viril, que pueda albergarse en
pecho de varón;

gusto de inspirarlo y de sentirlo, como una
consagración de mi fuerza y una prueba de ella;

el Olvido predicado y practicado en favor del Crimen,
me parece el más nefando apostolado de ignominia, la más
cobarde exaltación de las victorias malditas, el más aleve
ultraje que la debilidad hecha complicidad, puede infligir
a la Virtud vencida y a la Eterna Verdad encadenada;

con un solo hombre que resista, en las horas definitivas
de la Historia, no hay triunfos definitivos del Mal, por más
que digan lo contrario, la humildad de los vencidos,
resignados a la derrota, y la insolencia de los vencedores,
orgullosos de la victoria;

mientras haya un hombre que grite sobre el silencio
abyecto de la opinión, ese grito siembra la redención y la
vida... la simiente del Verbo, se fecunda mejor en los
surcos profundos del silencio;

el gesto del sembrador es más augusto en la hora
taciturna del crepúsculo;

el grito vibra y repercute más fuerte en la atmósfera
calmada;

el grito solitario, es más recio que el tumulto;

el grito de las águilas, vibra más alto que el rumor
fragoroso de las olas;

el olvido no se decreta...

.....
Hoy que todos quieren olvidar; este libro mío, viene a recordar;

hoy que cerca a las tumbas abiertas, sobre los campos tristes, donde los *Providenciales*, patalearon como bestias feroces, no se habla sino de amor y de fraternidad, lanzo este libro, como la gran simiente de odio, que ha de caer sobre el surco abierto, húmedo en sangre;

hoy que un hálito de servidumbre, pasa por sobre las almas vencidas, va este libro mío, como un huracán de rebelión, a soplar sobre los espíritus que aun permanecen irreductibles;

las almas no se encadenan;

en ese concierto de Amor y de Olvido, quiero que este mi libro, sea la palabra de Odio y de recuerdo inexorables;

va él, sobre los sepulcros, donde duermen los hechos y los hombres, diciendo, como el Cristo al cataléptico: *Surge*;

mueritos y matadores, víctimas y verdugos, patíbulo y jueces, vencedores y vencidos, todos se alzan aquí, en gesto pacífico y desesperado, suplicatorio de piedad y de Justicia;

en este libro luce la Verdad, como el sol en el fondo de un lago quieto;

ni la disfrazo, ni la callo;

la pinto, como pintaría un fresco mural, si me fuera dado manejar el pincel trágico de Orcagna o de Carpaccio; mi pluma evocatriz no da la calma...

.....
Yo no sé de las capitulaciones definitivas;
ni pido ni acepto gracia;
no doy ni quiero olvido;
estoy fuera del *palladium* de la clemencia y de la zona de la pacificación;
no reconozco la victoria, me vuelvo a ella y la afrento;

quedo armado y aislada llevando el duelo de la libertad
vencida;

permanezco irreductible;

en esa onda de pacificaciones y rendiciones, no va mi
barca... ella sigue la corriente del deber, solitaria y altiva
hacia la muerte;

quedo sobre el peñón abrupto de mi antiguo
ostracismo, sin que un viento de deseo bese las alas de mi
espíritu, tentándome con un miraje de vuelo, hacia
regiones más felices;

soy el rebelde intacto; la evocación dolorosa de un
pasado ya casi desaparecido;

sobre la roca de mi destierro, ondea desplegada a todos
los vientos de la pasión, la bandera roja de mis cóleras;

y, se oye en la soledad que me rodea, el sonido de mi
lira monocorde, de sectario irreductible; soy el último
laudador de odios anacrónicos;

el tiempo y el dolor, no me han vencido;

el hálito de derrotas que ha azotado mi vida, no ha
matado uno solo de mis amores, uno solo de mis odios,
una sola de mis esperanzas;

mis sueños, como todas las cosas inmortales, no
envejecen; conservan su virginal blancura, y arrojan sobre
mi alma su sagrado candor de cosas inmarcesibles y
divinas;

hoy como ayer, soy la protesta;

yo no he sido nunca la guerra;

yo he sido la revolución;

la guerra es el hecho; la revolución es la Idea; la Idea es
inmortal;

yo no estoy vencido;

yo no he vivido esos poemas épicos y gloriosos que
han muerto unos tras otros, como las ondas de una mar
terrificante y soberbia;

el poema de mi prosa bélica, sigue su lenta teoría de
inacabables denunciaciones;

mis libros; son como musas que besan la Historia;
permanezco inexorable;
capitulan los ejércitos, no los pensadores;
se rinden las armas, no las ideas;
mi combate, es eterno como el Mal;
en la hora de ese abrazo, que vencedores y vencidos se
dan sobre los campos sangrientos, bajo los cielos aun
vibrantes de la América, yo desencadeno entre ellos, esa
procesión de sombras dolorosas y terribles...

y, a los grandes vencidos del pasado, que si pudieran
llorar, llorarían con lágrimas de eternidad, la inutilidad de
su sacrificio heroico y la pompa estéril de su sueño inerte,
ofrezco esta flor de Odio y de Justicia, que será germen
un día de una gran floración de reivindicaciones
históricas;

es mi protesta, contra los que quieren abolir el pasado
en nombre del Olvido;

el pasado no muere, va en pos de nuestros pasos, y grita
a veces;

este libro es un grito del pasado;

el pasado es la voz de los muertos;

los muertos gritan en el libro mío...

.....

Todos van hacia el perdón y hacia el Olvido;

yo, quedo en mi roca aislada, abrazado a mis viejos
dolores pensativos;

soy el último rebelde;

y, cuando no quede sino un irreductible contra ciertos
hombres y ciertas ideas en América, ese irreductible seré
yo;

mi pluma no capitula.

VARGAS VILA.

París, 1903.

LOS PROVIDENCIALES

PRÓLOGO

DE

LOS PROVIDENCIALES

PARA LA EDICIÓN PUBLICADA EN NEW-YORK

EN 1892

Pasó el tiempo de los mitos olímpicos;
en aquella edad de la infancia del mundo, se creía que
los dioses reinaban;

la superstición inventó los dioses, el antropomorfismo
les dió vida, y la estupidez los fingió reyes;

el dios de la Biblia, reinaba sobre su pueblo escogido,
hablaba a sus caudillos, legislaba entre los truenos del
Sinaí, combatía a cabeza de las hordas errantes del
desierto, hacía llover piedras sobre los amalecitas ya
vencidos, permitía que lo derrotaran a la cabeza de
seiscientos mil combatientes, detenía el sol, y aparecía sin
quemarse, como una salamandra, entre las zarzas
encendidas del monte Horeb;

los dioses de Grecia combatieron en Troya;

en la India, Brahma se encarnó para reinar;

el dios Samonocodón reinó en Siam; el dios Adad
gobernó en Siria; la diosa Cibeles fué soberana de Frigia;
Júpiter lo fué de Creta, y Saturno de Grecia;

la humanidad se hizo adulta, y los dioses abdicaron;

entonces, los que entraron a reinar y a combatir, se
llamaron sus hijos; para ser rey se necesitaba ser de la
estirpe augusta de los dioses;

así, Baco, Perseo, Hércules, fueron hijos de dioses.

Rómulo era hijo de Dios; Alejandro fué declarado hijo
de Dios en Egipto; Odín lo fué en el norte de Europa;
Abulgazi, historiador de los mogoles dice que Gengis-
Khan, era nieto de Alanku, la cual había concebido de un
rayo celeste; César se decía descendiente de dioses;

después, cuando a la luz de la razón que alboreaba,
perseguidos por el grito de la filosofía y las carcajadas de

la humanidad, que salían con sonoridad abrumadora de la boca de Luciano, esos dioses y semidioses huyeron despavoridos, dejando de proyectar sus espantosas cabezas sobre la tierra, y el dios del monoteísmo cristiano se aisló en su cielo, absorto en su beatitud, aun quedó flotando en la obscura conciencia humana, cual un jirón de sombra, como la proyección de aquella dinastía de fantasmas, la absurda teoría del *derecho divino*;

la raza de los reyes y emperadores, sucedió a la de los semidioses, y el lábaro de Constantino, la oriflama traída por un ángel a *San Denís*, la ampolleta bajada del cielo por un pichón para consagrar a Clovis, y los lamparones curados por los reyes de Inglaterra, sucedieron a las antiguas fábulas homéricas y orientales, dignas de figurar, unas y otras, al lado del discurso de la burra de Balaam;

pero un día, el *derecho humano* puso la mano sobre el *derecho divino*, derribándolo, como el gigante de la leyenda, al golpe de honda del mancebo bíblico, y después de desgarrar su púrpura y pisotear su corona, le arrancó la cabeza, avista de las multitudes asombradas: el derecho divino abdicó en las manos del pueblo;

entonces surgió una raza de nuevos dominadores, degeneración raquítica de los otros, pero representantes siempre de ese funesto atavismo social, que atribuye a Dios, inmiscuencia directa en el gobierno de las sociedades humanas;

éstos ya no se apellidaban dioses, ni hijos de dioses; ni con derecho divino, pero hacían a su modestia la violencia de llamarse delegados de la *Providencia* (y aquí está ya el espantoso vocablo) para hacer felices a las naciones, poner en ellas el orden —porque los hombres puramente humanos no pueden gobernar— y administrar en nombre de esa *Providencia* los grandes rebaños de hombres que, según ellos, posee en este planeta; estos mayordomos tuvieron su nombre; se llamaron —los llamaron— ¡los *Providenciales*!...

algunos de ellos, como en la antigüedad Pepino, mayordomo de Childerico, se han hecho reyes; pero la mayor parte se ha conformado con su democrática divinidad;

la Europa, ya bastante civilizada, no sufrió el azote de la nueva plaga; uno solo se presentó en ella, a los comienzos del siglo, cargado con los laureles de las más épicas victorias; pero a pesar de su genio, fué a morir abatido y solo en una isla remota...

la *Providencia* no se dignó libertar a su delegado, ni intentó reclamo alguno contra la Gran Bretaña, por el secuestro de aquel *providencial* afortunado;

la América latina tanto tiempo ignorada, sumida en la sombra intelectual por luengos años, dominada por el fanatismo religioso; y por ende ignorante, tenía que ser, y ha sido, el teatro feliz de estos aventureros políticos;

el *providencialismo* ha hecho destrozos en ella;

no ha habido sargentón insubordinado, que dé un golpe de cuartel feliz; un jesuíta, que por la traición, el veneno o el puñal, llegue al poder; o político ambicioso que quiera perpetuarse en el, que no se llame *providencial*;

los antiguos salteadores tenían también su dios protector: Mercurio;

los asaltadores de pueblos, han imaginado también su divinidad protectora: la *Providencia*;

providencial fué la traición a la república hecha por Itúrbide en Méjico;

providencial el asesinato de Yegros y el secuestro del Paraguay por el doctor Rodríguez de Francia;

providenciales el puñal de la *mazorca* y la dictadura de Rosas en la Argentina;

providencial la aventura aleve de Maximiliano en Méjico;

providenciales los crímenes de García Moreno en el Ecuador; esa *tigre hircana* del fanatismo;

providenciales la traición de Núñez en Colombia; el

veneno de Gaitán Obeso, las horcas y su adulterio; aquel famoso adulterio, bendito por el Papa y ensalzado por el Padre Biffi, ante la tumba recién abierta de la esposa abandonada...

el *providencialismo* ha recorrido en América todas las escalas, y tenido todos los matices

ha sido brillante con Itúrbide; ilustrado con Rodríguez de Francia y Núñez; brutal con Rosas; soldadesco con Melgarejo; heroico con Balmaceda; ampuloso con Guzmán; ridículo con Andueza; ha ido en rigurosa gradación, de la cima hasta el abismo; ha revestido todas las formas, desde el águila al insecto;

los :menos oscuros de los *providenciales* son los que esbozo aquí...

.....
¡Y, los publico en época de sombra!... viento de tempestad corre del uno al otro extremo de la antigua Colombia de los héroes; la sombra se espesa sobre su cielo, y en algunas partes la tempestad es sorda y muda como en las borrascas polares, donde, según la expresión del narrador francés, el trueno es silencioso;

¡luz crepuscular alumbra el horizonte!

aliento enervador y frío toca las almas; se siente la aproximación de un gran peligro; *la abyección*;

como los altos árboles de la selva bajo las alas del viento, vense inclinarse cabezas poderosas: hay no sé qué extraña palidez en los caracteres; qué rebajamiento moral; qué súbito desfallecimiento en las conciencias; qué espantosos desmayos del valor...

la enfermedad del siglo, el *sórdido interés*, ha invadido las sociedades;

lo que nos mata, no son las doctrinas conservadoras, sino las intereses conservadores;

la enfermedad reinante es el *miedo*;

nadie se atreve a decir la verdad;

todos huyen de verla frente a frente;

su semblante augusto los acongoja; su sonora voz los amedrenta;

sólo hay lugar para la mueca del bufón y el canto del juglar;

sólo puede escucharse el himno del cortésano, la clásica frese venal, la apología comprada, el sáfico cantar de los Horacios, y la armoniosa canción de Tíbulos y Propercios;

sobre la onda de pavor que pasa, sólo se dejan flotar hojas de académicos laureles, y flores pálidas desprendidas de las coronas de poetas bucólicos, marchitas en las orgías del poder;

la ola de la debilidad ahoga la sociedad;

se tiene tanto miedo alas grandes acciones, como a las grandes palabras;

si se ve llegar a un hombre que dice la verdad y lanza al viento su frase indignada, los miedosos tornan su debilidad en indignación, y la inmensa ola estúpida se permite irritarse, y ruge y murmura...

el soplo gélido del interés, la indiferencia o el miedo de las capas medias de la sociedad, paralizan el esfuerzo de los pocos periodistas y apóstoles que combaten, impidiendo que su verbo candente y el beso de la idea toquen la frente de la pálida y oscura multitud que vegeta en el fondo;

y, así se vive, esperando una revolución que no se impulsa, una libertad que no se engendra, y fingiendo fe mesiánica, como un trapense ante su fosa abierta, la sociedad vive tiritando de miedo, hambrienta de silencio;

escribir la verdad es un crimen; todo lo viril, lo resistente, lo franco, lo grandioso, se excusa o se desaprueba; se tiene miedo a la dignidad del que carece de miedo;

se critica los gobiernos, pero a media voz; se les insulta, pero muy paso; y con esta debilidad imbécil se hace sagrado el despotismo, y con esta complicidad del

miedo, traducida en falso pudor, se silencian las liviandades de los déspotas, tornando en mudo respeto al vicio lo que debiera ser protesta atronadora contra él;

esta hoja de parra, puesta por la hipocresía social sobre las desnudeces de los tiranos, ha sido en nuestros pueblos la gran falta de los hipócritas y la gran fuerza de los déspotas;

si así hubieran procedido Tácito y Suetonio, ¿quién sabría los vicios de los Césares?

¿Plinio, Cornelio Nepote, Aurelio Víctor, y Salustio, tuvieron por ventura, ese pueril temor al describir la abominación de las costumbres romanas?

¿lo tuvo Demóstenes en sus *Filípicas*?

¿lo tuvo Cicerón en sus *Catilinarias*?

¿embotó la sátira acerada de Juvenal?

¿apagó la carcajada semigrotesca de Rabelais?

¿lo tuvo el Dante en su Divina Comedia?

¿sintió ese vergonzoso desmayo Víctor Hugo escribiendo, sus *Castigos*?

¿lo sintió en su pluma vigorosa Juan Montalvo?

no;

¿es que la pluma de los hombres sólo debe ocuparse en escribir apologías? ¿qué sería entonces de la severa historia.? ¿o aquellos grandes escritores sólo eran grandes libelistas?

responda ese criterio *histérico* que se ha formado contra la verdad *histórica*;

la libertad se pierde, no por falta de talentos, sino por falta de caracteres;

hay en la mayoría de los escritores un amor ilimitado a no sé qué falsa reputación que contiene el anatema en sus plumas, o lo desata en hipérboles fumívoras, por el temor pueril de verse criticados por las imaginaciones asustadizas, rechazados de nuestras sociedades neuróticas y pueriles que tienen siempre un *santo oficio* para escritores que no leen siquiera, o ajados por el insulto de

escritorzuelos asalariados del poder;

nuestras sociedades incipientes, fanáticas, llenas de preocupaciones, tienen un miedo horrible a la verdad escrita; ¿vuela desnuda? qué honor!

esos púdicos criterios serían capaces de arrojar un manto sobre la Venus mutilada de Milo, para no ver su seno desnudo, sus pechos voluptuosos y sus formas esculturales;

yo no pertenezco a esa escuela;

amo la verdad con un amor de artista;

pintó los hombres. y los acontecimientos con fidelidad gráfica; pongo un adjetivo como clavara un dardo, siempre con justicia; y, como dijo el otro, *no acostumbro a hacer dobligar las palabras en que creo*; las mías se levantan rectas, con todas sus asperezas; yo no soy cortesano de nadie, ni de nada;

no habrá, acaso otro escritor menos enamorado del favor público que yo; por eso, sin duda, mi reputación se compone más de odios que de afectos; tengo un pedestal de enemigos;

mi vida ha sido de luchas y de persecuciones, y ha habido veces de no tener un rincón en qué guarecerme, porque no he sabido adular, ni a los poderosos ni a las multitudes;

mi carácter me mantiene lejos de los unos, y mi educación lejos de las otras; ¿cortesano de la opinión? ¡bah! eso sería como cortesano de un hombre; ¿Siervo? ¡Jamás! ni de uno ni de muchos; yo no acepto el *tirano todos*, ni el *déspota uno*;

mirando a mi vida, se ve que mi espíritu indomable no lleva la huella de ningún yugo, como mirando a mi cuello no se encuentra en él la traza de ningún collar;

no nací para la domesticidad;

yo no sé mentir ante el Poder, ni callar ante el Deber;

yo no sé de los silencios intencionales del momento; sólo comprendo los silencios definitivos de la muerte;

los acontecimientos y los hombres, son impotentes para
hacerme callar; sólo la muerte tendría ese poder;

no sé vivir en los silencios del oprobio;

el silencio culpable me quema los labios como los
carbones encendidos al Profeta;

de ahí, que la divisa de mi vida dolorosa y combatiente,
haya sido siempre: luchar sin tregua contra el Mal;

luchar, luchar, luchar...

interrumpir el himno con la carcajada, la hipérbole con
la realidad, hacer luz sobre los ídolos grotescos,
desgarrarles el inmundo manto para que se vea la llaga de
sus cuerpos, reír de los dioses en presencia de los
creyentes, y hacer palidecer a los déspotas, lanzándoles las
verdades con rumor de tempestad sobre la frente;

que rujan en su guarida, que aúllen, que insulten; está
bien; ¿quién pregunta al lobo herido por qué muestra los
dientes y gruñe en su caverna?

¡ir a caza de tiranos: noble misión! perseguirlos en sus
guaridas, ya sean sepulcros o palacios, pero no darles
tregua;

romper las momias, y desterrar los dioses;

ahogar el último ídolo, en los brazos del último
creyente;

¡hacer luz, tanta luz en la conciencia humana, que
mañana, cuando amanezca, se hayan visto desaparecer
para siempre en el fúlgido horizonte la sombra del último
providencial tras la huella del último lacayo!...

VARGAS VILA.

1892.

LOS DIVINOS



AGUSTÍN ITURBIDE

Fué un soldado atrevido a quien se le ocurrió un día hacerse tráfico;

no teniendo nada en la cabeza, resolvió ponerse en ella una corona;

militar valeroso, imaginación romancesca, a la cual había deslumbrado la reciente historia de Bonaparte, resolvió imitarlo; no había vencido a Italia, pero hizo su *diez y ocho de brumario*;

imitar el crimen, es más fácil que conquistar la gloria; para lo primero basta la audacia; para lo segundo se necesita el genio, y éste no se da silvestre;

servir a la Libertad para venderla luego, ha sido la vieja teoría de los explotadores de pueblos.

Aristóteles lo dijo: *todos los grandes tiranos han sido antiguos demagogos*.

Iturbide, no sirvió a la Libertad sino para servirse luego de ella;

envuelto en la bandera tricolor, aquel soldado audaz soñaba con la púrpura;

en la intemperie de los campamentos pensaba en los esplendores del trono, y corría hacia él con ambición desmesurada;

nunca amó sinceramente la democracia, y cuando escribió en sus banderas el *Plan de Igualá*, se veía en ellas el perfil siniestro de Fernando VII;

fué separatista, pero no republicano; aspiraba a crear un imperio para él; no un país para la Libertad;

traicionó primero a la monarquía, y a la república después;

con Ruiz de Apodaca, con Guérro, con O'Donoghú, siempre fué monárquico; su último sueño fué el Imperio;

los pretorianos han sido los padres de los emperadores, y lo fueron a su vez de Iturbide;

un día, aquel soldado se hizo César, proclamado por su ejército, y la República quedó asesinada a sus pies;

como era déspota, tuvo a su servicio las dos fuerzas de toda tiranía: el clero y el ejército: la suprema lejanía de la conciencia;

un congreso de curas y soldados puso en sus sienes una corona, y él se creyó Emperador;

este sueño fué fugitivo, como un ensueño de amor;

un día, el déspota despertó con el ruido de su imperio sietemesino, que se desplomaba al eco de los clarines y al grito de los soldados de Santana;

al abrir los ojos, encontró la República firme, erguida, de pie, y no volvió a ver su faz augusta sino para ser perdonado por ella;

la Libertad no se dignó vengarse;

solitario, sin gloria y sin corona, aquel emperador exótico, más desgraciado que Dionisio, tomó el camino del destierro, y fué a vivir entre los *lazzaroni* de Nápoles;

la Europa monárquica, ese nido de odios coronados, que anda siempre en busca de traidores para ungirlos, y de los americanos tráfugas de la Libertad para alentarlos en

sus sueños de dominio, recibió a Itúrbide con honores de rey;

los Borbones y los Habsbourgs, que han odiado siempre como monarcas la república, trataron de igual a igual al soldado que la había traicionado; con Bonaparte hicieron lo mismo; ¡democracia del delito!

el pseudo-emperador mejicano, sufrió vértigo;

sopló sobre su cabeza desvanecida, todo el tropel de sueños de la ambición, y empujado por las manos temblorosas de esos reyes moribundos y que sin fuerzas para sostener su propio cetro, pensaban en fabricar otros en América, aquel soñador impenitente se lanzó de nuevo a la aventura;

había hecho el drama: le faltaba sucumbir en la tragedia;

la corona de Moctezuma, lo atraía como la boca de un abismo;

la ambición le formó el miraje..

un día, remendó su roto manto de emperador, y abandonando el azul y tranquilo golfo de Nápoles, lanzó su nave con rumbo al oscuro y tormentoso golfo mejicano, cuyas espantosas corrientes, ponen pavor en el ánimo de los más seremos marinos;

iba en busca de su corona;

era un fantasma caminando a un precipicio...

.....

Clareaba indeciso el día;

la ciudad dormía tranquila;

adelante el oscuro inmenso mar, como des-
perezándose al beso primero de la luz; allá, el perfil verde
oscuro de la arboleda, y encima, plomizas nubes, cual si
el día quisiese tardar en aparecer;

por una playa, cercana a la ciudad, entre el ruido del
mar que ruge amenazante y los gorjeos de las aves que
despiertan acariciadas por la débil luz, avanza un grupo de
hombres;

son soldados;

al llegar a una arboleda se detienen, y de en medio de ellos se hace salir a un hombre vestido con esmero y de majestuoso andar; colócasele a la sombra de una palma, véndanle los ojos, y el oficial hace las fatúdicas señas...

un fogonazo... una detonación... y el hombre a tierra.

¡Itúrbide había muerto!...

la República que lo había perdonado primero, lo castigó al fin;

en su primera intentona, lo protegió la fortuna; en la segunda- lo abrazó la muerte al desembarcar;

declarado fuera de la ley, y aprehendido al poner el pie en tierra, aquel soñador que iba en busca de un trono, halló un patíbulo; ¡la púrpura se trocó en sudario!...

¡con el tirano incorregible, la ley fué inflexible!

al levantar aquel cadáver imperial, sobre su frente no había dejado huella alguna la corona: sólo había en ella un punto negro, un agujero, por el cual salía muda sangre...

el plomo de un soldado, había dejado huella más onda que el oro de la diadema;

aquella herida era el dedo del pueblo, puesto sobre aquella frente coronada;

era el primer acto del Imperio en América; el último, sería en Querétaro.



RODRÍGUEZ DE FRANCIA

Un buitre crecido en un nido de cuervos; los jesuitas, fueron sus maestros y sus inspiradores;

bajo sus negras alas emplumó aquel buitre, que tanto tiempo había de tener bajo sus férreas garras la noble libertad del Paraguay; había en su temperamento algo del cenobita y del César, del asceta y del filósofo;

era una conciencia inmensa, pero oscura;

aquella alma era levantada, pero tenebrosa como el firmamento en las noches del polo que no tiene astros;

ilustrado, pensativo, dominante, frugal; era un déspota cuyo perfil tenía algo de la horrible austeridad de Robespierre: era, como éste, severo y feroz, implacable y puro;

esos déspotas así, tienen la casta ferocidad de la Diana de la Mitología; son, como las nieves de las alturas, inmaculados, pero inclementes;

había estudiado para cura, sin llegara serlo, pero llevó siempre en su alma ese tinte sombrío de todo el que ha meditado largo tiempo a la sombra de los claustros;

esa tendencia monacal se extendió a su política, haciendo del Paraguay un inmenso monasterio;

su siniestra aspiración fué el despotismo; su único ideal el silencio;

tirano marmóreo, rígido, sin compasión y sin entrañas, puede decirse de él, lo que Paul de Saint-Victor decía de Carlos XII de Suecia: —*Examinadle bien, y no encontraréis ni una sola vena de carne en aquel hombre de bronce; para él no existía ni la mesa, ni el lecho, ni los placeres;*

para este otro no había más que el poder;

detener el progreso: he ahí su aspiración; tuvo la manía del obstruccionismo: Jerjes azotaba el océano; él quería abofetear la civilización; igualdad de locuras; reproducción de neurosis a través de los siglos;

era, sin embargo, puro y honrado: *Las altas montañas tienen esa virginidad siniestra;* blancura sombría, como la de un cadáver; palidez de espectro, pureza de sudario;

no tuvo más amor que el de la autoridad, y se abrazó a ella con frenesí; se desposó con la tiranía, y le fué ferozmente fiel;

era frugal y hasta sucio; comía mal, y vestía peor, no dió nunca una fiesta, ni supo lo que era el lujo: era el busto de Marat hecho austero;

inaccesible a la corrupción como a la piedad, era estoicamente implacable;

era fanático, condición sin la cual no se puede ser feroz;

odiaba a la civilización, como el buho a la claridad;

¡cual un aguilucho salvaje en la grieta de una roca, inmóvil la roja pupila, crispadas las garras, y erizado el plumaje, así, hosco, irritado, vivió veinticinco años aquel dictador sombrío, en el fondo de su casa en la Asunción,

lleno de sueños, desconfianzas y temores, venteando el progreso, huyendo de la luz, y desesperado al ver cómo a su despecho se aclaraba lentamente el horizonte!...

tenía el instinto del tirano, que comprende que la ilustración del pueblo es la muerte de su poder; y, por eso, prohibió la introducción, de libros y periódicos, la impresión y circulación de escritos, y la entrada de extranjeros al país; Bonpland, el sabio botánico, cayó en el antro de la fiera, y tuvo que vivir diez años allí;

no toleró nunca opositores, ni rivales;

cuando sin avanzar todavía bien su espantosa figura en el escenario político, se hizo nombrar Cónsul, con el inmaculado patriota Yegros, estableció dos curules, llamadas de *César* y de *Pompeyo*, y él ocupó la de *César*; Yegros, que ocupaba la de *Pompeyo*, no tardó en desaparecer, no como, aquel otro vencido en Farsalia, sino fusilado con cuarenta compañeros, por aquel *César* asustadizo y deforme;

los jesuitas fueron su gran fuerza; su despotismo místico los tuvo por columnas y sostén; ellos hacían la noche en la conciencia del pueblo, para que aquel vampiro harto de sangre pudiese vivir y revolotear a su antojo sobre aquel pueblo asustado;

aislado en su poder, asombrado del propio silencio que hacía guardar, viendo llegar poco apoco la muerte, cada día fué haciéndose más suspicaz, más desconfiado, más cruel; su aislamiento lo condujo a la misantropía, su misticismo al delirio, su temor, a la alucinación;

sólo pensaba en la muerte, y veía por todas partes conjurados y puñales;

no salía a la calle sino a caballo, rodeado de guardias, haciendo que cerraran a su paso todas las puertas y ventanas, y los transeúntes se retiraran a veinte pasos de distancia suya;

había llegado al último grado del despotismo: la locura;

aquel elefanciaco del poder, huía del contacto humano:
él mismo se hacía justicia;

así trascurrieron los últimos años de su gobierno para
aquel .misántropo horrible.

.....

Un día, hubo más silencio que de costumbre en las
habitaciones del sombrío ilusionado... no se vió salir a
nadie, pero nadie se atrevió a entrar tampoco; las guardias
se relevaron en silencio; al mediar al día siguiente se
notaba un mal olor en las habitaciones presidenciales; al
fin fue preciso entrar;

el déspota había muerto;

al pie de su lechos rígido, frío, con ademán soberbio,
yacía el octogenario dictador;

había muerto como había vivido: solo, en su celda
como un asceta: pobre como un filósofo;

sus funerales fueron suntuosos, y se le levantó un
mausoleo; pero un día manos vengadoras abrieron la
bóveda, el cuerpo fué extraído de ella, y los perros
hambrientos lo devoraron;

también en la antigüedad, el polvo de Nerón fué
aventado lejos;

para Rodríguez de Francia, no quedó tumba donde
ponerle un epitafio;

los tiranos osan soñar con la gloria, y piensan en la
inmortalidad de su miseria, queriendo con lujosos
monumentos perpetuar su miserable nada; mas pasan la
justicia de los siglos y la tempestad de la historia, y
derribándolo todo, sólo deja en descubierto sobre la piedra
desnuda esta tétrica palabra: TIRANO.

para todas las tumbas tiene la humanidad una lágrima;
para éstas no tiene más que un anatema;

sería un sacrilegio llorar a un muerto que ha hecho
llorar tanto cuando vivo;

la tiranía es un delito que no prescribe ni con la muerte;

los tiranos son desertores de la humanidad, que, ni muertos tienen derecho a refugiarse bajo el pendón de la clemencia humana.



JUAN MANUEL ROSAS

He aquí otro alucinado trágico;

la historia de este gaucha feroz, merecía ser escrita en el dialecto bárbaro de una tribu americana, para encanto y modelo de salvajes, y para ser narrada en el fondo de una selva, al resplandor del *vivac* en un campamento de indios; ¡*cazadores de cabelleras!*

es algo así, como la fantasía de la barbarie, la invasión de una tribu, el reinado del hombre del desierto.

Rosas es un tipo digno de ser historiado por un Jornandés americano;

no tiene la historia militar, y el valor épico que cautiva en Itúrbide, aquel rey de campamento, ni la casta y feroz austeridad que impone en Rodríguez de Francia, aquel cenobita del poder: éste no tiene casi perfil humano;

y, sin embargo, al decir de sus biógrafos, era bello como Byron, y apuesto como un guerrero de leyendas

orientales: *forma fuit eximia*, diría Suetonio; su alma era sombría y tétrica;

el viento del desierto, con hálitos de tempestades y olor de selvas vírgenes, meció la hamaca de moriche, y arrulló el sueño infantil de este gaucho salvaje, asordando su oído con el rumor de sus tormentas; las perspectivas ilimitadas y solemnes de las pampas, y un cielo azul como sus ojos, y a veces tempestuoso como su alma, fueran su primitivo horizonte;

el canto de las aves al aclarar el día, y el roznido del jaguar en la cercana selva durante la noche, fueron el himno con que la naturaleza arrulló aquel temperamento indómito y cruel;

así, en medio de aquella soledad, libre, indomable, fogoso, creció aquel gato montés, que salta luego sobre las páginas de la historia, con una talla de tigre;

pastor adolescente, vagabundo y perverso, siempre con el lazo tendido, montando potro indómito, este centauro niño, era a los catorce años terror de la comarca, pues la corría ya, cazando ciervos antes de cazar hambres, violando mujeres antes de violar leyes, y matando animales indefensos antes de matar hermanos;

era una naturaleza inculta, primitiva y feroz: el temperamento perfecto de un jefe de beduinos;

como el movimiento de la onda sísmica hace salir las fieras de sus cuevas, así la convulsión de la guerra, hace salir de sus guaridas esas fieras humanas, llamadas *déspotas*;

las revoluciones que han dado tantos tiranos al mundo, dieron a Rosas a la República Argentina;

estudiando en una escuela militar lo halló una de éstas, y lo lanzó a la vida pública;

asaltó el poder como un gato, de un brinco, y se sentó allí, con su aspecto felino y astuto;

fusilado Dorrego después de la batalla de Ituzaingó, y vencido Lavalle, Rosas imperó solo;

desde entonces perteneció a la raza sagrada de los *providenciales*, y fué implacable;

como jefe nato de la *mazorca* y atras agrupaciones de bandidos, tuvo por veinte años suspendido el puñal sobre la república, hiriéndola sin piedad; veintidós mil quinientos argentinos murieron bajo el cuchillo de sus sicarios;

aquella fiera no toleraba más que una mano que acariciaba a veces su desmelenada y enorme cabeza: Manuela, su hija;

bajo aquella blanca mano, la espantosa faz del tigre se serenaba, volviendo a tomar casi sus facciones humanas; así el viejo león de Arabia cierra los ojos fingiéndose dormido al sentir sobre su frente la proyección del ala blanca de una paloma viajera.

Rosas, en la historia, tiene una magnitud sombría: pertenece a la clase de los cataclismos; su paso por el poder, marca una de esas épocas inolvidables, algo así como una invasión de piratas, un temblor de tierra, la inmensa desolación del cólera... tiene la inmortalidad de los granas azotes;

el poder se pegó a su cuerpo, como la túnica de Neso, para consumirlo, y furioso este jaguar pampero devoró cuanto encontraba, al ;paso;

la fortuna, que tiene condescendencias inexplicables, dió besos de amor en la frente de aquel monstruo;

encastillado en Buenos Aires, lidió con los ingleses, con los franceses; pactó con unos, cansó a los otros, triunfó de varias revoluciones; la injusta victoria lo acarició, y fué omnímodo;

pero el despotismo es un coloso que tiene los pies de lodo, y la ola más débil, en el momento más impensado lo derriba;

el dictador argentino, cayó un día a tierra, en medio del aplauso universal;

la fortuna no le volvió por completo la espalda, y pudo escapar con su hija y sus riquezas:

se refugió en Southampton;

los mares del Norte, oscuros y tempestuosos, dieron su arrullo formidable al alma de aquel tirano, siempre feroz y entonces entristecido;

como un tigre en los juncas de un pantano, paseaba el gaucho criminal todas las tardes por las riberas del mar, dejando errar sobre las olas su mirada felina, y sintiendo en el alma la nostalgia del poder y del desierto;

del brazo de su hija, anciano y meditabundo, veían los viajeros americanos aquel monstruo, sobre el cual empezaba ya la justicia de la historia, a agitar sus alas formidables;

un día cayó enfermo; y, cuidado por su familia, auxiliado por su oro, qué era lágrimas condensadas, atendido por la ciencia, ungido por la religión, en cuyos altares había figurado entre sus santos como un patriarca modelo, como el hombre que no hubiese hecho ningún mal, dobló para siempre su cabeza cargada de maldiciones, aquel tirano trágico, para quien todos los tormentos del mundo habrían sido pocos;

¡oh injusticias supremas del destino!

cuando se ven estas desapariciones tranquilas de déspotas, estos desafíos insolentes al sufrimiento de los pueblos, se hace difícil que haya quien ante aquellos sepulcros hable de la eterna justicia;

entonces no queda sino una vengadora terrible: la Historia;

¡ay! ¡pero ese rayo no aniquila sino una sombra!...



MARIANO MELGAREJO

Este tirano no tiene biografía;

su historia fue su crimen;

fugaz, trágico, sangriento, pasa en el torbellino de la política de su tiempo, coma esas nubes cárdenas y amenazantes que arrastra y disuelve el huracán;

tuvo la fulgurante y asesina rapidez del rayo o del puñal; brilló en la sombra, asesinó, y pasó;

era velludo como un oso, fornido como un toro, cruel como un tigre, y torpe como un topo;

oscuro, ebrio, brutal, fué por sus vicios una especie de Andueza Palacio, pero *masculino* y con machete:

Epicure grege porcum, diría Horacio;

el vicio triunfante, la vulgaridad hecha poder, la audacia vencedora: eso fué él; una de esas figuras de decadencia que anuncian el raquitismo de las tiranías;

soldado atrevido y ambicioso, no tuvo más virtud que el valor, el cual, en ciertas almas es un instinto brutal;

fué hijo del tumulto y de la guerra, nació en el seno del desorden, y vivió en el motín: esos hijos del caos son siempre atrevidos y feroces como el hombre primitivo;

de pronunciamiento en pronunciamiento, de traición en traición llegó a la cima: así se asciende en épocas de sombra;

hay flores que sólo se abren en la noche, aves que sólo vuelan en tinieblas, plantas que sólo crecen en el fango; así hay almas que sólo viven en el desorden, creciendo en medio de él con espantosa majestad.

Melgarejo era una de éstas;

representaba algo así, como uno de aquellos emperadores fugaces, hechos y deshechos por los pretorianos, en las postrimerías del Imperio Romano; soldados que no alcanzaban a llegar bajo el solio, y a falta de trono se suicidaban en su cama, como Otón, y se envolvían para morir en su abrigo de campaña, a falta de la púrpura soñada; ¡tumbas ignoradas, sobre las cuales no extendían sus alas las victoriosas águilas del *Lacio*!

había peleado como un bravo en Ingaví, siendo, con Ballivián vencedor de Gamarra, e invasor del Perú;

fué para Bolivia, uno de esos soldados que la dominaron tanto tiempo, como Belzú, Ballivián, Velasco, Daza, o Acha, y cuya personificación ambiciosa, pedantesca, brillante y soñadora, fué Linares;

después del crimen de Loreto, del cual acaso no estaba puro, concibió el plan de tumbar el gobierno de Acha, y así lo hizo, dando en tierra con él por medio de un golpe de cuartel ;

su poder fué efímero y sangriento;

patíbulos, venganzas, crímenes: una mancha de sangre y de sombra, tal fué lo único que dejó en la historia;

derribado después por una revolución semejante, a la que lo había llevado al poder, escapó con vida por rareza, y se refugió en el Perú;

un día en Lima, ebrio, escandaloso, brutal, entró en casa de su hija, puñal en mano, y fue muerto por el marido de ésta, al pie de la escalera de la casa;

así concluyó aquel tirano imbécil y feroz; su historia casi no alcanza a ocupar una página;

fué un triste ejemplo de esa funesta dinastía del sable, del cual aún no nos vemos libres en la América del Sur;

la Libertad ha podido alguna vez refugiarse en los campamentos; pero no ha salido nunca pura de ellos;

los soldados afortunados, pelean por la Libertad como por una querida, para violarla;

siempre que la Libertad ha caído en los brazos de un guerrero, ha muerto sofocada por él; todos ellos la deshonran primero, la traicionan luego, y la matan al fin;

ésa es la eterna historia, repetida por todos, ya se llamen Napoleón, que fué el genio, o Melgarejo, que fué la audacia.



GARCIA MORENO

¡Henos aquí en lo más espeso de la sombra!...

García Moreno es el horrible pájaro de la noche;
para perseguir a este tirano bullo, hay que bajar
con él hasta el fondo del abismo, siguiéndolo en su
volateo vertiginoso en las tinieblas;

la proyección de la figura de este déspota en la historia,
es pequeña y deforme: es repugnante como una larva,. y
venenosa como una víbora;

¡la historia de su trágica dictadura, no tiene un rayo
de luz! prodigó la muerte, y la sombra, asesinó por
millares, azotó a sus generales, resucitó el tormento en las
prisiones, mató la juventud en las plazas, y pasó en la
sombra blandiendo el puñal con una extraña mirada de
loco y la espantosa crueldad de un fanático;

fué un jesuita feroz, un neurótico poseído del odio más
ardiente al progreso humano;

no tenía la austeridad de Rodríguez de Francia, ni la
altura intelectual de Núñez, esos otros dos tiranos
jesuitas de América;

era un despreciable y obscuro soñador de crímenes;
aquel déspota, fué un arcaísmo político, un extraño en este siglo, una especie de fraile loco, escapado de su celda, y tocado del misticismo de la destrucción, muy digno de galopar al lado de Santo Domingo de Guzmán en las cruzadas albigenses;

era el tipo ideal del tirano fanático;

yo no sé si sería tonsurado, pero mereció serlo;

es la figura más sombríamente odiosa de la historia americana; tan pérfido era, y tan malo, que han pretendido después canonizarlo; bien merece ser notabilidad de almanaque;

mezcla confusa de sacristán y leguleyo, fraguaba sus asesinatos en los claustros, y los ejecutaba en nombre de Dios y de la Ley;

su fama es enteramente conventual, y los himnos a su nombre, son salmodias cantadas en su loor por curas y monaguillos;

la humanidad, no le debe sino atraso, lágrimas y sangre: no puede tener para él sino anatemas;

la Iglesia podrá levantarle algún día altares, y colocarlo entre Sus ídolos; la Libertad no le alzará nunca monumentos, a no ser que le levantara una estatua como la que el conde de Maistre deseaba alzar a Voltaire : *por la mano del verdugo*;

su tosca y desgraciada personalidad, no forma al lado de esos tiranos brillantes por el valor o por el talento, y que deslumbran a los pueblos con el espectáculo de sus victorias o el brillo de su genio: no, es vulgar y pequeña, pueril y frailesca;

la fantasía más soñadora no podrá embellecerlo nunca; la leyenda heroica nada tendrá que hacer con él: sus crímenes romperían el molde de cualquier poema; pertenece a las narraciones medrosas, a las tradiciones lúgubres, a la tragedia histórica;

la gloria no tiene noticia de su nombre;

su espantosa cabeza de Medusa, aparece en la historia americana, guillotizada por Montalvo, y encerrada en la jaula de hierro de su espantosa dialéctica;

¿cuál fué su historia?

¡ayudado por los jesuitas asaltó el poder, acogotó el Derecho, mató la Libertad, enterró vivo el pueblo del Ecuador, clavó sobre ese sepulcro una negra cruz, y en uno de los brazos de ella, plegó sus alas y clavó sus garras este inmundo buho, y queda allí, centinela de la muerte, amenazante y fijo, mirando el horizonte, que estaba siempre obscuro, iluminado a intervalos por las llamas fluctuantes del *Pichincha*!...

de vez en cuando, erizado y medroso, prestaba oído atento a un inmenso ruido que venía perturbando aquel silencio, algo formidable que avanzaba en medio de la soledad, haciéndolo estremecer: eran la voz y el pensamiento de Juan Montalvo, que pasaban sobre aquel pueblo dormido: ¡verbo de rayo, tempestad de ideas!

¡qué duelo tan trágico y tan grande, el de aquel déspota sombrío y aquel talento indignado, el de aquel buho y aquella águila!

el águila bajaba amenazante sobre el siniestro buho, le picoteaba la cabeza hasta hacerte sangre, lo asordaba dándole aletazos tremendos;

graznaba furioso el negro pajarraco, ensayaba picar, pero caía al fin patas arriba, alborotado el sucio plumaje, herido por aquellas alas poderosas, y entonces el águila se levantaba serena, majestuosa, imponente, y se alejaba hasta perderse entre las brumas del pálido horizonte;

y, pasaba esa águila proscrita, por América y Europa, llevando en sus alas como jirones de la sombra con que acababa de luchar, llenando de acentos bélicos el espacio, y contando al mundo el martirio de aquel pueblo, crucificado, secuestrado y mutilado en pleno siglo XIX;

jamás tirano alguno, fué tan duramente flagelado en vida, por el látigo de un estilo tan viril;

la musa triunfal de Esquilo, persiguiendo a Jerjes aterrado, hasta en brazos de sus concubinas y de sus eunucos, tuvo apenas acentos semejantes;

el alma del Ecuador se refugió en Montalvo prestándole ese acento, condensación de todos los anatemas, y vengándose así de ese tirano; condensación de todas las maldades.

Montalvo reunió el verbo cáustico de Juvenal, la elocuencia de Marco Tulio, y la candente concesión de Tácito, en ese haz de azotes con el cual fustigó tan duramente al sátiro jesuita, que la azotaina se oía en toda América, como se oye en un circo el chasquido del látigo de un domador de fieras.

Víctor Hugo y Juan Montalvo, han sido los dos más grandes indignados de este siglo: nadie ha superado sus soberbios acentos;

sus duelos con Bonaparte y García Morena, respectivamente, son las das más bellas epopeyas de la pluma contra el cetro, del talento contra la iniquidad;

la historia verá siempre, en medio de fulguraciones terribles, pasar la sombra de aquellos dos tiranos fugitivos, perseguidos por aquellos dos genios indignados; y en vano los réprobos tratarán de acuitar las frentes, si siempre, han de mercárselas las estrofas ardientes de los *Castigos*, y los períodos fulgurantes de *el Cosmopolita*;

la justicia venció al fin;

la soberbia del pueblo, tanto tiempo comprimida, estalló en una catástrofe violenta;

un día, al salir de su palacio, el tirano se halló frente a frente con los conjurados del pueblo, vió brillar algo como un relámpago sobre su cabeza, y sintió que la hoja fría del puñal de la venganza popular le entraba en el corazón;

al verse frente a la muerte, aquel matador, que tanto la había prodigado desde su palacio, tuvo un miedo cerval,

tendió las manos suplicante, cayó de rodillas implorando perdón, lloró pidiendo la vida; ¡y él, que nunca la había tenido, osó hablar de piedad!...

los conjurados fueron implacables, y el déspota murió como había vivido, ahogándose en sangre;

no supo morir; cayó como un cobarde;

no asió moribundo el puñal homicida, como Hippias, ni se cubrió majestuosamente como César, ni se sonrió con desdén como el *bearnais*, ni trató de poner la mano en su contrario, como Gustavo de Suecia: sólo alcanzó a morir llorando e implorando la vida como la cortesana aquella que exclamaba en el cadalso: *¡Piedad! no me hagáis daño, señor verdugo*;

de él sí que puede decirse, que en su caída *es donde se conoce bien su miserable naturaleza; ella recuerda el ídolo de la Biblia que se rompió junto al tabernáculo del templo: de su cabeza salía un nido de ratones*;

de la cabeza de García Moreno sólo salió un alma cruel, con los colores del miedo.

Mis enemigos están en el deber de matarme, porque, si no, los extermino—decía el déspota:

Mi pluma lo mató —dijo Montalvo al saber el drama de Quito;

estas dos frases sintetizan la tragedia, y parecen arrancadas a los labios de los labios de dos personajes de Eurípides,

si la pluma de Montalvo, como él hiperbólicamente lo dijo, mató a García Moreno, también lo inmortalizó, condenándolo a la más espantosa de las inmortalidades: la del oprobio;

¡mientras se hable la lengua castellana, se leerán siempre, como modelos de arte y de elocuencia, las obras de don Juan Montalvo, y las generaciones futuras aprenderán en aquellos apóstrofes sublimes a odiar la sombría figura de García Moreno, condenado a tan

triste supervivencia por el poder de aquel vengador terrible!

¡llevado así, por el genio poderoso de Montalvo, atado a él, ese tirano infeliz atravesará la historia como un nuevo Mazeppa, eternamente desgarrado, y escuchando como aullido formidable en torno suyo, las eternas maldiciones a su nombre!...



RAFAEL NUÑEZ

He aquí el tirano esfinge;
para hablar de su obra, sería necesario emplear el tono
elegíaco, pues su figura impera entre ruinas;
para hablar de su personalidad, el estro vengador de los
profetas de Sión, pues fué opresor y adúltero como un rey
asirio;.
pero la democracia tiene acentos más viriles para
condenar a sus verdugos: nada tiene que prestarle a la
antigüedad;
este apóstata sombrío, llevaba en el semblante aquella
palidez que hacía presentir a César la traición en el rostro
del último romano; en su alma la sombra que envolvió la
de Tiberio, y en su conciencia las tempestades que
asaltaron la última noche el corazón del discípulo traidor
al Cristo;
como el vendedor del apóstol galileo, él mismo se
encargó de hacerse justicia;
sólo el Luzbel de la leyenda, cayó de más alto que este
renegado insigne;

no colgado de un árbol, oscilando a impulsos de la nocturna brisa, sino huyendo de la sombra de su crimen como Caín, solitario y vagabundo en una playa del mar, náufrago de su ambición, aquel *tirano momia* se presenta al estudio de la historia y a las miradas compasivas del mundo;

allá, como un águila marina vencida por la tormenta, que despedazadas las alas no pliega el vuelo, sino se desploma en una roca y se refugia allí, soberbia, pero impotente, viendo poco a poco ennegrecerse el cielo y crecer la sombra en el inmenso horizonte, agitando de vez en cuando las rotas alas, y dando al viento un lúgubre gemido; vegetó y se consumió lentamente, entre sus sueños de poeta, sus remordimientos y sus sangrientas visiones; el dictador colombiano, rencoroso y vengativo, solitario y triste, en una playa del océano Atlántico;

allí espaciando su mirada soñadora, sobre las olas de aquel mar, azul como sus pupilas; solitario, profundo, traidor y lleno de abismos como su alma;

allí se ostentaba aquel tirano ruina, inclinado sobre dos abismos, el del mar y el de su conciencia;

allí viendo las tempestades del uno, y sintiendo las tempestades de la otra; el oleaje golpeaba en sus playas, y el remordimiento en su alma;

las olas y las maldiciones formaban rumor siniestro en torno de aquel hombre azote y enigma, siniestro conductor de multitudes y de sombras;

todo en él tuvo la densa oscuridad del abismo;

era poeta, y su poesía metafísica, oscura, grandiosa, no tiene la vaguedad de nieblas coloreadas de los soñadores alemanes: su nebulosidad espesa la hace negra, es una nube de tempestad que el sol no colora, y cuyo seno se ve incendiado a veces por cárdenos relámpagos: carece del lirismo y la armonía de los grandes poetas franceses o italianos; tiene más bien algo de Byron en la pasión de sus poesías eróticas, y

sólo cuando se conmueve se roza casi con el autor de *Rolla*;

su musa no es helénica, y la eufonía está ausente de sus versos, en cuyo fondo, sus ideas semejan riquísimo perfume árabe, encerrado en toscó y desgarrado vaso;

sus grandiosos pensamientos parecen bloques de mármol arrojados al acaso, esperando la mano de un artista que los pule; los más puros, semejan fragmentos de una rota columna del Partenón; es en su poesía, como fué en su vida toda: enigmático y sombrío;

escritor dogmático, sentencioso, ama los moldes de la escuela inglesa, que trata de imitar, y es levantado y áspero, como una roca andina;

la elevación de sus ideas, cierta profunda obscuridad que hace recordar a Tucídides; la forma sibilina que le es peculiar, y el tono soberbio de quien tiene seguridad de ser oído, son los rasgos distintivos de sus escritos;

filósofo ecléctico, sin creencias, sin virtud, sin conciencia, sin honradez, no fué un filósofo especulativo, sino especulador; recorrió todas las escuelas sin detener el vuelo en ninguna, y fatigado al fin, como una ave enferma, plegó sus alas en el campanario de las iglesias, lleno de remordimientos, envidias y despecho;

después de profesar un escepticismo digno de los tiempos de Protágoras y Demócrito, y haber aceptado como suya la divisa de Montaigne, e impulsado sus doctrinas no ya al pirronismo, sino a la negación y al ateísmo, de súbito y por interés, por sórdido interés, buscando una protección para sus delitos, una escala para su ascensión, un perdón para sus adulterios, un manto para sus liviandades, se envolvió en el de la iglesia romana, y se hizo no ya creyente, sino místico,

pera no místico contemplativo, sino perseguidor iracundo, innovador feroz; especie de aquel bárbaro Cirilo, verdugo de Hipatia, este renegado, sólo vivió pidiendo persecuciones y exterminio para sus antiguas ideas;

como el criado de Gamaliel, después de la fábula del camino de Damasco, se volvió contra sus antiguos amigos, y los apedreó;

apóstata ambicioso, debiendo su poder a la traición, tuvo el fuego y el encano que llevan siempre los apostatas contra la causa abandonada;

los rasgos distintivos de la neurosis de este político, fueron: el orgullo y la venganza;

ellos lo condujeron al cisma liberal, de éste a la traición, y de la traición al despotismo;

empujado por el viento de su ambición, se despeñó de la cima de sus sueños, y despertó en el abismo...

náufrago de los mares de la libertad, se replegó en las regiones de la autocracia, y llegó a ellas hambriento y feroz, como uno de esos osos polares a quienes sorprende la descongelación de los mares, y llevados sobre un témpano de hielo, sombríos viajeros, viajan semanas y semanas, hasta que son arrojados por la fatalidad sobre un rebaño indefenso; así cayó él sobre la república;

marchitas fueron las hojas de su corona apolínea, palideció su estro, y su musa plegó las alas; ya no fué más que un traidor...

el poeta se hizo déspota;

el ateo se hizo creyente;

el filósofo revolucionario, se hizo ortodoxo implacable; de rodillas a la sombra de las iglesias besaba los ídolos que había escupido, y levantaba los altares que había ayudado a derribar, y edificaba templos a la religión, con los fragmentos del templo de la libertad que destruía;

la pluma que había defendido la libertad, escribió el más vergonzoso evangelio de reacción;

la mano hecha para pulsar las cuerdas de la lira, se ejercitó en tirar de las de las horcas...

extendió la sombra sobre la patria;

el derecho y la moral se cubrieron avergonzados;

hizo de su venganza ley política, y de su poligamia ley moral;

colocó la dictadura y el adulterio en la cima;

y vió que sacerdotes y políticos se inclinaron ante él, cuando llevando su concubina de la mano paseó los salones del *Palacio de San Carlos*, y el Papa extendió su mano temblorosa para bendecirlo, y lo llamó su *hijo querido*, ungiendo su frente con el óleo del perdón;

y, mientras la esposa legítima agonizaba en la miseria, la sociedad conservadora se disputaba el puesto cerca al adulterio triunfante, como los cortesanos de Luis XV se disputaban el taburete cercano a la Du-Barry, manceba casi coronada;

la religión y el servilismo, formaron un solo himno al despotismo y al vicio;

los fanáticos y los ignorantes, son la mejor madera para hacer lacayos;

el pensador coronó la cima, pero vió a sus pies el abismo...

el filósofo sintió asombro ante tamaña abyección, y comprendió que aquellas serpientes se arrastraban, pero podían morderlo; tuvo miedo de su propia obra...

¡era tarde! había despertado el hambre de las fieras, y en vano temblaba ante su rugido...

los acontecimientos eran superiores a él, y sus débiles alas no podían ya luchar con la tormenta;

habla provocado la borrasca, y el oleaje jugaba con él como con un corcho; al fin, el aliento de la propia tempestad levantada por él, Yo arrojó sobre una playa...

tarde debió recordar su propia estrofa:

*Que aquellos que a los otros despotizan,
Suicidas, con su propia mano atizan
El incendio que escoria dos hará...*

y, al despertar en el fondo del abismo, manchado de sangre, convicto de traición, perseguido por el odio y el baldón, tiznado por su infamia, traicionado por sus amigos, mezcla confusa de Caín y Judas, no hallando cómo lavarse las sangrientas huellas del sacrificio fraternal, ni cómo borrar la historia de su traición nefanda, buscó el aislamiento, y viejo poeta, se refugió en la soledad y en las riberas del mar para vivir;

y allí; triste, septuagenario, víctima de repentinos ataques de soberbia, con accesos de venganza senil, decadente y rencoroso, terminó su existencia aquél que fué, poeta y filósofo, traidor y déspota;

¡caída sin grandeza, agonía sin majestad!

¡dicen que al caer las tardes, el *Tigre del Cabrero*, nombre con que pasará a la historia este tirano sombrío de Colombia, contemplaba con mirada melancólica el horizonte infinito y el majestuoso descenso del sol al occidente!...

¡ay! acaso pensaba que ese sol, como la libertad, se oculta para reaparecer, entre tanto que para los traidores y déspotas no hay aurora...

y, caía la noche y cubría al déspota, pensativo a la orilla del océano y envuelto en la espantosa noche moral de su alma...

él lo había dicho:

*¡Ah! que del torcedor remordimiento
Nadie se libra, ni el mendigo hambriento
Ni el envidiado poderoso rey!
¡Y aquel, que a un pueblo, temerario oprime,
Luego, espantado de sí mismo gime,*

De la reacción por la implacable ley!

y así estaba él;

las olas de aquel mar, por embravecidas que estuvieran, las tempestades, por reciamemente que rugieran, no podrían dominar los tumultos de aquel pensamiento, el grito aterrador de aquella conciencia, el aleteo de recuerdos que como bandada de aves carniceras se cernían sobre aquel cerebro, y el inmenso clamor del remordimiento que se agitaba formidable en el obscuro fondo de aquella alma... y, por sobre todo esto, como en fúnebre *crescendo*, el eco de los aves de las madres, de las viudas, de los niños huérfanos por su causa...

¡espantoso Prometeo, devorado por el buitre del recuerdo!

y, en vano pedía consuelo al sueño, porque en él iban a perseguirlo las desmelenadas y hambrientas figuras de las víctimas que su ambición había sumido en la miseria;

y, en vano ocultaba en las almohadas el rostro sudoroso, si en el fondo de su conciencia veía levantarse más horrorosas visiones, y si abría sus ojos aterrados, creía ver a un extremo de su lecho, como sostenido por una cuerda invisible, colgando y oscilante el cadáver de Pedro Prestán, mirándolo con sus ojos brotados de las órbitas y su amoratada y aterrada faz de ahorcado;

y, al otro extremo, envuelto en la bandera de la República, como único sudario, la pálida y altiva figura de Ricardo Gaitán Obeso, en cuyos labios se veía creciendo como una inmensa mancha negra, la última gota del veneno que lo llevó a la tumba;

¡centinelas implacables, colocados allí por el remordimiento para velar el sueño del tirano!

así, bajo la sombra del oprobio, hostigado por sus visiones lúgubres, azotado por las alas del espíritu

liberal que se le cernía encima como un buitre furioso, solitario, entristecido, abandonado de los que explotaron su traición, fué caminando lenta y tristemente hacia la tumba aquel sombrío Caín !

¡la América contempló indiferente esa oscura agonía!

¡al fin murió!

mas, ¡ay! ni bajo la losa del sepulcro hallaría calma, porque, como al fratricida de la leyenda, si abriera los ojos en el fondo de la tumba, vería sobre él, fijo, centelleante, severo, el ojo formidable de la Historia.



GUZMAN BLANCO

Este no es un tirano trágico, es un tirano cómico;
carece de majestad, porque carece de seriedad;
no tiene grandeza, sino boato: su gloria se compone de
hipérboles con átomos de verdad;

hay mezclado a su brillo real mucho oropel, y aparece
en la historia con el aparato de un rey de melodrama;
queriendo hacer el Talma, hizo el Coquelín de la
política;

los rasgos distintivos de su carácter fueron: la
vanidad y la avaricia: a ellos sacrificó sus cualidades
de mando;

pedantesco hasta el ridículo, avaro hasta el
exceso;

para él, el poder no fué sino un escenario y una
mina: representó y explotó;

la naturaleza le dió figura imponente, y él, por
hacer el Júpiter Tonante, la hacía ridícula;

tenía hermosa y clara voz, pero gustaba de ahuecarla, para asustar a sus políticos rurales y a sus generales de parroquia, y la hacía entonces campanuda;

su mirada era imponente, mas por hacerla investigadora y terrible la tornaba en una de basilisco, como para tenor de escolares;

caminaba como un rey de teatro en los salones de la *Casa Amarilla*, y a fuerza de estudiar posturas y ademanes, concluyó por hacerse soberanamente ridículo;

tenía modales de diplomático, y usaba interjecciones de soldado;

tenía audacias de loco, mezcladas a puerilidades de niño;

se vestía a veces como un fante;

decía en cartas groseramente escritas y torpemente publicadas, que los mariscales del primer imperio francés no le daban a la cintura;

criticaba a Bonaparte; hablaba de batallas campales con admirable desenfado sin haber visto nunca una;

se hacía colocar en una misma medalla con Bolívar;

se hacía dar de sus adeptos títulos pomposos, que colmaban lo ridículo;

se hacía levantar estatuas, y se mandaba pintar en una basílica con manto y túnica de evangelista...

no entendía nada de milicia, pero se hizo titular *general*;

no entendía nada de derecho, pero se hizo dar el grado de *doctor*;

no sabía gramática, pero se hizo nombrar académico;

la culpa no fué toda de él;

al lado de estas ridiculeces y estas audacias, es indudable que había en él dotes de mando;

dice Chateaubriand que hay unos hombres que hacen las revoluciones, y otros que se apoderan de ellas: a estos últimos pertenece Guzmán Blanco;

figura secundaria y casi obscura en la guerra de la *Federación*, muertos o desaparecidos los grandes caudillos, careciendo el partido vencedor de hombres de gobierno, él apareció en el momento preciso, para arrebatarse la república a la turba de caudillos, que sin verdaderos ideales, sólo aspiraban a poseerla por premio a su coraje;

no concluyó —como muchos lo han dicho— con el caudillaje, sino que lo organizó bajo su férrea mano;

llevó la república, del campamento al Capitolio; ¿en poder de quién habría caído ésta, si Guzmán no la hubiera arrancado de manos de ese tumulto de soldados victoriosos?

su brillante dictadura en Venezuela, habría sido reemplazada acaso, por la de algunos de esos generales sin cabeza y sin carácter que fueron luego por turno escabel de su dictadura, restos venerables, naufragos de aquella guerra, a los cuales se les vió después como desconcertados en la política, sirviendo de ejemplo de revoluciones, que cuando no terminaban en una infidencia, espiraban en una catástrofe;

en cambio, el despotismo de Guzmán, ha sido el único despotismo fecundo en América;

oprimía, es verdad, pero no como una losa de sepulcro, con inmensa pesadumbre, proyectando la sombra y causando la asfixia, sino como un jinete oprime los lomos de un corcel indómito, al aire libre, al horizonte abierto, andando siempre, avanzando cada día, y sorprendiendo con un progreso al brillo de cada aurora;

nada de estancamiento, nada de retroceso;

hacienda, ejército, instrucción pública, clero, todo lo regimentó, y a su impulso poderoso, la república extenuada recobró sus fuerzas; la hacienda pública salió del caos; el crédito nació; hubo como raudales de oro, y el pueblo despertó al rugido de las locomotoras que cruzaban las altas sierras y los profundos valles.

Guzmán oprimió, pero a plena luz; ni un jirón de sombra arrojó sobre el pueblo;

él no aspiró como otros, a obscurecer para reinar; parecía desafiar la misma luz con su poder;

a semejanza de Mosquera y Porfirio Díaz, sometió la tumultuosa y oscura falange de los curas, haciéndoles sentir sobre sus cabezas ungidas la mano del poder;

como bandadas de lechuzas sorprendidas, salieron los frailes de sus conventos, cuando el audaz mandatario escaló las alturas del Capitolio;

sobre las ruinas de templos que eran sarcasmos del arte, levantó teatros que son orgullo de él; y sobre las ruinas de los conventos, asilos de la holgazanería, alzó edificios que hoy son asilos de la ciencia, y templos de la ley;

acaso no hay tradición de gobierno más progresista, en estos países americanos del Sur;

es la figura menos sombría entre estos déspotas, es el tirano menos sanguinario de la América;

no se le puede imputar sino un asesinato: el de Matías Salazar, y, sin embargo, tuvo bastante talento para marcar con aquella sangre la frente de todos sus generales;

eso no lo salvará ante la Historia.

Napoleón encontró quien juzgara al duque de Enghien; Bolívar halló quien juzgara a Piar, y la historia no ha absuelto esos asesinatos; hallar cómplices, no es ser inocente.

Guzmán era un compuesto de sombra y luz, con mayor suma de claridad;

al desaparecer de la escena, no dejó en pos de sí la sombra y el atraso, sino luz, mucha luz en el horizonte;

como tirano, no tendrá nunca perdón;

como hombre de progreso, merecerá siempre admiración;

el derecho humano, no le debe nada;

el progreso material, le debe mucho;

el progreso, puede tener para su nombre himnos;

la Libertad, sólo tendrá para su nombre maldiciones;

¡y, no hay grandeza posible fuera de la Libertad!...



JOSE MANUEL BALMACEDA

He aquí el grande extraviado;
tiembla la mano al escribir su historia, y el labio al
maldecirlo se estremece;

¡oh! ¡supremo desvanecimiento de una grande alma,
súbito extravío de una conciencia, desgraciado eclipse del
bien, espantoso desmayo de una virtud!

en presencia de la infausta dictadura de este grande
hombre, al verlo marchar así al abismo, impulsado por la
fatalidad, se siente algo de la dolorosa impresión del
que ve desde la playa, un buque arrastrado por el
viento, lanzarse hacia el escollo; el pavoroso
recogimiento del que inmóvil presencia desde la orilla
la imponente y trágica escena de un naufragio;
¡contemplándolo se siente el estupor de las grandes
catástrofes!

al verlo hundirse tras su corta y tumultuosa lucha,
el horror se torna en severa melancolía, y tristes
pensamientos, como los que surgen a la hora del

crepúsculo vespertino, se apoderan del alma impresionada;

repasando la agitada vida publica de aquel hombre, se cree escuchar en ella, algo come el rumor oceánico de las multitudes atenienses, el tumulto del foro romano, y el ruido de nuestras modernas democracias: fué una vida de combate;

tribuno a quien los acontecimientos hicieron dictador, su papel es único en la historia americana,

orador —grande orador— , periodista en la excelsa altitud del vocablo, escritor eminente, hombre político en toda la extensión de la palabra, José Manuel Balmaceda siempre será, a pesar de sus sombras, una de las más altas personalidades de la América latina; nada faltó a su grandeza; ni la dignidad de la caída:

por más de quince años fué en el Parlamento chileno el verbo de la democracia, el paladín del liberalismo avanzado, y cuando el partido ultramontano por los labios de Wálker Martínez, como el loco que azotaba el océano, pretendía abofetear el progreso humano, el liberalismo escuchaba vibrar la voz sonora de Balmaceda, proclamando con viril entonación las excelsas doctrinas de la escuela radical;

así, cuando llegó al poder, toda la democracia americana alzó las manos para aplaudir: sólo el conservatismo, hosco y mohíno, bajó la frente y devoró aquella victoria como una copa de hiel;

su venganza no se hizo esperar largo tiempo; en mayoría en las cámaras legislativas y en las curtes cie justicia, los restos poderosos del partido conservador hostigaron al presidente, le obstruyeron el camino de la legalidad, y por tan maquiavélicos fines lo lanzaron a la dictadura... después, le hicieron la guerra ;

¡y aquí comienza el eclipse!

la Libertad oculta el rostro, y se la oye sollozar;

aquella dictadura pasa por el horizonte de la historia,
como un relámpago, fugaz, brillante, rojiza y destructora;

al fin se hundió, con el horrible estruendo de un
edificio inmenso consumido por las llamas;

aun, con los postreros fulgores, y en, medio de las
humeantes ruinas, se vió setena, imperturbable, la figura
del imponente dictador;

después... ;desapareció!

había en el gran teatro de Atenas un telón, al fondo del
escenario, el cual cuando era necesario hacer aparecer las
flotas que recordaban el heroísmo griego, o la partida de
algún caudillo que se confiaba a la movilidad del
tembloroso oleaje, se descorría, dejando ver en su severa
majestad el verdadero y admirable mar de Grecia, con sus
ondas azules irisadas, en las cuales, como flores flotantes
titilaban las estrellas, o amenazante y fiero, llenando la
sala con sus rugidos, si el ala de la tempestad acababa de
pasar sobre él... pero siempre allá en lontananza la
proyección de la vela de alguna nave, cual silueta de
garza fugitiva, bañada por los rayos de la luna, o envuelta
en el fragor de la tormenta, avanzando hasta perderse en la
inmensa amplitud del horizonte;

así Balmaceda, en el último acto de su espantoso
drama, descorrió con atrevida mano el telón tras el cual
se extiende mudo y pavoroso el hondo mar de lo
desconocido, y severo, imponente, sin doblegar la
cabeza, se hundió majestuosamente en las espesas
sombras de la tumba, y, como alguien dijo de Lucrecio,
se embarcó en el ataúd, y desatando por sí mismo la
amarra, empujó con el pie esa barca a la cual mece
desconocido oleaje...

su desaparición en el horizonte tiene la inmensa
proporción de un eclipse;

a la epopeya del pueblo, contestó con el horror de la
tragedia; pelea de águilas; el pueblo y el tirano ambos
lanzaron gritos épicos; fueron los dos extremos de

esa lucha grandiosa: el heroísmo del pueblo abajo, y el heroísmo del tirano arriba;

a la imponentia de la ronca marejada humana que avanzaba contra él, escupiéndole la espuma de su rabia, el gran culpado respondió arrojándole al rostro la espuma de su desdén, y como un condenado en la roca Tarpeya, se lanzó al abismo... la ola se detuvo;

el ruido de aquella caída apagó el de aquel tumulto;

no fué sino una detonación, pero tuvo el eco inmenso de un trueno en la soledad; doquiera se escuchó como la repercusión del tiro que rompió el cerebro poderoso del dictador chileno;

salir de la vida por la puerta del suicidio, es siniestro, pero en ciertas ocasiones es grandioso;

el fin de aquella lucha tiene un sabor griego clásico: parece ideada por Sófocles;

así desaparecían los héroes homéricos.

Balmaceda sobrepasa, en todo, las proporciones de los tiranos vulgares de América;

no pertenece a esa morralla oscura de ambiciosos, plebe de tiranuelos; no es de la estofa de los Núñez, los Rosas, los Anduezas, los García Morena; descuella sobre ellos con una majestad de roca en el desierto;

¿cuál tan brillante como él?

¿cuál otro ha tenido el valor de no sobrevivir a su caída?

¿cuál de ellos ha puesto fin a su existencia odiosa de manera tan viril?

¿cuál moriría como él, con un revólver sobre la sien y quinientos pesos por todo capital?

Rosas huyó a Inglaterra, repleto de oro; Rodríguez de Francia murió lleno de miedo, solitario, como un eremita; García Moreno, de rodillas, pidiendo perdón; Núñez temblando de pavor, entre el remordimiento y los restos de su rapiña; Guzmán Blanco en París en la insolencia de sus inmensos peculados...

¿cuál osaría compararse a Balmaceda?
ninguno;
y, sin embargo, a pesar de su grandeza personal, la
Historia tiene que maldecirlo;
¡oh! sí, maldito sea por la sangre derramada, maldito
por la libertad violada, maldito por el derecho
escarnecido;
la historia no puede tener contemplaciones;
el crimen es una mancha, que lejos de palidecer, crece
y se extiende con la muerte y con el tiempo, y al fin cubre
el rostro y borra casi la figura humana;
la historia es implacable;
la justicia no tiene corazón; hiere sin inmutarse, hasta
la cabeza de sus hijos, como el primer Bruto;
la Historia, acercándose a la tumba de Balmaceda,
escribirá en ella esta horrible palabra: *Tirano*;
después... sobre esa tumba derramará una lágrima;
las lágrimas de la historia suelen aplacar a veces la
conciencia indignada de los pueblos;
la religión podrá absolver algún día al suicida;
la Libertad no absolverá nunca al tirano.



JOSE MARIA MELO

No fué una dictadura, fué una aventura;
no fué un golpe de Estado, fué un golpe de cuartel,
pero atrevido, generoso, brillante, no como aquel otro
grotesco de la triste figura de Urdaneta, tumulto
vergonzoso, en que surgió a una dictadura efímera,
proclamada por pretorianos extranjeros, aquel servidor
incondicional, manchado todavía con la sangre de Padilla,
el Nelson colombiano;

la dictadura de Melo, pasa por la historia con el sonido
de una fanfarria guerrera, medianamente pueril, llena de
bordados, entre aclamaciones del bajo pueblo, y no sé qué
vago sueño de poder de un dominador exótico;

¿dictadura? casi ni eso; un tumulto militar, el festín de
la fuerza, el sueño de un soldado, la tumba del militarismo
en Colombia; la explosión del hecho y el triunfo del
derecho; una página de historia romancesca, y una
catástrofe fecunda.

César levantó el águila de los Gracos, ha dicho alguno;
y yo diré que Melo trató de levantar la vieja águila de las
dominaciones militares, el amellado escudo de los

dictadores de cuartel;

último representante de esa dinastía de heroicos guerreros —que después de ayudar a libertar la patria, la creyeron libre, no por ellos, sino para ellos, eternos soñadores de gobiernos fuertes y monarquías irrisorias, cabezas besadas por la gloria y desvanecidas por la ambición.

Melo fue, como Itúrbide, un dictador efímero, traidor a la libertad: fué como la sombra de Mario, apareciendo un momento entre el tumulto de sus legiones, y desapareciendo luego entre el polvo de la derrota;

después de los tiranos de sacristía, no hay nada más odioso que los tiranos de cuartel;

después de la insolencia estúpida del dinero, nada más depresivo que la insolencia de la fuerza bruta;

como cada zona tiene su flor, y su fauna propias, así en ciertas capas sociales se agitan elementos diversos, y las profesiones desarrollan distintas propensiones políticas;

la cátedra predispone a la elocuencia; el club a la demagogia, el claustro a la pereza, el cuartel al despotismo;

en los ejércitos están los dictadores como en estado *coloide*, esperando que haya un algo que los fecunde, buscando la zona política en que puedan desarrollarse y crecer; en el fondo de todo soldado se agita el germen de un déspota, más o menos informe, pero siempre vivo; habituados desde Alejandro a cortar el nudo gordiano sin desatarlo, son siempre dados a las vías de hecho, y refractarios a las soluciones del derecho; el hábito de la obediencia les forma la necesidad del mando: se vengan en los demás de su propia servidumbre;

nada hay más peligroso para una democracia joven, que el mantenimiento de un ejército permanente; la libertad no duerme tranquila a la sombra de las bayonetas; la vecindad de la fuerza es peligrosa como la del mar: confiarella es dormir a la orilla de un abismo; el mar es

invasor, y el abismo tiene la atracción del vacío: en el fondo de ambos duerme la emboscada;

cuando una democracia duerme confiada en los brazos de un ejército, nunca faltan un Boulanger y un caballo negro para una intentona, un Santana, o un Melo para un atentado;

en la América han pululado siempre los soldados ambiciosos de poder;

raros ejemplos en su historia son: Washington, San Martín y Sucre.

Colombia ha sido de las repúblicas hispanoamericanas acaso la que menos ha sufrido la opresión militar y sido víctima de ese atavismo dominador de los caudillos.

Santander era más un hombre civil que un guerrero, nunca tendió su mano contra la Libertad, y por su respeto a ellas mereció ser llamado *el hombre de las leyes*.

Obando fué siempre un proscrito inocente que nunca osó poner su espada en peso con la patria.

López era la austeridad hecha hombre, y fué apellidado el militar civil.

Mosquera, el eminente hombre de Estado, cuyo carácter cesáreo hizo un día irrupción, pereció al golpe de su audacia, como un anarquista en cuyas manos hace explosión la dinamita con la cual piensa saltar un edificio;

sólo Melo tuvo la inmensa audacia de levantar su espada y atravesar de parte a parte la Constitución;

era comandante general del ejército, y gozaba en él de inmenso prestigio;

un día, asesinó a su propio ordenanza, y el Congreso pidió su remoción y que fuera sometido a juicio;

entonces, para ampararse del castigo como asesino de un hombre, se hizo asesino de la Libertad, y su espada, tinta en sangre del cabo Quiroga, se apoyó sobre el seno indefenso de la república;

entre el general culpable y aquel ejército cómplice, dieron un golpe de cuartel.

Obando, aquel Edipo contemporáneo, tan inocente y tan trágico, tan noble y tan desgraciado, aquel hombre ídolo del pueblo, víctima de la calumnia, y que aparece como una esfinge ante la historia, fué aquella vez víctima o cómplice del usurpador, y reducido por él a prisión, como presidente de la república.

Melo se hizo dictador;

con un ejército de catorce mil hombres, brillante y adicto, se anunció un día a la república como su jefe;

el país indignado recogió el guante, y se lanzó sobre el usurpador;

el duelo fué corto y terrible.

Melo ejerció el poder supremo, pero de rara manera: fué un dictador inofensivo y noble, ni patíbulo ni proscripciones, ni atropellos, ni robos; nada cometió; cayó vencido, pero no odiado; pobre, pero no manchado;

su cerebro estrecho y débil, se desvaneció con el incienso; su alma se deslumbró con el brillo del poder, y deteniéndose como asombrado en Facatativá, inactivo allí, esperó en medio de sus pretorianos a que viniera a ungirlo el óleo de la victoria;

la lucha fué muy corta;

los generales melistas luchaban y vencían al principio en sangrientísimos combates, pero la ola de la legalidad que crecía aterradora los arrolló muy pronto llegando hasta el presunto dictador;

Melo despertó; se había dormido en Capua, y despertaba en la espantosa noche de Filipos; no se arrojó como Bruto sobre su espada, sino que se irguió soberbio en medio de la ruina, y luchó como un tigre acorralado;

todo sangriento y ennegrecido por la pólvora, fué aprisionado sin rendirse cuando el partido constitucional tomó a Bogotá, donde él se defendió hasta el último momento;

una vez vencido, fué sometido a juicio, y junto con el general Obando presidente, llevado al banco de los

acusados, ante el Senado de la república.

Colombia tiene ese alto honor, esa inmensa y gloriosa tradición, de haber llevado al banquillo de los reos a los mandatarios que han osado sobreponerse a la majestad suprema de la ley;

ella juzgó y desterró a Obando;

ella juzgó a Mosquera, frescas todavía sus victorias, le arrancó del cinto la espada, y ya septuagenario lo arrojó por diez años fuera del país;

ella, ante la sola idea de un desfalco —del cual estaba inocente el presidente Otálora—, lo citó como acusado ante el Congreso con todo su ministerio;

y, ella no olvidará la gloriosa tradición;

y, si la muerte no hubiera arrebatado al *Tigre del Cabrero*, habría visto sentado en el funesto banco a Núñez el anciano déspota, el traidor vulgar, que arrojó un día desde los balcones del palacio de San Carlos a la jauría conservadora que aullaba hambrienta a sus pies, los pedazos de la Constitución que había jurado defender:

La Constitución liberal ya no existe—dijo él.

La Justicia todavía existe, le habría dicho el país el día de las grandes liquidaciones.

.....

Melo fué sentenciado y desterrado;

sobre un tambor, en un oscuro pueblo de México, expiaba después con su vida, aquel dictador proscrito, sus faltas a la libertad, su valor ilimitado, y su espíritu aventurero;

aquel patíbulo no lo merecía el bravo militar, pero sobre él vagaba aterradora y terrible la sombra indignada de Quiroga;

la Libertad perdona, pero la Justicia no.



ANDUEZA PALACIO

He ahí el último: es la escoria del despotismo;
éste no es un tirano, es un histrión;
ha sido el total eclipse de la virtud, el vicio estúpido, la
espantosa sombra, la deformidad hecha poder; una
inmensa carcajada de ebrio sonando en el seno de la
historia.

Andueza no es el monstruo, es la larva; aquella
inmensa larva que hacía la pesadilla de Lucrecio;

no es el crimen, es el vicio *incredibilum Cupitor*:

Hay hombres océanos —dijo Víctor Hugo; hay
hombres pantanos, diremos nosotros;

el océano tiene, oleaje, majestad sublime, imponentes
perspectivas, horizontes infinitos, murmullos y rugidos,
tempestades y naufragios: la imponente movilidad de la
grandeza...

el pantano sólo tiene el estancamiento, el lodo, los
insectos, la fermentación, la podredumbre, los miasmas, el
quietismo de la muerte;

así hay hombres esforzados de ánimo viril, que tienen del océano la grandeza, la eterna agitación, y aman la lucha; se les oye a distancia como el mar; se les ve siempre en lo alto como el cóndor; tienen inmensa fuerza, y se elevan en medio de la tormenta, se siente su aleteo formidable, y si declinan es con la majestad de un astro, y si caen es con la soberbia de una águila caudal;

en cambio hay otros, débiles, nulos, sensuales, incapaces de esfuerzo, inhábiles para lo grande, impotentes para la lucha; viven como dormidos en el fango, hartándose de lodo tienen tendencias de insectos, y tranquilidad de topos; son un temperamento de cerdo;

a estos últimos pertenece Andueza Palacio;

pueden haber existido déspotas más abominables, pero no ha habido ninguno más despreciable;

tratando de sondear aquel abismo de lodo, se siente con horror flotar la sonda: su bajeza no da fondo;

fué sombríamente asqueroso;

tuvo la glotonería de Vitelio, y los vicios de Nerón; confina por un lado con el cerdo, y por el otro con el mono; *corpore maculoso et foetio ventre et gula sibi ipsi hostias*, diría Tácito;

fué un cuasi-hombre hecho tirano, como de un emperador dijo alguien;

es en la Historia la proyección de algo obscuro y fétido; tiene del estercolero de Job, y de los arrabales de Nínive: es una llaga hecha hombre, un idiota que reina;

su deformidad física, se iguala a su deformidad moral; es el alma afeminada de un mancebo del bajo imperio, en las formas grotescas de un ídolo egipcio;

no se hizo casar como Nerón con su liberto, pero colmó de dinero a sus favoritos, y se paseó en coche con ellos en las calles de Caracas, como aquel otro en las de Roma, entre Eporo su eunuco, y Pitágoras su esclavo; *Spintria*, le habría dicho Suetonio, si la hubiera encontrado en el camino de la historia; la ley Sálica le habría prohibido

reinar;

era un loco a veces furioso, pero siempre monstruoso;
sobre su cabeza se aglomeran y flotan los inmensos
ensueños del delito;

no mandó asesinar a su madre, como el hijo de Agripina, pero la noche que velaban la suya muerta, se embriagó y jugó al dado con sus amigos en la habitación vecina, convirtiendo la casa mortuoria en inmaculada bacanal, y amaneciendo dormido ebrio sobre los fúnebres paños del catafalco; a los doce días concurría al teatro, sin sombra de tristeza, y antes bien con su sonrisa estúpida, sobre su faz grotesca; al mes daba un gran baile en su casa...

el amor a la madre es un sentimiento demasiado grande para caber en una alma tan pequeña; nido de sierpes no alimenta cóndores.

Andueza es despreciable por sus vicios, pero tuvo una sombría excusa para sus crímenes: era demente;

¡lúgubre irresponsabilidad de la demencia, que forma sobre aquella cabeza culpada un como pálido nimbo de inocencia!...

el idiotismo es la causa y ala excusa de su despotismo;
este pobre loco no fué a la dictadura, sino que lo llevaron;

pasa por la historia arrastrándose, y llevado del ronzal;
lo hicieron firmar, decir y ejecutar cosas horribles, de las cuales no se daba cuenta;

su despotismo fué incoherente e inconsciente;
tiranía de muchos, dominio de multitudes, reinado de cortesanos, gobierno de áulicos llevará su nombre, y sin embargo, será en la historia un inmenso anónimo;

fué llevado al despotismo por sus directores, y arrojado a él temblando y pálido, como Claudio lanzado sobre el trono;

su historia no es más que una palabra: *imbecilidad*;
despreciado, envilecido, olvidado, Rojas Paúl lo sacó de la

sombra, para hacerlo presidente; por eso su elección no mancha al país, que nada tuvo que hacer en ella; lo aceptó con indiferencia, lo vió gobernar con desprecio, y al querer perpetuarse le hizo la guerra con valor;

una vez en el poder, *Mignon*; como lo llamaban sus amigos de francachela, se apoderaron de su débil criterio los que siempre lo habían dominado, hicieron que desterrara a Rojas Paúl, y, cuándo llegó el día de entregar el mando, disolvieron el Congreso y lo hicieron firmar un manifiesto alzándose, con el poder;

el país le contestó con la guerra;

cuentan que cuando vió el manifiesto del Congreso declarándolo traidor, y la proclama del general Crespo llamando el país a las armas, pálido y tembloroso, lleno de pavor se echó a llorar;

desde entonces estuvo como secuestrada en los salones de la *Casa Amarilla*, bajo la inmediata inspección de sus ministros y de los encargados de darle licor hasta dormirlo...

en tanto, el furor de la tormenta seguía afuera;

el sol de la república se había oscurecido;

el pálido horizonte se había hecho negro, se tornó en rojiza la nube amenazante, y la inmensa tempestad de la guerra civil asordaba con ruido formidable los ámbitos de la patria;

con el rumor de ronca marejada se sentían los ejércitos de libres, avanzar por los valles y los montes, dando al viento el pendón de la justicia y el clamor de sus pechos generosos;

la figura de Crespo se levantaba majestuosa y soberbia en las amplias llanuras orientales, y en medio de la sombra, su espada producía fulguraciones de relámpagos que hacían clarear la densa obscuridad del horizonte.

.....

.....
Un día las dianas del ejército se hicieron oír en los

alrededores de Caracas;

los generales de la dictadura fueron llegando en tropel, desconcertados, llenando los salones del palacio presidencial; el viento de la derrota y de la deserción soplabá ya;

el demente dictador alzó entonces su inmensa faz estúpida, horriblemente descompuesta por la espantosa lividez del miedo, y viendo en su torno el desprecio que inspiraba a sus antiguos cortesanos, prontos a abandonarlo, pensó en huir;

a la sola aparición del ejército libertador, el grupo de cariátides que sostenía el grotesco ídolo vaciló, y la esfinge de lodo vino a tierra;

temblando y lloroso se refugió en brazos de la amistad, pidiéndole protección, y mientras el pueblo rugía amenazante afuera, él se arrastraba de rodillas buscando alguien que lo salvara en los salones ya desiertos de la *Casa Amarilla*.

Domingos Monagas y Julio Sarría se encargaron de embarcarlo por compasión;

así cayó aquel pigmeo;

la Historia no tiene noticia de tirano más pequeño, ni de caída más miserable;

así desapareció de la escena este demente infeliz, este cerdo coronado, que sentía en el poder la nostalgia de la pía;

ante él se detiene la Historia, vacilando entre la piedad y el anatema;

al verlo tan fatal se siente la necesidad de maldecirlo, pero al verlo tan desgraciado, se siente el alma inclinada a perdonarlo;

y, uno diría con un ático escritor: *ha sido demasiado fatal para ser olvidado, pero es demasiado impersonal para ser culpado*;

así en esta eterna vaguedad, en esta falta de precisión de contornos que vela todo lo de él, no pudiendo colocarlo

ni entre los hombres, ni entre los tiranos, dejémosle vagar en el limbo del olvido, ya que la historia tiene un *infierno* para los perversos, pero no ha creado todavía un manicomio.

LOS HUMANOS



FRANCISCO DE P. SANTANDER

Fué de los fundadores;

eran los hombres de nuestra independencia almas trágicas y corazones bravíos; nacieron a la lucha, con la austeridad primitiva y feroz del medio en que vivían;

sus pasiones eran ásperas y fuertes como los árboles de nuestras montañas, a cuya sombra, contemplando el cielo, sintieron las nostalgias de la libertad y el anhelo de la lucha;

la palabra vibrante y tempestuosa que despierta y que deslumbra; el verbo indignado, bólido inmenso que cruza rojo el horizonte de los pueblos oprimidas, no había pasado por el cielo de aquellas almas;

la noche de la Colonia era absoluta; ni periódicos, ni tribuna, ni libros: ¡sombra completa!

aquellos pueblos, tenían el anhelo de la libertad que no conocían, como siente la castidad el ardiente deseo del placer que ignora;

la inmensa multitud vegetaba, no vivía; era un estancamiento de pantano;

esos pueblos que empiezan hoy a esbozarse apenas de entre la sombra, estaban en pleno limbo;

un pueblo que no lee, es un pueblo que no vive;

aquello era un mundo sin alma;

el soplo que alienta y levanta las multitudes, no había pasado por allí; no hubo apóstoles de aquella buena nueva.

Antonio Nariño, que osó traducir los *Derechos del Hombre*, en Bogotá, fué a expiar su delito con una cadena al cuello en los arsenales de Cádiz;

había algunas cimas besadas por la luz, pero eran pocas;

fué del fondo de esas multitudes, ignorantes e ignoradas, que brotaron aquellos lidiadores, asombro del valor humano; esos soldados cuasi primitivos, que cuando aprendían a escribir, ya habían esculpido su nombre en las páginas de la Historia, con la punta de su lanza ensangrentada;

el vientre de la patria más fecundo que el de Hécuba, en su generoso alumbramiento, llenó de héroes el continente, héroes cuyo primer vagido dió en tierra con un trono centenario;

pero entre tantos lidiadores había pocos pensadores; los espíritus cultos eran escasos;

se amaba la libertad, con amor impetuoso y salvaje; se le defendía mejor que se le comprendía;

caían los héroes al pie de la diosa, mirándola tristemente, sin cegar con el esplendor de su belleza;

los espíritus cultivados y serenos, los que amaban el ideal y comprendían la república, no eran los más; sacerdotes de una diosa cuyo culto apenas empezaba a propagarse, combatían al lado de los héroes egregios, esperando el día en que ante aquellos ejércitos prosternados, pudiesen levantar la idea como la hostia pura de aquel sacrificio inmenso.

Santander fué el más grande de ellos, fué el que amó la Libertad con pureza mayor;

en esa pléyade brillante de enamorados de la gloria, él
fué el aislado supremo, enamorado del ideal;

su amor por la libertad, tenía purezas de asceta: la
amaba como a una diosa, para cuidar su templo y adorarla
extático;

su amor no tuvo nunca las formas de la ambición; no la
salvó para violarla luego, como lo hicieron otros;

su cabeza poderosa, no engendró nunca los sueños
enfermizos de ambición aleve; no libertó su patria para
oprimirla después;

cuando tantas cabezas poderosas vacilaban
inclinándose bajo el vendaval de la ambición, la suya se
conservaba erguida y fuerte, como la cima del inmenso
farallón que avanza sobre el mar; su alma inmensa no
sintió nunca el vértigo;

la fábula no tiene que ver nada con él;

los mitólogos de la Historia, que exagerando la
gratitud, han divinizado los hambres de la independendencia,
no han podido mezclar este nombre a sus narraciones
hiperbólicas, sacándolo de su molde puramente humano;

no pertenece a la categoría de los semi-dioses, los
centauros, los Aquiles, ni ese tropel de dioses griegos, con
que los apologistas mezquinos han querido formar un
Olimpo de los grandes hombres de la epopeya inmortal;

no pertenece a la leyenda sino a la Historia; no está
destinado a ser pasto de los poetas, sino estudio de los
historiadores; su vida, fué una vida, no un milagro; nada
de sobrenatural hubo en ella;

fué simple, y modestamente un grande hombre: el más
grande de los hombres de Estado de su tiempo;

ninguna de las consejas necias, que la estulticia ha
acumulado después, en torno a la cuna, a la vida y a la
tumba de los libertadores, puede acumularse en torno de
su nombre;

no fué profetizado ni profeta; nadie anunció su venida;
no hubo señales atmosféricas en su nacimiento y en su

bautismo; no tuvo alucinaciones a lo Juana de Arco; no dialogó con los astros ni platicó con lo desconocido; ni sintió el espíritu divino; ni retó al destino desde las cumbres inflamadas;

no fué visionario ni vidente; no se creyó predestinado ni creyó que había en la arcilla miserable de que estaba compuesto, átomos de un genio ni fragmentos de un dios;

amó la libertad con amor sereno y grave; su carácter era puro y fuerte como una estalactita.

Bolívar, en su lenguaje figurado y pintoresco lo apellidó *el hombre de las leyes*; la posteridad ha consagrado el veredicto del genio.

Santander, a su inmensa gloria de libertador, añade la no menos grande de fundador;

fué el padre de la Patria colombiana: de la Colombia nueva; fué el fundador del partido liberal: es decir, amó la libertad en sus dos grandes manifestaciones: la independencia y la civilización;

como militar, sus campañas fueron ejemplo de perseverancia y de prudencia; en los combates épicos, su valor rayó donde el que más alto rayar pudiera; y los héroes de las pampas, no pusieron nunca en la pelea su corcel salvaje adelante del corcel de guerra suyo;

en los consejos de gobierno, no escuchó Colombia voz más autorizada que la suya, ni vió pensamiento más sereno, ni juicio más acertado;

como Magistrado, fué superior a su época y al medio en que vivía;

el fanatismo, no le ha perdonado todavía las supremas insurrecciones de su alma poderosa;

la libertad de la conciencia, tuvo en él su primer apóstol y el escolasticismo oficial sufrió de su mano el primer golpe;

los incondicionales de todos los tiempos, le han criticado su actitud severa y digna frente a la dictadura ya intolerable del General Bolívar; el respeto nos sella aquí

los labios;

el personalismo que hoy enferma a la América viene de muy lejos... las generosas fuentes de la libertad venían envenenadas desde su origen; pueblos que abrevaron en fuente envenenada se intoxicaron para siempre;

la Historia dirá, que Santander y Páez fueron los caracteres más altivos de los mandatarios de aquel entonces;

en el Ecuador, mandaba Flores, el mulato pérfido que con una mano acariciaba la cabeza del caudillo americano, y con la otra afilaba el puñal mirándole al corazón generoso; su temperamento de esclavo no le permitía la resistencia; no había nacido sino para ordenanza de Boves y victimario del Mariscal de Ayacucho; títulos suficientes para ser el fundador del conservatismo ecuatoriano;

el liberalismo santandereano, haciendo justicia al Padre de la Patria, acaba de erigirle una estatua en San José de Cúcuta;

bien está allí en la linde de la patria, como pronto a abandonarla también, el fundador de esa patria cuasi desaparecida;

allí, desde su alto pedestal, parece contemplar con tristeza el pueblo que ayudó a libertar, convertido en rebaño;

la libertad que él defendió, ha desaparecido; la República que fundó, ha muerto; ya no hay libertadores sino opresores;

una turba de enanos funambulescos llenan el inmenso escenario político ocupado ayer por los grandes hombres de la emancipación americana; y, los ojos sin luz de la estatua melancólica parecen interrogar el horizonte, como esperando ver aparecer en él, banderas vengadoras, legiones de guerreros, y escuchar acentos bélicos y gritos de victoria... ¡vana espera! los lidiadores duermen sobre la cadena, y el viento de la noche sólo trae en torna de la estatua, la tranquila respiración de pueblos resignados a la

servidumbre ignominiosa...



FRANCISCO MORAZAN

Después de Santander, que fué el hombre, en la esfera intelectual política, más grande de su época, el liberalismo americano no registra en aquellos tiempos figura más atractiva, más innovadora, más gallarda que Morazán;

caudillo juvenil, atrevido, generoso; temperamento apasionada y heroico;

hombre superior a su tiempo, y al medio en que vivía, pasó por la Historia con un fulgor de relámpago y el ruido de un guerrero homérico;

era en épocas de lucha;

la evolución patriótica del general Gainza, con su obra de independencia, había perecido en el oleaje con que los conservadores y aristócratas de Guatemala iban en obscura turbamulta al pie del trono de Itúrbide a pedir que les unciera el yugo de su cetro de emperador aventurero;

la cumbre más alta del liberalismo centroamericano ha sido siempre la república del Salvador; allí se refugió en

aquel eclipse el águila liberal herida;
la bandera del imperio cubrió a Centro-América,
sostenida por las manos del general Filísola;
cayó Itúrbide; el partido conservador y el liberal,
volvieron a encontrarse frente a frente;
los *serviles* habían perdido su amo, pero conservaban
su odio a la libertad;
los liberales conservaban su bandera y su derecho;
triunfó el liberalismo;
la constitución de 1824 fué una aurora;
aquel evangelio liberal abolió la esclavitud, la nobleza,
y hasta el título de *don*, la venta de bulas del Papa, y
proclamó la República Centro-Americana.
Hécuba aulló, dice Homero; el clericalismo aulló,
diremos nosotros; grito de hiena en medio de la selva;
el Papa sintió por primera vez que el aliento del
liberalismo americano le daba en el rostro; fulminó
excomuniones, y lanzó los rayos del Vaticano sobre los
mandatarios del Salvador;
a la cólera papal, se respondió por el liberalismo, con el
nombramiento del obispo Delgado, hecho por el gobierno
nacional;
el heredero de San Pedro devoró la afrenta; desde el
bofetón de Nogaret, que hizo vacilar la tiara en la cabeza
de Bonifacio VIII, la mejilla de los papas no enrojece;
los *serviles*, es decir, el clero y la *nobleza*, hicieron la
guerra, poniendo a su cabeza al marqués de Aycinena,
resto apolillado de aquella aristocracia parroquial;
hubo conjunción de tinieblas; el fanatismo poderoso y
el conservatismo rencoroso, pelearon unidos como
siempre;
los *sangre azul*, vencieron al fin, y el partido liberal
cayó envuelto en su bandera gloriosa, que era la bandera
de la República, seguido de los hombres libres y de los
esclavos libertados, en la sangrienta y espantosa batalla de
Salina Grande, el 28 de Septiembre de 1827;

la sombra entonces fué completa;
el clero imperó solo;
algo semejante a lo que pasa hoy en Colombia y en el Ecuador, sucedió allí;

en medio de la densa obscuridad, vióse de súbito uno como centelleo de astros en el horizonte, el avance de algo come el carro de Ezequiel, y percibióse en el profundo silencio un ruido como de bandada de águilas que avanzaba, grito de pelea de cóndores;

la claridad y el ruido, salían de las espesas selvas hondureñas; era Morazán, Morazán que aparecía en la Historia seguido de dos mil compañeros, para ser el caballero Bayardo de aquella democracia herida;

es imposible que la Historia pase por delante de esta figura sin descubrirse:

veintiocho años, figura seductora, imaginación ardiente, corazón de héroe, mente llena de ideales, inteligencia cultivada, soñador de la libertad; caballero del honor: he ahí el héroe;

venció; sobre las ruinas de aquella teocracia caída, y levantó el más bello edificio del derecho humano;

castigó al clero conspirador y corrompido; expulsó al obispo Casaus, alma de la última sombría cruzada; hizo embarcar en el puerto de Isabel a todos íos frailes de Guatemala, soliviantando así la libertad y la moral con esta peregrinación de vicios tonsurados;

de los conventos hizo prisiones modelos; fundó Escuelas por el método de Láncaster, el más avanzado entonces, que no había surgido Pestalozzi; introdujo el sistema de procedimientos judiciales de los Estados Unidos, la adopción del Jurado, la libertad de cultos; realizó todas las grandes reformas;

todo lo iluminó con el esfuerzo de su genio innovador; en la escuela la conciencia, y la justicia en el templo de la ley; llevó la luz a todos y penetró con ella hasta el claustro sombrío, donde oraban de rodillas vírgenes arrancadas a la

vida por desengaños pasajeros o por imposiciones paternas; conciencias pervertidas por un misticismo sombrío, o naturalezas enfermas por un histerismo ardiente, y abriéndoles las puertas les volvió la libertad y prohibió tomar el velo;

la guerra sacerdotal se refugió entonces en los campos; la conspiración fué rural; los curas comenzaron a sublevar las indiadas en nombre de Dios y de la Religión, con esas frases y esas promesas que forman su repertorio, y que pasados los tiempos vimos lucir con tanto donaire en el clero de Colombia y en la literatura venenosa y sombría del obispo Canuto Restrepo en Pasto;

en tanto la Confederación se hacía fragmentos;

el Salvador se separó de ella en 1833. Nicaragua en 1834. Costa Rica poco tiempo después.

Morazán quedó solo, era la inmensa solitaria roca en medio del océano, desafiando el horizonte negro y el turbido oleaje;

¡sombrio y terrible el cuadro de esa lucha!

las revoluciones suelen tomar no sé qué extraña condensación en sus hombres y los hacen así a su imagen y semejanza, dándoles sus virtudes y sus pasiones, sus tempestades y sus ideales, su grandeza y su carácter;

el liberalismo atrevido, innovador, brillante, generoso, un tanto soñador, en alto grado heroico, había tenido su personificación en Morazán;

el partido conservador, iba a tener su genuina representación, su figura excelsa, su ídolo;

fué a buscarlo en la piara, en la profunda selva, en el intrincado matorral, en plena barbarie;

como un puñado de pieles rojas, como una bandada de cuervos, como una avalancha, como las sombras de una oscura noche, descendieron de la sierra las inmensas indiadas, al grito de la religión y con su jefe a la cabeza;

era Rafael Carrera¹, el *cholo* guardador de puercos en la sierra de Mita, aquel *ladino* semisalvaje y astuto, aquel indio pérfido, y feroz, llamado a eclipsar a Guardiola y a asombrar la Historia con sus crímenes y su audacia;

así han sido siempre los conservadores; en su constante necesidad de un amo, lo buscan donde se halle, ya sea en las piaras de Mita, ya en las riberas del Adriático, entre las flores de Miramar; cerdo o príncipe, todo es igual para su sed de esclavos;

ellos hicieron vacilarla la cabeza poderosa del Libertador Bolívar, ofreciéndole una corona;

ellos entraron en la aventura de Itúrbide y fueron a mendigar un príncipe austriaco para México;

ellos sacaron de las selvas a Carrera para hacerlo su amo;

ellos hicieron de Santana un ídolo;

ellos siguieron en el Ecuador por el laberinto de sus traiciones a Flores, aquel modelo eterno de la traición humana;

lo mismo en Europa que en América, ya se llame Boulanger o Luis Napoleón, siempre en busca de un aventurero para ungirlo;

todas sus preocupaciones sociales, su moralidad cómica, sus teorías de austeridad, todo lo arrojan por el lodo y lo pisotean en el momento que de adquirir el poder se trata;

siempre espiando la silueta de un traidor o el sueño de un ambicioso para alentarlo;

así se les vió con Rafael Núñez, el poeta ateo, el bígamo histórico, en premio de su traición hacerlo pontífice de su iglesia, y jefe de su alta sociedad, que invadía en oleajes de adulaciones y brillantes, aquel hogar no consagrado todavía.

¹ El legítimo antecesor de Estrada Cabrera, tan cruel y tan asesino como este.

Carrera, bajó como una tempestad, derrotó las tropas de Morazán en Santa Rosa y sembró el pavor por dondequiera;

el héroe liberal tuvo aún tiempo de reponerse, lanzó sus huestes contra el indio, e hizo replegar sus turbas siniestras de curas y salvajes a las lejanas sierras;

pero la lucha era imposible, Morazán estaba casi solo; Carrera volvió a bajar al frente de cinco mil hombres, cercó a Guatemala y la tomó;

la bandera liberal desapareció del horizonte.

Morazán escapó a Valparaíso;

allí, proscripto, solitario, no tuvo más sueño que la Libertad, y vivió abrazado a sus ideales;

su indomable arrojo lo lanzó de nuevo en la contienda;

embarcado a bordo del *Coquimbo*, echó pie a tierra en Costa Rica, seguido de un puñado de bravos, y comenzó su épica campaña;

su antigua querida, la victoria, la besó en su frente juvenil; mas ¡ay! luego, voluble como siempre, le volvió la espalda, y el héroe vencido cayó en poder de sus contrarios;

no le fué dado envolverse para morir en la bandera, en medio del fragor de la batalla;

la tempestad no lo envolvió como a Rómulo para desaparecer entre sus alas, murió como Ney;

el patíbulo fué su pedestal;

erguido sobre él, cayó a los tiros de los soldados conservadores de Carrera, como una estatua que el huracán dobla sobre su zócalo;

así desapareció aquel generoso soldado;

decid si ante esta Historia y este muerto sublime, el partido liberal puede pasar sin descubrirse;

son voltarios los pueblo e ingratos los partidos: sólo la Historia es justiciera;

el olvido injusto no mancilla;

pasaron dos mil años sobre la Venus de Milo sepultada

entre el polvo, y cuando la azada del campesino griego la sacó de bajo un campo de trigo, con sus brazos mutilados y su ceguera de diosa, eclipsó cuanto existía en las creaciones de la estatuaria, y llenó con su serena belleza los horizontes del Arte;

la gloria, como la belleza suprema, es inmortal;

así, cuando pasa la Historia, despertando las sombras heroicas y exhumando las ilustres figuras, ellas, al ponerse de pie, hacen palidecer los héroes apócrifos, y llenan de sagrado estupor y sublime gratitud las generaciones que las ven salir de la penumbra;

ya sus verdugos son fantasmas; la pálida envidia no les roe los talones, la calumnia no las mancha; ya son grandes;

así surge Morazán;

su centenario, fué gran fiesta del liberalismo americano;

el partido liberal, tiene el deber de hacer aureola sobre la frente de sus grandes hombres; bastante trabaja la calumnia conservadora, para que la indolencia liberal la ayude en su tarea de desfigurar o sumir en el olvido a los heroicos fundadores del liberalismo;

la mayor señal de la virilidad de un partido es la admiración hacia sus grandes hombres;

en los pueblos, esta indiferencia, es señal de decadencia;

los conservadores y sacerdotes de Centro-América se opusieron al centenario de Morazán, y arrojaron en ondas tumultuosas la calumnia para obscurecer su nombre;

¡estéril trabajo de odio! podrían hasta lograr que no se le alzarán estatuas, podrían hasta eclipsarlo o proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes; mas, cómo lo arrancarían de las páginas de la Historia?

el pueblo al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre, que llena de uno a otro extremo sus páginas más brillantes;

hay glorias que no se eclipsan, y hay que sufrir su
tremendo resplandor;

el sol es el encanto de las águilas y el martirio de los
buhos;

así pasa con el resplandor de ciertos nombres en la
Historia; Morazán es uno de ellos.



MANUEL MURILLO TORO

¡Qué época! ¡qué generación! ¡qué hombres!
era una como flora gigantesca y extraña, abriéndose en
la sombra;

tenían la virilidad, la fuerza, el heroísmo de los grandes
novadores;

la Elocuencia, el Talento, la Virtud; todo residía en
ellos; los apellidaron los *Gólgotas*;

antes de ellos, el liberalismo había sido un ensayo
débil, pálido, confuso, herido por el militarismo o
arrebataado por la negra y furiosa ola conservadora;

todos venían de abajo, de la sombra, del pueblo; cunas
humildes, de lejanos puntos del país los habían mecido;
sangre de campesinós, sana y robusta, circulaba por sus
venas; vientos de nuevas y generosas ideas, soplaban
sobre ellos; ideales luminosos, sublimes utopías llenaban
sus cerebros, y con la piqueta demoledora y el verbo
sublime de las grandes revoluciones, escalaron la cima
para anunciar al pueblo ,la buena nueva;

el partido conservador imperaba omnipotente; fundado
por el General Bolívar, para sostener su dictadura, los

conservadores, como los leones de la Libia que se escudan con las reverberaciones del sol, para no ser vistos, se amparaban con las glorias del héroe inmortal para dominar la República;

generales mediocres, y políticos rutinarios, ocupaban la cima y formaban un Olimpo grotesco;

el pueblo, embrutecido por la ignorancia, y dominado por el sacerdocio, no pensaba ni vivía vida intelectual;

todo era sombra en el horizonte. Santander había muerto.

Francisco Soto, Vicente Azuero, había caído también;

habían pasado los fundadores, los apóstoles;

entonces apareció este partido, el más generoso, más ilustre, más trascendental, más completo de cuantos han pasado por el escenario de la política colombiana;

los que vinieron luego y los que hemos llegado últimos, encontramos ya fácil y hacedera la tarea, abierto el sendero, iluminado el horizonte;

ellos lo habían creado todo, despertando la conciencia nacional, formando el espíritu público, trabajado por la libertad bajo un cielo obscurecido, con un pueblo indiferente cerca al cadalso insaciable;

allí Ezequiel Rojas, como la sombra de Sieyes, meditadora y grave; Lorenzo M. Lleras, el del apostolado noble; Rojas Garrido, el verbo más elocuente que se haya oído bajo cielos americanos; Santiago Pérez, severo y fuerte; José María Samper, de tan claro oriente y tan triste ocaso; Ramón Gómez, cuyo acento tenía la penetrante y arrebatadora armonía del clarín guerrero; Januario Salgar; Teodoro Valenzuela; Francisco Javier Zaldúa... todos los grandes;

y, como condensación de estas energías, de esta virtud, de esta grandeza, la figuró pensadora y austera de MANUEL MURILLO TORO;

tiene la Virtud, estas raras apariciones en la Historia.
MANUEL MURILLO, fué el pueblo colombiano,
ilustrado, austero, virtuoso y fuerte;
jamás pueblo alguno tuvo condensación más pura;
de él puede decirse como de Marco Aurelio, que su
vida pública fué la de la virtud puesta en acción;
la biografía de MIIRILLO es la historia de un partido;
fué de Santander a hoy, el más grande de los hombres
de Estado de Colombia;
un país que ha tenido hombres como éste no puede
apostatar de la virtud;
a MURILLO pudiera reputársele como el fundador del
periodismo en Colombia:
El Tiempo fué su tribuna; desde aquella cima
emprendió la campaña que dió en tierra con el
conservatismo;
su vida fué un combate sin tregua ni descanso;
jefe de partido, llevó los suyos al combate, y combatió
a su lado;
el periodismo, el parlamento, la cátedra, el poder,
fueron su teatro;
diarista, orador, estadista, diplomático, todo lo fué, con
brillo inusitado.
Presidente de la República por dos veces, Ministro de
Estado, Ministro Diplomático, holló todas las cimas,
ocupó todos los puestos, dejando en pos de sí, uno como
blanca resplandor de su virtud; en la Historia, su figura no
deslumbra sino alumbra;
faro inmóvil colocado en la peña alta, él iluminó
durante veinte años la marcha azarosa de su partido, por
entre las olas agitadas y los vientos en tormenta;
el hálito de la muerte lo extinguió cuando la sombra era
más espesa y la tempestad empezaba a rugir en el espacio;
entonces comenzó el naufragio, este inmenso naufragio
en que pereció la libertad de Colombia;
desapareció bajo la ola, triste, asombrado y pobre; no

alcanzó a ver encallar la nave que iba contra el arrecife...

al caer en la tumba, desapareció del poder el partido liberal, y le sucedió esta lúgubre mascarada, esta *posteridad de las medianías*, esta eflorescencia del lodo, estos poetas trágicos e ineptos, flores de fango abiertas en esta primavera del pantano;

¡qué grande se ve la figura del Jefe desaparecido, en medio de las ruinas de la patria!

pensando en él y en su época, se exclama con indignada tristeza:

¡Qué época! Qué generación! ¡Qué hombres!...



JUAN MONTALVO

Fué la protesta;
protesta pertinaz, constante, sonora;
golpeó como la ola, se encrespó como el mar, vibró
como el trueno, iluminó como el rayo;

como un océano en cólera, escupió la saliva de su
soberbia sobre las frentes malditas;

fué el rugido de un pueblo hecho hombre; cantó y
rugió, aleteó como el águila y clavó la zarpa como el león;

¡nadie antes de él, y nadie después de él, ha sabido
sublimizar el dictionario y divinizar el insulto, con arte tan
admirable y fuerza tan grandiosa; libelista sublime!

su anatema, se extravasaba como la lava de un volcán y
descendía y calcinaba a sus contrarios;

pálidos y miedosos, huían los réprobos, ante los rayos
de aquella cólera cuasi divina;

al salir de las representaciones de Esquilo, los griegos
golpeaban sobre los escudos colgados alas puertas de los
templos, gritando: ¡Patria! ¡Patria!

acabando de leer a Montalvo, los pueblos y los
corazones dignos se golpean el pecho gritando:
¡Venganza! ¡Venganza!

él, azotó con frase poderosa a esa nidada de cuervos,
que posados en el Ecuador, infestan la América, con ese
olor de fiemo de cárabos que se escapa de su nido;

tenía la cólera en los labios, y la mansedumbre en el
corazón;

era la piedad rugiente;

era implacable, porque era insospechable;

era puro y fuerte como el cristal de las cavernas
profundas; parecía hecho por la condensación de las
lágrimas de un pueblo: ¡tanto así era de luminoso y triste!

su rugido era casi un gemido; se sentía el mártir bajo el
verdugo;

era la misericordia fulminando; amaba al pueblo con
amor trágico;

es en sus libros, soberbio como Ezequiel y sombrío
como Isaías; maldice y profetiza;

es serio como el Dante, sonríe con ese *rictus* de
Voltaire, que hace indignar a Joseph de Maistre, y ríe
como Rabelais, con carcajada sonora;

como aquellos habitantes de Psilos, que aplicaban sus
labios a las llagas para curarlas, así aplicaba él los suyos
candentes de elocuencia a las llagas morales de su pueblo
para salvarlo;

en el Ecuador, no ha habido nada más sombrío que sus
enemigos, y nadie más grande que él;

no ha sido eclipsado, ni igualado todavía;

yo no conozco nada más noble que luchar; no sé de
nada más vil que sufrir sin la protesta;

los grandes luchadores son los grandes perseguidos;

la persecución, es el crisol del genio y es como dijo
alguien: *la sombra que hace resalta la estrella;*

hombre perseguido, hombre grande;

luchar es provocar; ser cima es llamar el rayo;

desde que alguien pasa los límites de la medianía,
principia el vaco en torno suyo, se hace negro el horizonte,
ruge él viento sobre su cabeza sagrada, y se siente vibrar

bajo sus alas la tempestad tremenda de la envidia.

Juan Montalvo, fué el gran perseguido;

él, y Juan de Dios Uribe, han sido los dos más grandes insurrectos de la América latina;

cuando se hable de las altas conciencias, se volverá a mirar hacia ellos; la multitud puede pasar sin verlos; la Historia no puede pasar sin contemplarlos;

y, la multitud no hace la Historia;

los grandes rugidores: he ahí los grandes luchadores;

los juglares y los eunucos cantan, abanican a su Señor y le murmuran amares;

las bayaderas cantan y danzan en torno al amo desnudo en su fuente perfumada de nardos y jazmines;

las almas viriles no cantan ante el mal; rugen y claman;

¡oh; no me deis los hombres incensarios, los del canto vil y la lira venal, los neuróticos de Serrallo, escupideras de los poderosos, cojines de su malicie y cantores de sus faltas!

¡dadme a los que los sorprenden pecando y los denuncian rugiendo!

¡no me deis a Virgilio cantando a Augusto; no me deis a Horacio servil, de rodillas ante Octavio; a Ovidio llorando entre los Sármatas y besando la mano de Tiberio; a Séneca cobarde; a Veleyo Patércuto ruin; a Luciano menguado; a Quintiliano paniaguado de Dionisio; a Eustaquio bajo; a Marcial vil!

¡dadme a Suetonio sorprendiendo a César epiléptico y pálido, con liviandades de hembra y huellas de adulterio; tomando por el cuello a Calígula, pálido el día del crimen; a Tácito desnudando a Eporo, revolcando el rostro de Nerón en las entrañas palpitantes de su madre, sorprendiendo a Domiciano en el incesto y desgarrando la púrpura que cubre la legra de Tiberio!...

¡oh no me deis esas almas hechas para el Triclinio y no para él Circo, seres más despreciables que los efebos, porque la corrupción del alma es más vergonzosa que la

del cuerpo!

¡dadme las almas luchadoras; váyanse los histriones con sus cantos, vengan los gladiadores de la libertad, los que saben morir cara al tirano; los que al pasar gritan al César: *¡Salve, César!* pero el *¡Salve, César!* de Espartaco!...

¡dadme a Dante tétrico; a Juvenal implacable; a Hugo inexorable; a Courier lógico; a Vanfred violento; a Camilo ático; a Mirabeau rugidor; dadme a. Montalvo el soberbio!...

era excelso entre los excelsos;

ocupaba la cima de los grandes espíritus; confinaba por un lado con los genios, y por el otro con las multitudes: era clásico como Desmoulins y rudo como Marat; era austero y tumultuoso; predecía e insultaba; todo en él era olímpico: el dicterio y el canto;

nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina;

era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos; su anatema mataba;

no escribía sino esculpía;

los tiranos inmortalizados por su pluma, son bajos relieves grotescos y sombríos, allí en el frontis de la Historia; no viven por ellos sino por él; así levantan las águilas a las serpientes en el pico y en las farras.

García Moreno, Urbina, Veintimilla, allí están escupidos, y esculpidos por él; su saliva inmortaliza;

ésa es la gloria de ellos, haber sido tocados por el extremo de aquella pluma de fuego, que como el hierro roja quema alumbra;

proscrito, perseguido, acechado, escapando aquí del patíbulo, allí del puñal, más allá del veneno, fué este insurrecto sublime de playa en playa y. de pueblo en pueblo, bajo el fardo de sus tristezas, con la corona de sus dolores, estremeciendo el horizonte con sus gritos de Titán;

para Montalvo no hubo calma;
eterno mar siempre en cólera, arrojando su espuma
contra el escollo, y lanzando sus olas tumultuosas y
soberbias a la playa; la tempestad era el rumor de su
genio;

no se calmó sino con la muerte;
solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como una
águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas
de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló... ¡no la
inclinó sino ante la muerte!

en París, entre los ruidos de la civilización y del placer,
murió el sabio austero, consumido por el fuego del amor a
la Libertad y a la Justicia.;

insultado, Perseguido, calumniado cayó el apóstol.

Prometeo rompió la cadena... el buitre hosco tendió las
negras alas harto de picotear al Titán, atravesó el Atlántico
y plegó el vuelo en las espesas selvas americanas;

allí esperó la vuelta del proscrito muerto;

ya no podía picotearle el vientre, pero anhelaba
picotear sus huesos;

un día se vió un buque aparecer en el horizonte...

obscura nube de buitres tendió el vuelo, y graznaban y
se cernían sobre el navío y aleteaban furiosos; eran los
sacerdotes del Ecuador, que salían a cerrar la entrada a la
primera gloria Ecuatoriana;

era que volvían a la patria los huesos de Montalvo, y
los buitres del catolicismo salieron a su encuentro;

los apóstoles de la mentira, no han perdonado al
apóstol de la verdad;

allá en Guayaquil, en tumba humilde, reposan los
restos del ecuatoriano más grande y del escritor más
ilustre de la América latina...

murió él, y murió la protesta;

la América latina languidece con plétora de poetas,
cortesianos y aduladores;

¿en dónde están los herederos de Montalvo?

¿en dónde están las almas combatientes?
la libertad perseguida, buscando héroes y mártires,
puede ser descrita como la Roma decadente del poeta:

Corrió al foro llamando a sus legiones,
dispersas y distantes,
y sólo respondieron los histriones
mezclados al tropel de las bacantes.

.....

¡Oh época menguada y triste, tú pasarás!
no es eterna la noche en el horizonte, ni en los pueblos;
un día manos poderosas alzarán el escudo de Montalvo,
caído sobre su tumba;

la estatua del apóstol levantada allá en Quito, cerca a
las nieves perpetuas, iluminada por las llamas del
Pichincha, anunciará al mundo que la Libertad ha escalado
los Andes, y que la sombra cariñosa y austera de
Montalvo vela por ella en su supremo aislamiento y en la
olímpica serenidad de su grandeza...



TOMAS CIPRIANO DE MOSQUERA

Había en torno al Congreso uno como inmenso rumor de marejada...

eran días de pruebas decisivas, y de supremos combates parlamentarios;

la agonía de un gran partido comenzaba;

la libertad tenía palideces vespertinas, y el astro de la traición, como una mancha de sangre, empezaba a levantarse rojo en el lejano Oriente...

Judas meditaba a la sombra.

Bruto, el pálido Bruto, estrechaba convulsivo el puñal bajo la toga;

era el Génesis de la Regeneración; Rafael Núñez se esbozaba en e: tormentoso horizonte de la política colombiana;

el Congreso en 1875 era decisivo; en él hacía el liberalismo sorprendido, sus primeros esfuerzos contra la inmensa ola que la perfidia desataba;

en el Senado, el combate era agresivo y recio; los

traidores principiaban el asalto a las murallas;

Rafael Núñez, su jefe, estaba allí; pero inhábil para la tribuna, era el pájaro mudo de la Regeneración; no hablaba, balbuceaba.

José María Samper llevaba el estandarte de la reacción, alma más voluble que culpable, espíritu honrado, pero violento, soberbio, ligero, empezaba a intoxicarse de los espantosos odios, los implacables odios conservadores, y los arrojaba a sus enemigos en sus frases terribles, como una bomba explosiva;

la reacción rugía por sus pulmones potentes, y concentraba en su acento toda la hiel, los hoscos anatemas, los bárbaros gemidos de los ultramontanos, que empezaban a salir de sus guaridas hambrientos de honores y de poder; era el verbo rugidor de la venganza, tenía en su palabra la insolencia soberbia de todos los desertores, la que inspiró la pompa de San Agustín, y el arrebató salvaje de San Pablo; era, a pesar de su grande alma, el paladín de los apóstatas, la voz del fratricidio, la mandíbula de asno en las manos de Caín;

fuí a ver una de aquellas sesiones:

¿qué me llevaba allí a mí, inocente de la Política y del mundo? ¿iba llevado sólo por mi infantil curiosidad? no; me llevaba como fascinado el rumor de un nombre; nombre que en mi criterio de niño se mezclaba a las narraciones épicas de los heroísmos de mi padre; nombre que mi madre, triste y dulcemente, había murmurado en mis oídos como mezclado a lúgubres tragedias y a épicas leyendas... era Tomás Cipriano de Mosquera;

el anciano había llegado; ¿de dónde? del destierro...

nada decía aún a mis oídos esa palabra, país muy remoto que no pensaba atravesar jamás;

¡oh! qué augusta se habría mostrado a mis ojos esa cabeza, si hubiese sabido entonces lo que son esas tristezas profundas, esos dolores sombríos, esas horas sin ventura, esas noches sin sueño, esas nostalgias bravías,

esas lágrimas que queman cuando brotan de los ojos fijos en los horizontes lejanos, donde cree verse la proyección querida de las playas de la patria...

y, fuí y lo vi;

me parece que aun contemplo aquélla cabeza soberbia, cubierta por una como melena de león encanecido, irguiéndose más poderosa y más amenazante bajo la lluvia de dicterios que Samper le lanzaba;

cuando se puse de pie para responder, hubo un estremecimiento en la multitud, como si el espíritu de sesenta años de gloria pasaran sobre ella...

aquella voz que había hecho temblar, temblaba ya por la edad y la soberbia; esa voz que se había oído del uno al otro extremo del país, trágica y grande, no alcanzaba a llenar el estrecho recinto de la Cámara;

aquel anciano octogenario, hablando así desde las puertas de la tumba, parecía una de esas figuras caprichosas y gigantescas, prontas a desaparecer, y que las nubes bordan en Occidente momentos antes de ocultarse el sol...

¿qué dijo? yo no lo sé; pero debió decir cosas bellísimas, porque los aplausos se sucedían a los aplausos, y como los estampidos de un cañón, la voz de la multitud ahogaba la débil voz del héroe decadente;

después... lo vi atravesar el salón y perderse entre la multitud, descubierta y silenciosa;

no volví a verlo;

así pasó a mis ojos y desapareció para siempre el hombre más notable en los últimos cincuenta años de historia colombiana;

era un alma de César;

todo en él era grandioso: el valor y la ambición, el talento y la audacia; era hecho para las grandes empresas: la guerra, la conquista y el poder;

noctámbulo extraviado, resurrección de extraños tiempos, pasó soñando con su corona perdida y su púrpura

cesárea;

hombre superior, en toda la extensión de la palabra, sus pasiones fueron tempestuosas y sombrías; tuvo de César y de Nerón, de la epopeya y la tragedia... la libertad se detiene ante él, vacilando entre coronarlo o condenarlo;

tenía el corazón negro y cruel de un conservador, y el cerebro amplio, luminoso, noble, de un liberal; tan extraña dualidad hizo su fuerza;

no era uno de estos generales llenos de sensiblerías fomeniles que se sienten tocados de los nervios cuando la justicia los llama a cumplir uno de sus grandes y trágicos deberes; había nacido para el mando;

tenía todo lo que concurre a hacer grande a un hombre: el talento, la ciencia, el valor;

tenía el amor de la patria, de la gloria y del progreso; pero para su desgracia, amaba más que todo eso el poder;

como magistrado, como guerrero y como escritor fué grande.

Colombia siente todavía el impulso de su mano poderosa de estadista; como guerrero conservador, venció a los liberales; liberal venció a los conservadores; y colombiano, llevó sus huestes victoriosas más allá de las lindes de la patria; como escritor, sus obras son estimadas entre los letrados y los sabios;

pero amaba la autoridad con amor desaforado; la amaba para los demás y para él; así, se le vió entre los incondicionales del general Bolívar caer defendiendo la dictadura; y años después, caer como dictador hosco y soberbio;

el proceso de selección de sus ideas, se hizo en él ayudado por la ambición de sus miras; creyéndose superior a los partidos, habituado a dominar a los conservadores, creyó poder dominar al liberalismo, entonces fuerte y viril, y cayó bajo el peso de su audacia;

era un temperamento de déspota;

¿qué le debe pues la Libertad ?

le debe el servicio de su espada al gran pensamiento de la Federación; la organización de la Hacienda nacional; la separación de la Iglesia y el Estado; la expulsión de los Jesuitas; la exclaustración de frailes y monjas; la secularización de los bienes de manos muertas; el establecimiento de la navegación por vapor; las primeras vías férreas del país, y los primeros resplandores del progreso;

ejercía el poder por cuarta vez...

un día, desvanecido por su gloria osó creerse superior a su patria y, desde la cima de su orgullo, dijo al país: *no hay más ley que mi espada*;

anciano criminal, había de caer baja el peso de esa frase;

a este grito del 29 de Abril respondió el país con el drama del 23 de Mayo;

el dictador fué sorprendido en su palacio, amarrado; aprisionado y conducido a las barras del Congreso;

juzgado allí, fué sentenciado, arrebatadas fueron de su pecho las insignias, arrancados sus títulos, rota su espada y, entre una escolta de veinticinco soldados, marchó al destierro el viejo soñador que había osado herir lo que los colombianos amaban entonces más: la Libertad;

el pueblo del 25 de Septiembre había vuelto a ponerse de pie el 23 de Mayo;

después... se durmió para siempre...



JOSE MARIA ROJAS GARRIDO

Fué el Sócrates colombiana;
su papel en el movimiento filosófico-patrio fué el mismo que el del discípulo de Pródicos, en medio del tumulto de los sofistas griegos;
como el dios de las fábulas mosaicas, él dijo el *fiat lux* al caos de la conciencia nacional;
su espíritu, no vino como el del creador en las narraciones bíblicas, sobre el espejo tembloroso de las aguas, sino en las alas vibrantes de la Filosofía experimental;
su aparición fué una aurora;
pálida vaguedad de crepúsculo había en el horizonte; leve luz iluminaba el pensamiento nacional, y más allá la niebla ondeante, el torbellino inmenso de la sombra...
la juventud soñadora y triste, había vegetado largo tiempo en los claustros, bajo la mirada de los monjes, agotando su inteligencia en la dialéctica enfadosa de Aristóteles, en los sueños opiásticos del misticismo, en la

metafísica estólida, en las absurdas teorías del peripatetismo teológico de Tomás de Aquino, el buey mudo de Sicilia;

bajo la enervante autoridad de la Iglesia católica el pensamiento nacional languidecía;

los cerebros, deformadas por el yugo ortodoxo, habían dado de sí esas conciencias enfermas de los grandes fanáticos, o ese liberalismo débil que suena aún encontrar la libertad para los pueblos al pie de los altares, en la sombra de los templos, bajo el manto purpúreo de los dioses de madera...

liberalismo ecléctico y funesto, miedoso y triste, perseguido por la filosofía y herido por el rayo que el soñador ambicioso del Vaticano lanzó sobre él al condenarlo: *como la más perniciosa de todas las herejías*;

sí, herejía contra la libertad y herejía contra el dogma; contra el doctrinarismo y contra la autoridad; contra la razón y contra la fe;

ese liberalismo católico, que no es la religión y no alcanza a ser la filosofía; que se rebela a creer y que no tiene fuerzas para negar; pájaro ciego escapado de las iglesias, y que no acierta a alzar el vuelo a la cima luminosa; oscuro valle, donde crecen en extraña vegetación almas enfermas, y donde vuelan con tardo vuelo espíritus débiles, incapaces de las grandes ascensiones;

ese liberalismo católico, que va en obscura oleada golpeándose el pecho a invadir los templos de donde fué expulsado, o se refugia en las legiones liberales alzando las manos temblorosas para pedir misericordia y proteger los sacerdotes y los dogmas cuando ve avanzar en el horizonte la nube, la roja y sangrienta nube que se ha de descargar en lluvia de sangre, y cuyos rayos han de destruir los templos del error, dispersar a los augures de la fe, y pulverizar los ídolos en presencia de los creyentes;

en poder del fanatismo implacable y de este liberalismo

religioso, había estado y estaba, el movimiento filosófico; intermitentes ráfagas de reacción pasaban agitando las conciencias, cuando apareció en la escena Ezequiel Rojas, con su alma pura y fuerte, su majestad de apóstol y su criterio recto; fué el precursor...

el pensamiento nacional despertaba perezoso al eco de esta voz pausada y grave, cuando sintió avanzar algo formidable como si aleteasen en la sombra los pájaros apocalípticos del soñador de Efeso:

era que el águila caudal del pensamiento abría sus alas, y al sacudirlas en la sombra, producía rumor de tempestad y armonías de himno;

venía de allá, del pie del nevado, de la llanura ardiente, de la sombra perfumada de las florestas tolimenses;

era Rojas Garrido que aparecía; era el pensamiento filosófico liberal que tomaba forma; era la elocuencia que se hacía hombre; el alma nacional tenía su verbo;

la elocuencia en Colombia tiene un nombre: Rojas Garrido;

no tuvo predecesores, y la tribuna huérfana espera aún el sucesor;

muchos antes de él, y muchos después de él, han voloteado brillantes y armoniosos en torno a la cima, sin llegar a la eminencia, donde abiertas las alas, expiró el águila gigante;

antes de él, parece que la lengua nacional tartamudeando, no hubiese podido llegar a la armonía suprema, hasta que vibró en la palabra de aquel hombre, paró el cual parecía haber guardado todas sus melodías;

dicen las leyendas antiguas, que en los labios de Homero niño, depositaron su miel las abejas del monte Himeto;

en los de Rojas Garrido, podría decirse que depositaron su miel silvestre, todas las abejas de los panales de la patria; todo su néctar las flores de la campiña, y los bálsamos de los montes silenciosos; su armonía todas las

aves que pueblan sus bosques ignorados; su rumor las fuentes que corren en el desierto y a la sombra bajo el ramaje tupido de campánulas salvajes; su fuego y sus fulgores el sol de los trópicos cuando quema la playa y hace gemir los árboles del monte; su majestad los océanos que, como dos amantes celosos, pugnan por dar sus besos en el seno de Colombia; su fragor el *Puracé*, y su estruendo tempestuoso, el *Tequendama*;

todo lo que la patria tenía de bello, de noble, de armonioso y de sublime, se concentró en el verbo de aquel hombre;

el también, como pinta a los genios el poeta, ascendió tallando los escalones en el odio;

ante él, la demagogia clerical organizó sus legiones; hoscos los buhos del santuario erizaron el plumaje lanzando horribles graznidos y la juventud corrió a su paso como los niños de Judea, exclamando: helo aquí, helo aquí; salud al Maestro;

y, de sus labios brotó entonces a torrentes la verdad; fué el Redentor.

Bolívar, Santander y Nariño habían emancipado las multitudes; él mancipaba las conciencias...

al ruido de su palabra, y al resplandor de su genio se aclararon las tinieblas, desaparecieron los fantasmas, se vaciaron los templos, cayeron los ídolos, y libre el alma nacional despegó las alas;

el hizo la nueva Colombia, la Colombia de mañana; porque él educó esta brillante y tumultuosa legión de Juan Manuel Rudas, Diógenes Arrieta, Juan de Dios Uribe, Antonio José Restrepo, Belisario Porras, Ignacio Espinosa y toda esa bandada de águilas que duermen en la sombra, esperando que brille el nuevo día para tender sus alas al espacio;

cumplida su misión, desapareció;

la Libertad desapareció tras él;

sus discípulos están en el destierro, en la cárcel, en el

confinamiento, en el silencio...
la noche es espesa y ruge el viento...
¡todo es sombra en la patria!

*

**

¡Oh Maestro! nada hay eterno;
mañana brillará el nuevo día; la patria será digna de ti,
tus discípulos volverán; tu estatua colocada en lo más alto
y vaciada en mármol o en bronce, que es la «carne de los
dioses» y de los inmortales, los verá desfilar ante ella;

allá irán los unos con el cabello emblanquecido por las
heladas ráfagas del destierro; los otros, mutilados en el
campo de batalla, todos cubiertos por el polvo del camino,
desfilando descubiertos para decirte:

—¡Maestro, aquí estamos; nada doblegó nuestra
energía; somos los mismos: tu espíritu nos alienta; salud,
Maestro!

*

**

Después, desapareceremos todos, arrastrados por el
huracán de la vida;

nuevas generaciones vendrán a ti: las madres, trayendo
los pequeñuelos asidos al pezón, te contemplarán con
cariño, y dirán a los mayores mostrándoles las estatuas de
los héroes y la tuya:

—Aquéllos nos libertaron de España; éste de Roma;
aquéllos son los libertadores, éste es el Redentor;

y, pasarán las generaciones; y con la monótona
fidelidad de las olas contra la playa, irán a murmurar en
torno de tu pedestal, diciendo: ¡Salud, Maestro! ¡Salud,
Maestro!

mientras viva la Libertad vivirás tú;

la Libertad se eclipsa, pero no perece.



JOSE MARTI

¡Pasó! indignado, soñador, melancólico;
¡pasó! con el enjambre de sus sueños; con la tempestad
de sus cóleras; con sus tristezas de vencida; con el rumor
de sus estrofas; con el himno triunfal de su palabra;
¿soñador? así lo llaman: ¡sueño sublime!
¡oh la libertad, hermoso sueño!
con ella, soñaba Bolívar en Jamaica mirando la mar
turbia, el cielo negro, escapado al puñal, y triste y solo...
con ella soñaba Mazzini, perseguido, hambreado,
saliendo a los caminos de Suiza, desgredada la blanca
cabellera, para interrogar a los transeúntes sobre la agonía
de su Italia bajo los cascos de los croatas;
con ella soñaba Kosciuszko;
con ella soñaba Palacoff, dando al viento como
mariposas del dolor sus estrofas aladas, allá sobre la playa
de Siberia, bajo el cielo sin luz, cerca a las olas negras, a
la estepa inclemente, viendo levantarse en el cielo triste
una estrella blanca, que él llamaba el alma de Polonia...

¡oh sueños con la libertad y con la patria; sueños generadores del heroísmo y de la gloria; columna de fuego que lleváis los pueblos al combate, o bello y pálido heraldo que lleváis las grandes almas al martirio, benditos seáis!

la libertad, es el sueño de las almas grandes;

la patria esclava, es el tormento de las almas fuertes;

¡oh sueño tempestuoso y bravío de los proscriptos y de los oprimidos! pasad, soñadores, con la frente alta; sintiendo cómo os persigue la carcajada estólida del vulgo; mañana, si vuestro ensueño es realidad, vuestra es la gloria; si él es quimera, vuestra es la gloria;

los sueños nobles ennoblecen.

al soplo de un sueño se alzó la América del fondo de los mares solitarios; en las alas flamígeras de otro sueño subió la libertad a la cima de los Andes;

si la vida es sueño, ¡benditos sean los que sueñan con lo grande y con lo noble!

Martí fué el verbo de Cuba luchadora;

su acento pasaba por sobre las multitudes como un grande y generoso soplo, venido del océano inmenso, del campo libre, lleno de aromas, respirando vida;

el murmuraba al oído del emigrado, del vencido, del enfermo, la mágica palabra: *esperanza*;

él iba a todas las almas murmurándoles no sé qué tierno acento de cariño; no sé qué extraño y asordador himno de grandeza.

Martí era el acento melancólico del alma cubana; que iba gimiendo a veces solitaria y doliente, y en otras se alzaba vibradora y terrible; que herida se recogía para llorar a sus montes como una paloma azul entre su nido, e indignada se alzaba otras, como un cóndor bravío lanzando gritos siniestros...

la elocuencia de Martí, era la del corazón, su frase obscura a veces, coloreada, radiante en otras, salía de sus labios impregnada de sentimientos, ya vaga como la

tristeza que agobiaba su alma, ya tempestuosa y soberbia como la indignación que lo poseía;

oyéndolo, se pensaba en la patria, en la libertad, en el bien; se alzaban en las lontananzas del recuerdo, los mirajes de los bosques patrios; se oía como el rumor de Vergniaud en el salón de los Roland, y pasaban por la memoria los pálidos héroes del cadalso y de la guerra...

así como él, así debió ser Vergniaud; su misma juventud; su mismo aspecto pensador y triste; su misma frase pulida como armadura de antiguo caballero en día de justa; el mismo culto a la pureza del sentimiento y a la castidad de la frase; el amor desbordante por el pueblo; el mismo corazón sereno y tierno; la misma vasta erudición clásica; la misma estoica resignación al martirio... todo lo mismo; pero más fuerza, más realidad, más lucha en Martí;

cuando principiaba a hablar con la frente inclinada, como si pesaran sobre ella todos los dolores de su patria, se veía allí al vencido doloroso;

mas cuando echaba atrás su cabeza poderosa, sacudía su cabellera y lanzaba su frase indignada, se veía de pie al apóstol, aquel, cayó verbo condensado llegó a ser luego una tormenta;

tristezas infinitas de la patria; entusiasmos de lucha y de batalla, eso inspiraba el acento de Martí;

su elocuencia no asordaba, no cegaba, imponía con imponencia mágica;

como en una tempestad en el polo, en que no se escucha vibrar el trueno y sólo se ven brillar los relámpagos rojizos en la entraña de la nube oscura, allá donde van las olas en tropel, el mar espumea furioso, y sobre el abismo negro brilla el cielo incendiado...

Cuba ha tenido muchas representaciones egregias de su energía; pero el pensamiento de su independencia tuvo en Martí la más pura, la más elocuente y la más sincera de sus voces;

así quedará para el marido como el más bello gesto de heroísmo lírico, el más puro acento, la más alta voz de Cuba irredenta, en esa hora crepuscular que precedió a la grande aurora de su redención política.

Martí, fué su Profeta, y fué su Mártir; quedará en la conciencia de América, coma el más grande tribuno de la Emancipación, el Genio sonoro y triste de la Patria, el Poeta de la Libertad, el enorme Poeta dolorosa, muriendo sobre el árbol de su cruz;

¿fué un soñador?

sea...

fué el inmenso soñador desesperado, que voló hacia la Muerte, en un vuelo de fuego, incendiando a su paso los cielos taciturnos de la Historia.



EMILIO C ESTELAR

Pobló el mundo de ruidos armoniosos, arrulló la libertad con cantos de sirena, azotó el despotismo con rumores de mar enfurecido, y obligó al mundo entero a escuchar aquella melodía que tenía la facilidad del ritmo heleno, la tristeza indignada del treno hebraico, la melodía de los tribunos del *Lacio*, y el rumor atrevido y clásico de los últimos soñadores de la Gironda;

él tuvo en su acento la unción armónica de los Santos Padres, e indignado como Crisóstomo al pie de un trono prostituído, pudo exclamar como él: aún queda algo de la raza de Jezabel y aun combate la gracia por Elías;

todo en él era melodía;

fué el Zorrilla de la tribuna española;

al conjuro de su voz armónica, como al de la citara del viejo bardo, se ponían de pie y se alineaban los muertos coronados del Ezcorial; se alzaban del polvo con sus rotas armaduras, los viejos caballeros castellanos; se poblaban de sombras ilustres los góticos castillos suspendidas como

nidos de águilas sobre el peñasco enhiesto; combatían los vascos; huían los Mauritanos: pasaba triste y fuerte la vieja raza céltica; combatía Ataulfo; tocaba Viriato su cuerno en la montaña; se oía el estruendo de Guadalete; tronaba Roncesvalles y Zaragoza ardía...

la España no ha tenido voz más armoniosa ni canto más sublime.

Cicerón le dió su verbo y su debilidad; Demóstenes le negó su carácter, Isócrates su altivez viril;

aun lo recuerda el mundo cuando en el apogeo de su gloria tribunicia, de pie sobre el volcán inflamado de la revolución española, lanzaba en ondas de luz, sus frases formidables sobre aquel océano en tempestad;

el descenso comenzó allí; la serie de sus apostasías empezó rápida y funesta;

él, el enemigo de la pena de muerte, alzó los patíbulos por doquiera;

él, el defensor de la libertad de la prensa, la rompió como lo hubiera hecho un soldado salvaje;

él, cuyos ojos se humedecían hablando de cadalsos, dejó fusilar sin piedad a los hombres del *Virginius*;

él, el hombre de la humanidad, cuando de independencia de Cuba le hablaron, exclamó: *Primero soy español que republicano*;

después... como la luz moribunda de la tarde en la llanura, siguió arrastrándose, y arrastrándose, hasta perderse en la densa penumbra en que ha desaparecido;

así cayó el grande orador español;

no fué como Demóstenes a envenenarse en el templo, arrojando sobre los soldados la tremenda frase: llevad mi cuerpo al tirano, pero mi alma es libre;

no desapareció como Cicerón doblando estoicamente su cuello a la espada del liberto;

no cayó como Dantón sacudiendo su melena en la mano del verdugo, pero fiel a la República;

no se eclipsó como Vergniaud en brazos del heroísmo,

cantando un himno melancólico al Derecho;

no desapareció como Gambetta, en brazos de la patria entristecida, fiel a la Libertad y al Pueblo;

su desaparición no tiene sino un ejemplo semejante: el de Emile Ollivier, el gran tráfuga anatematizado por él, y que saltó de la tribuna liberal al pie del trono vacilante de Napoleón III, para envolverse en su púrpura y rodar en su caída.

Castelar no supo morir en plena gloria; su orgullo lo mató;

comprendiendo que la República sería, pero él ya no sería el primero en ella, volvió la espalda a la República; la sombra del liberalismo lo asustaba;

su edad y un resto de su soberbia, lo mantuvo aún sin abrazarse públicamente al trono;

¡triste eclipse el de esta alma soñadora!

al volver la espalda a la República, la gloria se la volvió a él;

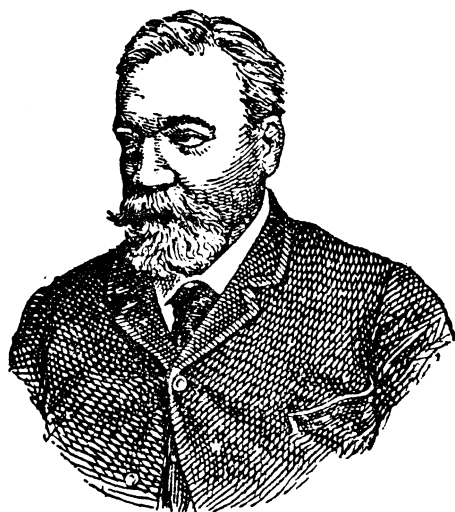
la debilidad fué la muerte de aquella alma;

enamorado de sí mismo, como Narciso, se ahogó en la fuente de su propia contemplación, y la flor, la pálida flor que nazca sobre su sepulcro no se llamará, no, la flor de la inmortalidad:

la patria perdonará al gran tribuno, la religión al filósofo convertido; pero la libertad no perdonará nunca al gran tráfuga;

la Libertad es inflexible;

la traición es irredimible.



LORENZO MONTUFAR

Es el Patriarca;

su descendencia política, cual la prometida por el dios del Génesis a Abraham, va siendo *numerosa como las arenas de la mar y las estrellas del cielo* y se extiende exuberante por todas las comarcas de la América Central;

él fué el novador;

este heresiarca austero, fué durante cincuenta años el verbo tempestuoso del liberalismo; la imagen pensadora y triste de ese partido; el escollo contra el cual se estrellaron las alas siempre tumultuosas y agitadas de la clerecía guatemalteca;

fué el *Maestro*;

todos los que en América eran iguales a él, desaparecieron... él, fué el sobreviviente de la raza ya extinta de los fundadores liberales;

cayó en Venezuela Antonio Leocadio Guzmán, escapado un día al patíbulo conservador; cayó en Colombia Manuel Murillo Toro, como esas aves del equinoccio que emigran al llegar la noche larga que sigue a la aurora boreal; se fué Altamirano, el pensador

indígena...

sólo Montufar quedó en pie; su cabeza blanca se veía en el brumoso horizonte americano, como el cono nevado del Tolima dorado por los rayos de la tarde;

había sido el pájaro de la mañana que despertó con sus cantos el espíritu nacional dormido;

ese hombre, que declinaba así con la majestad esplendorosa de un largo crepúsculo de verano, fué, después de Morazán, la personalidad más grande del liberalismo en Centro-América; se le podría llamar: el Morazán civil;

erecto como un picacho agreste de la sierra, este anciano indomable, estuvo durante cincuenta años siendo el pararrayos de los conservadores de su patria, y del jesuitismo rencoroso y nómade; y nada lo doblegó;

sabio, en lo que de completo y excelso tiene el vocablo, vivió con los labios pegados al pezón inagotable de la ciencia, arrojando después sobre las multitudes ávidas, los tesoros de su saber con una generosidad oriental y una como religiosa y santa abnegación de apóstol;

ese anciano, ateo, fué el gran sacerdote del liberalismo; su dios era la libertad; y cuando él oficiaba en el ara santa, las multitudes conscientes doblaban la cabeza al ver alzarse en sus manos temblorosas la hostia, la inmaculada hostia de la idea;

periodista; él enseñó la estoica rebeldía contra la negra legión de tiranías y dogmas y mitos del pasado; con una fuerza de rayo de aurora, rompió la compacta bruma y bañó de luz el horizonte;

cuando todo era sombra y abyección, él clavó sus sarcasmos y sus protestas, en la piel lustrosa de aquel tigre bajado de las sierras de Mita, de Carrera, aquel indio feroz, que fué como el último aleteo de la barbarie, la última venganza de la raza indígena, la proyección postrera del salvajismo fugitivo al desaparecer de suelo guatemalteco...

proscripto como Víctor Hugo, vivió veinticinco años lejos de su patria, haciendo de cada roca una tribuna y de cada playa un Guernesey;

insultado, él sintió sobre su nombre la espuma epiléptica de Irisarri, aquel alevé calumniador alquilado contra López y Obando, excelsos liberales colombianos;

apóstol, él ha formado ese liberalismo brioso que es orgullo de Centro-América;

su verbo fecundo, iba de alma en alma, de conciencia en conciencia, como va el polen de las palmas, en las alas de vientos calurosos, en las noches calladas del desierto;

él fué tocado por la pluma de fuego de Montalvo y tocado para ensalzarlo; está ungido; pertenece a los inmortales;

murió al fin, el pasador austero...

hoy cuando se le nombra, la América liberal vuelve a mirar como para presenciar esta puesta magnífica de sol, y todos se descubren conmovidos, siguiendo la huella que dejó el majestuoso descenso de este astro liberal al Occidente.



JUAN DE DIOS URIBE

Alguien dijo, y se ha repetido después hasta la saciedad, que así como las nubes toman la forma de los países que atraviesan, los hombres tienen en su imaginación mucho del país en que se desarrollan y del medio en que viven.

Colombia, cuyo clima varía de sus costas a Los Andes en todas las gradaciones, desde el calor insoportable de los trópicos, al frío de las nieves eternas, confirma en sus poetas y escritores esta aseveración;

cuando se nace en Bogotá, allá muy alto, bajo un cielo azul y sereno, besado por las brisas de la Sabana y las ráfagas de los páramos orientales, se tiene esa imaginación severa y fría, esa inspiración levantada, pero sin gran colorido, fantasía pálida y nebulosa de las creaciones alemanas y las leyendas escandinavas: tierra de estudio más que de genio, de cultivo más que de espontaneidad, de Arte más que de inspiración, de clásicos más que de talentos, de literatos más que de poetas; se vive ebrio de

misticismo y ahíto de antigüedad; se es un Don Miguel. Antonio Caro; es decir, lo clásico mediocre;

si se nace aún más alto, allá en las tierras del Zaque, patria de talentos generosos e inspiraciones bíblicas, se tiene ese acento profético y sonoro, ese estro en cuyas creaciones parece oírse el rumor de las palmas de Judea, el gemir del viento entre los cedros del Líbano, o el sonido de los torrentes del Cedrón: entonces, se es un: Don José Joaquín Ortiz: es decir, lo místico-sublime;

mas, se refleja de tal modo el país en la imaginación del hombre, es tan severa la teoría del medio, que si se nace allá en los declives de la Cordillera, en esas tierras algo pantanosas y mefíticas, patria del bocio, entonces hay imaginaciones enfermas que reproducen perfectamente. aquel cuadro; entonces se es idiota, se usa una especie de *cretinismo* literario, y se llama Carlos Martínez Silva; es decir, lo ridículo;

y, si se ha nacido a las riberas del mar, bajo aquel sol de fuego, con los arrullos de aquel gigante encadenado, frente a aquel horizonte infinito; entonces los privilegiados, parecen concentrar en su mente todos los fulgores de aquel cielo, llevan en su fantasía todas las galas de aquella zona, vibran en su acento todos los murmullos de aquellas brisas y las tempestades de aquel océano, y son.: Diógenes Arrieta, es decir, lo grandioso; Rafael Núñez, es decir, lo sombrío;

y, si se ha nacido en el Cauca, en aquella naturaleza espléndida y soberbia; en aquella tierra en que *todo es grande hasta el delito*; tierra de todos los fanatismos, desde el de la religión hasta el de la libertad; allí donde el valor raya en el prodigio, y la ferocidad en lo salvaje; allí donde crecieron, con sus grandezas y delitos, Mosqueras y Arboledas; entonces se concentran en sí toda aquella grandeza: se es literato, poeta, guerrero, orador, filólogo y periodista; se es un César Conto, es decir, lo fecundo.

*

**

JUAN DE DIOS URIBE - no nació en ninguna de aquellas partes, pero vió la luz en Antioquia, la tierra del oro y las leyendas, de la quiebras profundas y las montañas vírgenes, de las selvas oscuras y silenciosas como moradas drúidicas;

allí donde la vegetación y los hombres, todo tiene la fuerza de la naturaleza primitiva; donde a cada paso en el desierto, se oye el trino de un ave, y a cada paso en las ciudades, se oye el canto de un poeta;

allí donde fué a morir Ricardo de la Parra, *el hombre de la naturaleza*; donde nació y murió Camilo Antonio Echeverri, imaginación esquiliana, y palabra de trueno; donde cantó la musa silvestre y cuasi pastoril de Gutiérrez González; donde se enferma de dolor y se enloquece de genio; como Epifanio Mejía;

allí nació JUAN DE DIOS URIBE;

su alma se impregnó en la infancia de la majestad de aquellos paisajes retratados en su retina, de aquellos ruidos imponentes que arrullaban sus sueños, de aquella calma sublime que se extendía en torno de él;

no era aún adolescente cuando fué trasladado al Cauca, a las haciendas de su padre;

el cuadro varió en lo abrupto, pero no en lo majestuoso; allí, entregado a las rudas faenas del campo; desarrolló las fuerzas físicas y la precocidad de su talento, de tal modo, que cuando vino a Bogotá ya era un hombre por la fuerza de su musculatura y la solidez de su inteligencia;

posterior a Ezequiel Rojas y a Rojas Garrido, esos dos zapadores de las modernas ideas, que dieron el *¡alto, quién vive!* a las viejas preocupaciones, hasta hacerlas replegarse a sus primeras posiciones, y que fueron los maestros después, de todos los que en Colombia, en más alta o baja escala, hemos atacado aquellos absurdos: JUAN DE DIOS URIBE, fué discípulo aprovechadísimo y

luego soldado admirable de aquella legión de pensadores; desde su aparición en el colegio, JUAN DE DIOS URIBE se hizo notar;

no tuvo en su acento la armonía seductora de Arrieta, ni la facundia abrumadora de Antonio José Restrepo; pero había en su frase revolucionaria, en su acento convencido, un atractivo irresistible, y así fué desde luego uno de los primeros en aquella juventud innovadora yb ardiente llena de luz y de ideales;

la vida de JUAN DE DIOS URIBE puede encerrarse en una palabra: Combate;

su historia se corrió en los claustros del colegio, la plaza pública, el periodismo y el destierro;

los años de su vida pública, fueron para el ardiente polemista, de recia batalla;

en guerra ardiente con el fanatismo y las preocupaciones, no dió tregua a la lidia; ya acosado por sus contrarios, ya acosándolos hasta en sus últimas guaridas, pero siempre incansable;

cuando estalló la revolución de 1885, URIBE, enfermo de gravedad, no pudo ir a los campamentos, como lo había hecho casi niño, en 1875 cuando lidió heroicamente en el Cauca al lado de Trujillo y de Delgado; y víctima de las persecuciones, pasó en mortal expectativa estos meses de agonía del liberalismo, sintiendo en el corazón cada tiro que precipitaba un amigo en la tumba, o cada fracaso que apresuraba la gran catástrofe;

cuando después de consumada la ruina liberal, reinantes la autocracia y el fanatismo, hubo una especie de interregno con la administración del señor Payán, y la prensa amordazada tuvo un remedo de libertad, JUAN DE DIOS URIBE, enfermo todavía, asomó en la prensa su cabeza soberbia, su perfil de hebreo irritado, que recuerda a Armand Barbes, y fundando *El Correo Liberal*, hizo de él el azote y el terror de sus contrarias;

arrojado Payán de la Presidencia, Núñez volvió a

imponer el silencio;

en esta última convulsión de esa bestia feroz llamada el despotismo colombiano, el periodista fué aventado lejos;

la tiranía lo halló digno del destierro;

los brazos de la madre, el cariño de los hermanos, las comodidades del hogar, todo tuvo que dejarlo para emprender el camino del ostracismo, que se extendía árido y solitario a su vista;

los Estados Unidos primero, y Venezuela después, le dieron asilo;

volvió de nuevo a la patria; y de nuevo volvió al destierro;

condenado a la deportación, escapó de la isla insalubre donde todos se morían, y ganó tierra de libres, desembarcando en Nicaragua;

de allí fué a morir al Ecuador, al lado de aquella gran gloria, cerca a aquel gran caudillo, que se llamó: Eloy Alfaro;

allí duerme para siempre el polemista invencible;

la sombra de Montalvo lo custodia;

y, es que URIBE no era tan sólo un gran talento, sine también un gran corazón;

la lucha no abrió su carácter; el infortunio no lo debilitó;

en la despreocupación de su ánimo, que se traslucía en el desenfado de sus escritos, había momentos en que parecía que, volviendo la espalda a la sociedad, conversara con lo desconocido...

en su estilo, como en su acento, había algo raro, pero sublime, al hablar de los ideales del porvenir; y oyéndolo se sentía algo semejante a cuando uno se inclina en la altura de nuestras cordilleras para ver un abismo, en cuyo fondo brilla el rayo de luz, que allá, muy abajo, juguetea en el valle.

URIBE fué para los fanáticos, una pesadilla;

para los tiranos, una amenaza,

para los liberales, un orgullo;
a los tímidos, les parecía violento, a los débiles,
arrebataado;

mañana cuando se juzgue la época en que vivió, las
preocupaciones con las cuales tuvo que luchar, y los
tiranos que atacó, apenas lo hallarán justo.

URIBE, fué, como revolucionario, una mezcla de
Dantón y Desmoulins; pero más noble que el primero, más
valiente que el segundo y con más talento que ambos;
es el Jules Vallés americano.



JOAQUIN CRESPO

Fué el Páez de los modernos tiempos venezolanos; hablo del Páez épico, de aquel de la legión de las *Queseras* y el trágico fulgor de *Carabobo*; no del Páez político, el viejo león hipnotizado, que dobló su cabeza poderosa, cargada de sangrientos laureles, al soplo enervador del partido conservador que lo adulaba.

CRESPO, como Páez, viene de la Pampa, y como Páez es hijo de la guerra;

él también, jinete niño, se lanzó con la lanza a la llanura, y sintió el hálito de la muerte, sobre su frente, a esa edad en que sólo caen sobre ella los besos de la madre;

fué a los diez y seis años que Leandro Crespo, su padre, el viejo soldado, montándolo en ancas de su caballo, le dijo: *Vamos a la guerra*;

y, se fueron los dos;

así, al lado de su padre, de encuentro en encuentro, de emboscada en emboscada, hoy en la llanura abierta, mañana en la montaña sombría, pasando a nado los ríos caudalosos y los arroyos acrecidos, en plena naturaleza, en plena guerra, creció el soldado-niño, abriéndose su alma

como una flor extraña bajo el viento tempestuoso de los combates sangrientos, y formándose para los grandes heroísmos y las trágicas contiendas;

a dos diez y ocho años, en la batalla de *San Francisco*, caía en brazos de su padre, con una pierna hecha pedazos, a horcajadas en una trinchera enemiga;

como los husos de los héroes que cargaban las tribus del Norte, allá por las selvas de la Germanía primitiva, así aquel puñado de guerreros llevaba al héroe herido, en un extraño aparato, en hombres de los soldados, en aquella guerra en que el asalto era diario; la muerte todo, la vida nada;

apenas pudo ponerse en pie arrastrando su pierna despedazada, se le oyó perturbar con el ruido de sus muletas, la calma de los propios campamentos, y con su grito y con su lanza, el sueño de los campamentos contrarios; cuando los asaltaba en la noche callada cayendo sobre ellos con los suyos como una bandada de águilas que azotaran la llanura;

secretario de Borrego y de Medrano; condenado a muerte por Gutiérrez; salvado por José Rosario Mirabal; dando, con Marcos Goloso, asaltos de dos contra sesenta hombres; cansando la fatiga, dominando la guerra, asombrando el heroísmo, rindió CRESPO esta primera cruzada de su gloria militar.

Morrocayos, El Corozo, Los Tiznados, Calabozo, Arauca, Caño Amarillo, tales son las más grandes páginas de aquella brillante vida de soldado liberal, de guerrero afortunado;

a los veinticuatro años, era Presidente de un Estado; a los cuarenta y dos años Presidente de la República; así llegó a la cima.

*

**

La seriedad y la lealtad, fueron las características de él; austero como un esparciata, y sencillo como Probo, el

viejo Emperador;

todo lo superficial, lo ligero, lo falso, repugnaba a su carácter y estaba lejos de él;

su mano tendida, era abrigo insospechable a la amistad;

su mano levantada era nube en el horizonte, nube amenazante;

la perfidia, siempre venenosa, no encontró malezas donde posarse en aquel carácter

la traición no ensayó siquiera brotar en aquella alma;

cuando un día, muy joven aún, dos jefes notables se acercaron a él para que diese un golpe de cuartel, traicionando a Medrano, saltó de su hamaca como un león de su madriguera, vibró su espada sobre ellos y, reduciéndolos a prisión, les arrojó la palabra que fué después, el escudo y el lema de su vida, cuando de traiciones se ha tratado: *¡Jamás!*

¡Jamás! dijo cuando la guerra azul cambió sus ideales y se hizo reaccionaria.

¡Jamás! cuando la reacción de Alcántara.

¡Jamás! cuando, siendo Presidente, lo incitaban a la deslealtad.

¡Jamás! cuando las adulaciones de Andueza Palacio lo llamaban al delito.

¡Jamás! cuando, después de la última contienda, los conservadores que habían vencido a su lado pedían que les entregara la bandera;

por eso fué llamado: EL HÉROE DEL DEBER.

*

**

Un día, el destino volvió la espalda al heroísmo, y CRESPO cayó vencido;

la debilidad, puso la mano sobre la fuerza; el pálido miedo sobre el coraje indómito, y el león encadenado, así como Páez en otro tiempo, entró vencido a Caracas;

para poner la mano sobre él, había sido preciso pasar por sobre la majestad de la Nación;

el Congreso había caído al golpe de culata de los sicarios de Hermógenes López; los legisladores y los escritores estaban en la prisión, y él, el elegido del pueblo, entre filas de soldados llegó a Caracas;

¿al Capitolio ?

no; a la cárcel;

de allí salió al destierro...

*

**

El pueblo esperó largamente a su héroe vencido y desterrado, y cuando supo que volvía se precipitó hacia él, fué a su encuentro con la impetuosidad halagadora y tumultuosa de la ola.

CRESPO entró entonces a la vida privada;

único de los militares venezolanos que haya sido jefe de partido después de Páez, con sus huestes disciplinadas, con sus amigos y partidarios en la política activa, él permaneció austero, soberbio y meditabundo allá en los límites de la llanura, o más allá en las soledades de Guayana, como si dialogara con la Naturaleza, y pidiese al silencio, grandes inspiraciones para el papel que le reservaba el porvenir...

*

**

Inclinado sobre la tumba recién abierta de su hija, le sorprendió la nueva tempestad política.

Arlequino vencía *Panatagruel* soñaba, *Falstaff* reía; el enano tenía sueños de César; Andueza Palacio; el triste demente, había sido lanzado a la dictadura;

como la figura de *Cuasimodo* a horcajadas en la campana de *Nuestra Señora*, así se balanceaba Andueza, ebrio, sobre el libro de la Constitución que le habían hecho desgarrar;

de uno a otro extremo del país no se oyó más que un solo grito, un clamor profundo: ¡CRESPO! ¡CRESPO!... y los ojos del país se fijaban anhelantes hacia la pampa

donde estaba el caudillo esperado: CRESPO se puso de pie y lanzó el grito épico del *Totumo*;

montó de nuevo en el corcel guerrero, y con cuarenta hombres, se precipitó al grito de la República que lo llamaba;

y, la llanura amiga, y la selva antigua, volvieron a sentirse holladas por el caballo de guerra de aquel héroe nacional, que había perturbado su calma con acentos bélicos, a quien habían visto pasar cuando era adolescente entre el fragor de la batalla, o en la camilla de los heridos, y les parecía volver a oír estremeciendo su silencio las dianas de *El Corozo* y *Los Tiznados*...

¿a dónde iba aquel visionaria con cuarenta compañeros solamente ?...

iba a salvar la República; ¡atrevimiento sublime!

a los cuatro meses había vencido dejando tras de sí el sangriento fulgor de *Jobo Mocho*, *La Victoria*, *Villa de Cura* y *Los Colorados*; entró a Caracas con veinte mil hombres, vencedor, aclamado, omnipotente;

entonces fué hecho dictador;

como si aquel poder omnímodo lo quemase, convocó inmediatamente el pueblo a elecciones, y ante una Constituyente resignó aquella dictadura; la más humana, la más pura de cuantas han surgido a raíz de las civiles guerras americanas;

ni una gota de sangre, ni un lirón del derecho ajeno llevaba en sus manos de soldado vencedor; su grito fué un grito de piedad;

él solicitó y obtuvo de la Asamblea la amnistía, *la plena amnistía* para todos los vencidos, y en vez de su espada vengadora, puso en el platillo de la Justicia, su gran corazón dispuesto a perdonar;

hecho Jefe del Poder Ejecutivo, se retiró inmediatamente que el partido liberal lanzó su candidatura para Presidente de la República; lejos de la Magistratura, esperó el resultado del proceso eleccionario, allá, en sus

posesiones de Maracai, entre los cariños de su hogar, y la admiración de su patria;

allí, fué a buscarlo el pueblo para ungirlo con el poder, y volvió al Capitolio agitando la bandera liberal, sereno, leal y fuerte, como siempre;

terminado su período constitucional resignó el Poder, murió vilmente asesinado a traición, yendo a la defensa de su partido, en una selva abrupta de las llanuras orientales; murió como Sucre;

la Historia, no tiene que preguntar el nombre de los asesinos;

ella lo dirá algún día;

la justicia tarda, pero llega.



DIOGENES A. ARRIETA

Parecía un griego de los tiempos de Pericles, un fugitivo de las lecciones del Pórtico, y los salones de Aspasia; todo en él era estilo luminoso, belleza y armonía;

su helenismo no era helenismo afeminado de las rimas de Anacreonte y los amores de Meleagro;

no era el griego perfumado y cortesano, sino el griego luchador y filósofo, el del tumulto de las plazas públicas, de los peripatéticos y de la Academia;

era una alma de artista que parecía venir huérfana y atónita del pie de la tribuna de Demóstenes o del lecho de muerte de Sócrates: era un Platón ateo;

todo en él era Arte, pero Arte grandioso; no comprendía los desvaríos de la moderna literatura;

su cincel poderoso, hecho para modelar sus grandes creaciones, no podía emplearse en fabricar estos arabescos que pulen con mano femenil los artistas decadentes de la literatura actual;

este cíclope de ojo luminoso, no podía dejar su maza a un lado para sentarse a hilar como Narses, en un coro de esclavos, a manera de esos rimadores infecundos que

ocultan su debilidad bajo las banderas del arte, y en nombre de la belleza, desertan de la lucha y del tumulto;

él no entendía de ese decadentismo importado, fue ha enfermado de manera lamentable los espíritus débiles o soñadores y la juventud que encuentra bella esa literatura de flores exóticas y lujuriantes, caídas una a una de la corona del *snobismo*.

Arrieta, como bardo, no figura en esa procesión de cantores anémicos y pálidos, que van cantando quimeras en los brazos del ensueño.

Arrieta comprendió la belleza, pero majestuosa y grande; la belleza que brota de un mármol pentélico cuando lo toca el cincel de Praxíteles.

Bardo transcendental, le apellidó Rojas Garrido;

el *Maestro*, dijo la gran palabra;

poeta excelso, el poeta que lucha y que medita, el que comprendiendo el momento histórico en que vive, traduce en su acento los anhelos del pensamiento, las aspiraciones informes, los gritos, los combates, las pasiones de la inmensa ola humana que ruga en torno suyo;

tres bardos hay en Colombia que representan tres estados del pensamiento nacional; tres momentos psicológicos, tres épocas de la conciencia patria; en sus libros se hace el viaje de la sombra hacia la luz.

José Joaquín Ortiz, Rafael Núñez y Diógenes Arrieta;

el uno es la fe; el otro la duda; el otro la negación;

del misticismo al panteísmo, la escala es completa.

Ortiz, es creyente y austero como el Dante;

Núñez, es Montaigne haciendo versos; Arrieta, es Lucrecio, más luminoso, más artista.

Ortiz es el pasado; cerrados sus ojos a la luz, vuelta la espalda al Oriente, de rodillas ante los altares, aquel Milton católico, cantor de ideales muertos, hosco y soberbio contra el mundo que avanza; canta la fe, los milagros, las apariciones. de *Lourdes*, las consejas del estado de alma de una sociedad incipiente, y en éxtasis

ante sus visiones, voluntariamente ciego, llena sus libros de plegarias y anatemas, y muere al fin sobre el ara del templo que empiezan a abandonar las multitudes, fijos los ojos en los ídolos que vacilan y las luces que se extinguen...

Núñez es el cantor indolente, cínico, corruptor; sus estrofas, deletéreas y abruptas, son como la helada ráfaga que apaga las luces todas, y deja el templo en tinieblas...

Arrieta ni ora ni duda; de pie en la cima, niega; es el alma nacional independizada ya; el esplendor de Damasco iluminó su cerebro, y no cegó sus ojos; el apóstol está en pie; la nueva y grandiosa escuela poética principia en él;

aislado en la cima, espera a que lleguen a ella nuevos bardos;

abajo rumorea el valle, murmura la fuente, y pájaros multicolores ensayan himnos de amor voloteando en el ramaje;

el águila solitaria mira abajo las fiestas del collado, escucha los cánticos, y espera que nuevos compañeros acudan a la cima...

.....
La elocuencia de Arrieta era la elocuencia brillante, deslumbradora, armoniosa; arrullaba y atronaba, tenía gemidos de paloma y rugidos de león; esplendores de miraje y resplandores de incendio;

aquellos labios fueron hechos para que por ellos brotara a torrentes la armonía y aquella voz para recorrer el diapason de las pasiones humanas y la gradación inmensa de la belleza hablada;

era en la tribuna, más original que en sus obras; su personalidad, estaba entera en esa cima; ése es su pedestal;

aquella frase reposada, serena, amplia, que él pulía cuando escribía, con un cariño de artista, con su exquisito gusto estético, al salir a sus labios se fragmentaba, se coloreaba, se incendiaba y salía como una explosión de centellas iluminando el horizonte;

una vez en la tribuna, va aquel excesivo cuidado del arte no lo entrababa, ya no se enredaba como el albatros de Baudelaire en la pesadumbre de sus alas, sino que las abría como un cóndor inmenso, y se elevaba y aturdía y hería con el ruido y el roce de esas alas;

cuando Rojas Garrido, que era la cima, caía herido por la muerte, la tribuna colombiana se enlutó, porque había caído el Maestro; pero quedaba en pie el discípulo para decir desde esa tribuna rota, el himno a la belleza y el sublime evangelio de las conciencias libres;

ungido fué para la grandeza de la tribuna, por los guijarros de la plebe fanática, y los anatemas de la Iglesia, el día en que oscuro estudiante dejó por primera vez oír la armonía de su verbo tempestuoso, al pie de la estatua de Bolívar, a quien cantaba, frente a la basílica cristiana que afrentaba, y en presencia de un pueblo que rugía furioso a sus plantas.

Demóstenes, fué a la orilla del mar para aprender en monólogo espantoso a dominar con su acento el acento de las olas.

Arrieta se hizo tribuno, ensobreciendo y dominando el inmenso mar humano, en diálogo tempestuoso con las multitudes, agitándolas con su acento y aplacándolas con su verbo poderoso;

su vida tribunicia, fué vida de lucha;

su elocuencia cosmopolita, brilló con igual resplandor en los Congresos de Colombia y Venezuela, y si su agitada vida de tribuno lo hubiera llevado lejos de esas playas ¿a dónde habría ido que con su talento no hubiera ocupado las cimas y, nuevo Orfeo, no hubiera traído las multitudes murmuradoras y conmovidas a sus pies?

.....

No hemos de juzgarlo como político;

en ese mar de fango y de miserias, bajo el cielo plomizo de la envidia; en esa lucha pertinaz en que se agitó, su talento poderoso lo llevó de una a otra playa

entre los aplausos de los unos y el anatema de los otros, pero vencido o vencedor, siempre aclamado por su mérito, y querido por sus amigos;

¿que quemó incienso ante el altar de los poderosos? pues fué un idólatra más grande que sus ídolos;

¿que dobló la rodilla? no es verdad, pero os lo concedemos para deciros que Arrieta, de rodillas, es más grande que sus críticos en pie.

Arrieta murió en la fuerza de su edad;

como un inmenso arco iris, se apoyaba en las dos generaciones liberales; la que declina cargada de tristezas y de gloria, y la que asoma coronada de sueños y de esperanzas.



EZEQUIEL ZAMORA

¡Ha muerto el heroísmo! ¡los grandes hombres se han ido!

he ahí el grito que lanzan en la sombra las almas enamoradas del pasado;

con la vista fija en el ocaso de una generación gloriosa, para ellos todo el valor, la grandeza y el genio de la patria se hundieron con los lidiadores épicos de la independencia; tras de Bolívar, Sucre, Mariño y Páez... nada en el cielo militar de la República;

los vientres de las madres no dan ya héroes, y los laureles de los montes, envían sus hojas mustias sobre las tumbas de los guerreros, porque no encuentran frentes dignas de ceñir con sus coronas;

el seno de la patria está maldito de esterilidad, y el genio de la guerra no ha vuelto a fecundarla;

con Bolívar murió la gloria, con Páez se acabaron los héroes...

he ahí el gemido de las almas melancólicas y soberbias, que en su idolatría por los grandes hombres de la emancipación, en su concepto pesimista del presente, en

su tedio mortal por nuestra edad, viven vueltos hacia el pasado, de rodillas ante las tumbas, viendo titilar los fuegos fatuos de la tierra, mientras encima de ellos, se prenden y se eclipsan, trazando curvas gigantescas, astros de heroísmo en el firmamento espléndido de la patria;

supremo error, el error de aquellas almas débiles; después de la guerra magna, el heroísmo ha igualado y superado en ocasiones el de los nobles guerreros de aquella epopeya legendaria;

¿que falta la grandeza del objeto? supremo error también;

los guerreros liberales, han sido los continuadores de los guerreros inmortales; sin ellos, la grande obra estaría por tierra, y reyezuelos cómicos como Itúrbide, habrían reemplazado la sombra que proyectaba en el continente, el fantasma de los reyes católicos;

sin ellos, los sombríos Planes de Monarquía colombiana, habrían sido un hecho con o sin el padre de la Patria; el Imperio mexicano habría vivido sostenido por ellos;

los conservadores de Guatemala, con Aycinena a la cabeza, habrían ido a uncirse al yugo de Itúrbide, y la proyección de las dos monarquías se habría hallado en el Istmo frente a los dos océanos, donde aún parece vagar la sombra aventurera de Balboa;

los españoles se fueron, y los conservadores se quedaron: el espectro de la Monarquía estaba en pie;

a los virreyes fugitivos, sucedieron los soldados soberbios, los dictadores clericales traídos por la ola conservadora, siempre encrespada y amenazante, siempre rebelde y traidora;

contra estos supervivientes del espíritu colonial proscripto, ha sido este rudo y heroico batallar del liberalismo americano; la obra de él, es la misma de la de aquellos;

el grito de 19 de Abril en Caracas, de 20 de Julio en

Bogotá, de 10 de Agosto en Quito, inició el movimiento que aun no ha concluido; la obra está por terminar;

los hombres de aquella época nos dieron independencia; los de esta segunda cruzada se afanan por darnos libertad;

a la consecución de la autonomía iban los hombres de la independencia; a la consecución de la libertad van los hombres del liberalismo; los primeros nos dieron un territorio, pero no una patria; Chateaubriand lo dijo: donde no hay libertad puede existir un país, pero no patria para un hombre digno;

la obra del liberalismo, es pues, la continuación de la obra de la independencia, y los guerreros que en esta noble cruzada han caído o caigan, el rostro contra el suelo, frente a la trinchera enemiga; pálidos de coraje en el cadalso sangriento; solos y tristes en la prisión inmundana no ceden en grandeza y heroísmo, a los que sembraron con sus huesos el sendero que recorrió el español vencido, desde las cimas tempestuosas de los Andes hasta el trágico valle de *Junín*; no menos grandes, pero ¡ay! más desgraciados;

aquellos vieron desaparecer del territorio americano, los ejércitos enemigos y arriarse para siempre entre las dianas de *Ayacucho* el pendón amarillo y rojo de los dominadores vencidos, y éstos, de combate en combate, de fortaleza en fortaleza, perseguidos, proscriptos, han caído sin ver la realización de sus ensueños, o combaten aún, viendo cómo flamea en los altos capitolios la bandera negra de oscuros y torpes despotismos;

es un deber consagrar estos hombres a la inmortalidad, coronar sus cráneos descarnados con las hojas de laureles tintos en su sangre, y volver a reclinarlos en sus sepulcros, haciéndoles muda centinela, mientras el liberalismo victorioso, golpeando con la punta de su lanza, dícele al mármol sagrado: Hemos vencido; ¡Excelsior!

*

* *

De aquellos grandes y trágicos duelos americanos, uno de los más reñidos y largos fué aquel que en Venezuela se ha llamado *la Guerra de los cinco años*:

una como inmensa ola de fuego pasó por el suelo de la patria, taló los cortijos, incendió los montes; la sangre derramada, bajaba manchando desde la nieve inmaculada de *Mérida*, hasta teñir en rojas las aguas azulosas del *Orinoco*;

el grito de guerra se escuchaba vibrar desde las selvas enmarañadas de la Sierra, hasta las pampas de *Apure*, que parecían temblar todavía bajo los cascos de los caballos de Anzoátegui y Rondón, Zaraza y Páez;

de montaña en montaña, de llano en llano, a las riberas de los ríos y sobre las aguas del mar; bajo el viento que hiela, y en la playa que arde, por todas partes, a todas horas, se combatía sin tregua y sin descanso;

en medio de aquel horizonte inflamado, sobre aquel como volcán en erupción, se mostró un momento a los ojos asombrados de la Historia EZEQUIEL ZAMORA.;

la guerra se condensó en él; águila indignada en medio de la tempestad, su aleteo formidable se escuchó con ruido asordador de *Churuguara* a *Barinas*, de *Santa Inés* a *Curbati*, hasta caer rotas las alas y sangriento el cuello en el lúgubre drama de *San Carlos*; la guerra pareció morir con él, y por un momento se temió que en la misma fosa cubierta de ramas se hubiera enterrado la Libertad con el soldado;

alto de cuerpo y erecto, bronco y breve el acento hecho para el mando, fija, audaz, la mirada como de águila que otea la presa, hosco el bigote, amplia la frente, resuelto el ademán, apuesto y victorioso, pasa este soldado heroico por las páginas de la Historia, como un sueño heroico, como una creación épica para desaparecer como Rómulo envuelto en el manto de una tempestad;

¡corta y heroica vida! ¡trágica muerte! en tan corto espacio de tiempo, qué serie de triunfos y heroísmos; concebía las victorias y las realizaba con la intuición del genio; su actividad era su vida, y apenas si se secaba sobre su frente el laurel de una victoria, cuando su mano atrevida había segado otras tantas para su frente de soldado invencible;

el fuego, las prisiones, y el destierro, lo habían ungido ya, cuando un día con su genio y su valor desembarcó en *Churuguara* al lado, de Falcón;

en *Barinas* dió su primer grito, despertó al pueblo y encadenó la victoria a su carro;

desde entonces no se vió sino a él en el horizonte; de asalto en asalto, de triunfo en triunfo, organizando y deshaciendo ejércitos; alcanzando épicas victorias llegó a *San Carlos*, para caer allí como deben caer los héroes, frente al enemigo, por única mortaja, la bandera de la patria cruzada de balazos, y húmeda luego con su noble sangre;

la victoria no lo abandonó sino para entregarlo en brazos de la muerte.

*

**

Hoy duerme en el panteón nacional de Caracas al lado de sus antecesores, los héroes de la primera cruzada americana;

allí está bien;

el viento del odio no aventará nunca su polvo, porque la gloria lo envuelve en su manto, y el partido liberal vela en su tumba;

el viento de reacción que pasa sobre América, se detendrá a las puertas de aquel templo de la Gloria y las sombras augustas de los lidiadores liberales, no sentirán nunca al espectro conservador golpear en su sepulcro para decirles: «Levantaos; estáis proscritos; ha muerto la Libertad, y la gloria no tiene ya derecho de asilo.»



JORGE ISAACS

Durante este largo despotismo de Colombia, la poesía ha enmudecido;

con la libertad, águila herida, la blanca inspiración plegó su vuelo, y mudas se ocultaron en el corazón y en la mente de los grandes espíritus de la patria;

como esos pichones de la plaza de *San Marcos en Venecia*, que dóciles al reclamo, vienen voloteando hambrientos, en torno a las migajas de pan que el viajero les arroja, nubes de versificadores neuróticos, vinieron en torno al despotismo, arrastrando su musa enferma; envileciendo el canto; y siendo en el palacio del César las aves domésticas de la Regeneración.

Tiberio que conservaba gustos de artista, alimentaba por lujo, a estos *virtuosos* de la infamia;

las lirás clásicas, las musas ortodoxas, vinieron al reclamo del presupuesto, y azotaron con sus alas fatigadas, aquel charco de lodo;

como aquellas migraciones de retóricos griegos, que más envilecidos que los romanos mismos, venían al pie

del trono de los Césares, con la pluma en la mano, y el cántico en los labios, pidiendo al soberano el honor de prostituir su *genio*, se vieron también *dilettantes* de poesía, venir de países remotos, ofreciendo al viejo déspota, aceptara las caricias de su musa, que otros tiranos habían rehusado desflorar.

Virgilio sin ternura, Horacio sin gracia, Ovidio sin elegancia, degradaron la métrica, y ajaron el laurel de Apolo, cantando ebrios en las orgías del despotismo;

la grande y verdadera poesía; la musa santa de la patria, estuvo lejos de esas bacanales, y como el *petrel* que se duerme encima de la tormenta, ella alzó su vuelo poderoso, y reposando sobre los blancos remos de sus alas, mecida por la tempestad, ha vivido inmaculada, fijos los ojos en aquel punto del horizonte a donde espera ver despuntar la blanca aurora...

los grandes poetas de la patria no se sentaron al festín de aquel César;

la musa vengadora de Juvenal, recorría a veces las calles en los labios del pueblo, flagelando aquella nueva Roma, que como la antigua, clamaba a gritos por el *Satiricón* de Petronio;

en esta ignominia de tantos años, en que el despotismo todo lo redujo al silencio, y sólo se vieron circular las dos formas escogidas de la literatura oficial: el panegírico y el libelo;

la serena y casta musa, como vestal sorprendida por los bárbaros, se encerró en su templo sin fuego, prefiriendo morir a permitir la mancilla del santuario, la sacrílega violación de su pureza;

cuando la libertad se muere, la verdadera poesía muere también;

las almas de los grandes poetas piden la libertad para cantar; como las alas poderosas de las águilas, necesitan el espacio inmenso para perderse en él; cuándo en esta época sombría se hizo un crimen recordar la libertad vencida,

Jorge Isaacs colgó su lira, y se fué como el romano a vivir en el silencio, lejos de las bajezas de la corte y de las miradas de Tiberio;

y la América estuvo huérfana de sus cantos;
este gran cantor, fué un gran luchador.

Jorge Isaacs que es el primero de los poetas de la patria, fué también uno de los primeros caracteres de la República;

tuvo algo tan austero como su musa; su virtud; la castidad de sus creaciones poéticas, no es más blanca que la de sus acciones públicas;

unid la musa de Virgilio, sin sus afeminaciones de efebo, a la palabra y el valor de Tiberio Graco, y tendréis un perfil de la personalidad de Jorge Isaacs;

la América, no lo conoce así; admira al poeta, ignora al político; la mitad de esta gran personalidad ha quedado en la sombra;

¡me parece que aun lo veo aquel día trágico!

la Regeneración se esbozaba; oculta en la tiniebla, la traición preparaba su marcha triunfal al Capitolio.

Rafael Núñez, a la sombra del general Trujillo, o inflado y débil, preparaba su largo y ominoso despotismo; el último Parlamento liberal, era el escollo;

él, había rechazado los halagos, y había negado su voto al nombramiento del Ministro omnipotente para Plenipotenciario en Washington;

era necesario ir contra el Congreso, y Núñez fué;

un día, todas las prisiones de Bogotá se hallaron vacías; los malhechores temibles de las viejas guerrillas conservadoras, recibieron cita a la Capital, y la Guardia Colombiana que ya empezaba a bajar la pendiente del deshonor, envió a sus soldados vestidos en civil y con el arma oculta; y aquella turba de presidiarios, salteadores y pretorianos, como una onda de fango fué lanzada contra el Congreso Nacional;

el Congreso, último asilo de la libertad vencida, como

si tuviese conciencia de que era el último Congreso de la Patria, se preparó a morir con la majestad de aquellos senadores romanos que perdida la batalla de Alía, cuando el pueblo huía de Roma, y las vestales abandonaban el templo, sentados en sus curules, esperaron los galos y la muerte, y éstos creyéndoles estatuas bajo sus blancas barbas y sus togas flotantes, se retiraban ya cuando uno de la horda habiendo llevado su mano a la barba de Papirio, el anciano se puso de pie y le hundió el cráneo con su cetro de marfil, y perecieron todos en el puesto de honor;

así esperaba el Congreso liberal a aquella muchedumbre de forajidos que aullaban afuera;

en el Senado estaba completa la plana mayor de liberalismo; hasta Murillo Toro, ya moribundo, se había hecho conducir allí en la hora tempestuosa del peligro;

en la Cámara de Representantes, Jorge Isaacs tronaba con elocuencia abrumadora lanzando sus frases irritadas contra aquel gobierno cómplice, y aquella multitud ebria y rugiente, que pedía su sangre;

el poeta transformado en tribuno, estaba sublime;

aquel poeta, enamorado y triste a quien como la sombra de Virgilio, ha visto la América toda, atravesar sus bosques y ciudades inclinándose sobre las almas adolescentes para despertarlas al amor con el beso de su musa casta y doliente, era allí el tribuno indignado, el formidable luchador de la palabra, no era Lamartine, era Vergniaud;

aquellas frases aladas que con la mansedumbre de un vuelo de palomas salían en estrofas armónicas de la lira del poeta, al calor de las pasiones políticas, al rumor de la plaza pública, salieron tempestuosas de la boca del tribuno, con el rumor alarmante de una bandada de águilas marinas que se escapan del nidar;

la multitud, no se atrevió a asesinar en sus curules a los senadores y diputados cuyos nombres le habían sido repetidos, pero esperó el momento en que salieran del

Capitolio;

entonces se lanzó sobre ellos; y, los guijarros, los bastones, las balas, vinieron a herir el rostro y el cuerpo de los elegidos del pueblo.

Jorge Isaacs por su elocuencia y la actitud de aquel día estaba marcado para víctima de aquella multitud, ebria de licor y sedienta de sangre;

la juventud corrió a rodearlo; era su poeta querido, su orador predilecto;

como las olas conmovidas, la, turbas se lanzaban sobre él, lo silbaban, lo insultaban, lo apedreaban...

rodeado de un grupo de jóvenes, revólver en mano, disputando su vida a la multitud y a la soldadesca, logró ganar su casa;

allí apareció en el balcón y quiso hablar, las balas y las piedras lo hicieron enmudecer;

después... cayó la sombra completa sobre la patria: y el tribuno poeta enmudeció.;

vencido en Antioquia, entró por completo en el silencio de la vida privada, y allí vivió devorando sus tristezas y acariciando sus ensueños:

Ya amanece me decía el poeta en una de sus últimas cartas, y a ese canto de alondra, siguió una franja roja y sanguínea que decoró el horizonte de la patria;

¡pero, ay! el derecho sucumbió, calló el poeta, y envuelto en los cendales de su gloria, se refugió en la sombra, que tenía ya vagas claridades del sol de la inmortalidad que empezaba para él...

¡y, allí murió!...



CESAR CONTO

Rompió la sombría desfilada de los proscriptos muertos, de aquellos mártires que fueron sembrando con sus huesos el suelo americano, restos queridos que el viento de la desgracia arrojó sobre extrañas playas en el naufragio espantoso de las libertades colombianas;

cayó de los primeros, cumpliendo la sentencia del poeta:

Fiel a ese pueblo mártir de la Historia
Muere, si hay que morir, cara al tirano;

y así murió él;

no le cupo en suerte, caer en la batalla ruda entre la selva agreste, como Daniel Hernández o Fortunato Bernal; en la brecha abierta sobre la muralla dura, como el insigne Cabezas; atravesado el corazón en la trinchera enemiga, como el sabio Lleras; en el patíbulo afrentoso, como Pedro Prestán, inocente; devoradas las entrañas por el veneno

asesino, como Ricardo Gaitán Obeso; al pie de la tribuna rota, como Felipe Pérez... tocóle morir proscrito y triste, lejos de la patria, nostálgico y vencido;

¡sombra melancólica y augusta! hoy no es una bandera, es ya un símbolo; ¡salud al lidiador!

*

* *

Los trágicos días habían llegado; la espantosa sombra, se engrandecía en el pálido horizonte; como inmensa mortaja, dada al viento la bandera conservadora, clavada por la mano temblorosa del traidor, flotaba en el capitolio nacional, y el liberalismo, como el mito cristiano atado a la columna, sufría los azotes del verdugo, y sentía en su rostro la saliva del sayón;

insepultos estaban aún los huesos de los soldados liberales, en los remotos campos de batalla; silencio de muerte había en la República y el soplo desolador de la última catástrofe, pasaba sobre el suelo asolado de la patria, cuando César Conto, atravesando el Atlántico, volvió a Colombia a acompañarla en su infortunio, a luchar por ella, a buscar su lote de lágrimas, y a caer como bueno y como grande;

de bajo las ruinas humeantes salían aún gritos de protesta, y guerreros sobrevivientes, lidiaban el último combate sobre los restos calcinados del murallón caído: era el combate de la prensa;

a los soldados, habían sucedido los escritores, y ellos en aquel silencio de muerte, ensayaban aún el toque de llamada sobre aquellas legiones muertas o vencidas;

ante la espantosa reacción conservadora, quisieron ser el escollo, y se enfrentaron;

la bandera liberal desgarrada en *Humareda* fué clavada por la mano fuerte de Felipe Pérez, sobre ese baluarte egregio que se llamó *El Relator*, y César Conto, avanzando por entre los fuegos enemigos, escaló la eminencia, e izó el bendito estandarte en la cima de luz de

El Liberal;

hubo pavor en las filas ultramontanas, y las alas negras de las aves de la noche, azotaron el faro inmovible;

la traición triunfante, tocó llamada a sus escritores, y vió con asombro que estaba sola; no había uno capaz de medir sus armas con el nuevo paladín;

allí fué Núñez con su frase erizada y rastrera, coloreada por el odio y escrita con sangre fraternal;

allí fué Carlos Holguín con su estilo truhanesco y su desenfado de pilluelo.

Antonio Silvestre con sus invectivas de ebria y todos esos escritorzuelos chafallones que han ensayado después su vuelo en la selva de la prensa regeneradora; nada pudieron;

acudieron entonces al pontífice, y armado de todas las armas como un viejo cruzado vino al combate Don Miguel Antonio Caro;

inteligencia disciplinada pero mediocre; espíritu sin vuelo; ilustración conventual; ahito de latín; entrabado en las formas de su prosa arcaica, el pobre gladiador cayó bajo el peso de su armadura al primer golpe de su contrario;

sin limpiarse siquiera el polvo de la caída, cobarde y cruel, se refugió en el palacio de *San Carlos*, a pedir a su amo el castigo de su vencedor, y la pérdida de César Conto fué decretada...

entre dos filas de soldados, enfermo, cuasi moribundo, después de una larga prisión, fué arrojado de la patria el escritor ilustre, que no tenía más crimen que su grandeza y su victoria;

el liberalismo se puso de pie y descubrióse para ver pasar al proscripto silencioso... la bandera quedaba aún enarbolada sobre el fuerte.

Nicolás Esguerra, el gran carácter de la República, la había alzado de entre el polvo, y la agitaba sin miedo desplegándola a los vientos del horizonte, hasta que a su

turno, cayó vencido y grande, envuelto en el glorioso pabellón.

*

**

César Conto fué a morir a Guatemala;
allí, en brazos del dolor y la tristeza, dobló su cabeza poderosa;

vivir en el destierro es horrible; ¡morir en el destierro debe ser espantoso!

¡bardo y proscripto infortunado, cuánto debió sufrir en su agonía! proscripto, cómo soñaría con su patria; poeta, cómo soñaría con la gloria; patriota, cómo soñaría con la libertad; ¡ah, su patria lejos, la libertad perdida, y la gloria de la patria envuelta en nubes! ¡lúgubre visión!

así murió aquel que había sido orador, poeta, guerrero y periodista excelso;

allá duerme en tierra extraña, bajo la sombra de extranjeros árboles, y al arrullo de brisas de otros mares;

allí duerme esperando que en Colombia haya una generación de hombres dignos, capaces de reconquistar la Libertad, y repatriar los huesos de los libertadores;

entretanto; bien está así; mejor se duerme en tierra extraña pero libre, que en la propia tierra siendo esclavo.



EZEQUIEL CUARTAS MADRID
MESSENIANA

Y tú también...

tú también, joven lidiador, también caíste;
apoyado en tu espada. rota, herido, prisionero,
torturado, mirando cara a cara al enemigo, exhalaste el
último suspiro, sin que nada faltara a tu pasión, ni la
sangrienta befa del contrario;

así, joven, esbelto, con el tipo ideal de la belleza
heroica, te verá la Historia colombiana, como uno de esos
guerreros jóvenes que caído sobre el escudo, inmortalizó
el cincel en las métopas del Partenón;

amado de los dioses te habría dicho el griego; amado
de la gloria te digo yo;

¡sagrado amor de una quimera, epitalamio con una
sombra que se desflora en la tumba con un beso de luz!

y, eras un pensador, un pensador austero; un tribuno,
un escritor, un poeta...

sublime enamorado del ideal, todo marcaba en ti la predestinación al martirio;

me parece ver alzarse tu figura del fondo del recuerdo...

alto, fornido, nervudo; busto hecho para la inmortalidad del mármol; trigueña la color, imberbe el rostro, romana la nariz, amplia la frente, ensortijado el cabello, sobre los labios esa sonrisa triste que era como el perfume de tu alma; en los ojos esa mirada fiera que era como la lumbre de tu genio;

soñador indomable, tú como el insurrecto hebreo, entrabas en la plena juventud de la vida y podías haber dicho a tus verdugos como Camilo Desmoulins a los suyos: «tengo la edad del descamisado de Judea»;

con esa serenidad de tu carácter, que era casi una tristeza del alma; con una gravedad prematura, como la gravedad de Fabricio; un fondo de luz en el ensueño; un rayo de melancolía en los ojos, atravesaste los treinta años de tu vida, dejando caer las flores soberbias de tu ingenio, en los oscuros valles de la proscripción, dando su perfume, en medios incultos, como esas grandes flores deshojadas, sobre las cuales cae el rayo de la luna en las quebradas profundas de una selva americana.

Julio Simón en su eclecticismo anémico exclamaba un día: «¿Cómo esperar que esta generación que cree en Dios, crea en el deber y el sacrificio?»

tú le has respondido gloriosamente; eres ateo; y, ¿qué culto al deber, iguala al culto tuyo? ¿y qué sacrificio de creyente, superará ése de tu alma heroica insensible a los miedos del deísmo ?

eras, no de una generación, sino de un grupo, que brotó al soplo de la nueva filosofía, espíritus radiosos, que nacieron en la sombra de la patria, como esos dioses indios que la mitología hace nacer en el silencio de las grandes selvas indostánicas, surgiendo del cáliz sagrado, al entreabrirse las hojas pálidas del loto;

generación infortunada, a quien le tocó vivir cuando la

libertad moría; que sólo alcanzó a ver las debilidades de los suyos, y las audacias de los contrarios; que apareció en. el momento supremo de la catástrofe, cuando el volcán de la ignominia hizo irrupción, y pasado el cataclismo en este mundo de lodo petrificado, no tuvo más destino que la emigración, el destierro, la prisión, el cadalso, o llegar hoy, como tú, a la frontera de la patria a morir sobre una trinchera enemiga, lanzando el último grito como una águila marina azotando el rudo peñón, deslumbrada por los relámpagos del cielo;

generación engendrada en Atenas y nacida en Bizancio, cuyos antecesores, habían vivido bajo Pericles, mientras a ella le tocó vegetar bajo la rueda de Narces; liberales en un país donde la libertad había muerto; ciudadanos en un país en que no había república; pensadores cuando era un crimen pensar; filósofos cuando la filosofía era un delito; enamorados de un ideal cuando la idea era un fantasma; nacidos en un país y crecidos en una tribu, estos desheredados exóticos, no tuvieron más camino que la prisión, la emigración o la tumba;

todas tres cayeron sobre ti, fuiste ungido con el óleo del dolor, del martirio y de la muerte;

¡oh noble carrera!

la vida digna, la muerte heroica; vivir en el honor y morir por él; sucumbir en el empeño sublime, sacrificado al amor que ha devorado toda la vida: el amor a la Libertad;

morir al pie del ídolo, sobre el ara sangrienta, con el cántico en los labios...

desaparecer como Rómulo en la tempestad, en la embriaguez divina del combate, en el ensueño luminoso, dando el grito atronador, y sintiendo en las espaldas algo como la caricia de las alas que nacen...

tornar la muerte pálida y hosca, en roja y sublime; hacer de la sombra llamarada, del Gólgota Tabor; prender la zarza en la cima y arrojar su nombre a la posteridad

como el mago hebreo las tablas de la ley entre truenos y relámpagos;

¡oh gran muerte, la muerte tuya! ella es la que hace recordar a la noble emulación de los ausentes, aquellos versos de Homero, que recitados por un niño, hicieron llorar a Mumio en el sitio de Corinto:

¡Oh, tres y cuatro veces felices los griegos que perecieron ante los vastos muros de Ilión, sosteniendo la causa de los atridas! Pluguiese a los dioses que yo hubiese cumplido mi destino el día en que los troyanos lanzaron costra mí sus JAVELOTS, mientras yo defendía el cuerpo de Aquiles. Entonces habría obtenido para mí los honores acostumbrados de la hoguera fúnebre y los griegos habrían hablado de mi nombre:

sí, gloriosa emulación que aumentó la nostalgia de los que no tenemos el alma saturada del amargo egoísmo que destila aquel verso de Lucrecio:

*« Suave mari magno, turbantibus æquora vestus
E, terra magnum alternus spectare laborem »*

*

**

Y, eras el testigo del recuerdo más doloroso de mi vida;
fué sobre tu noble pecho, ese pecho cruzado luego por
balas asesinas, que recliné mi cabeza vacilante cuando
cayó sobre mi alma, el rayo que había de reducir a cenizas
mis afectos, mis ambiciones todas del pasado;

¡jamás olvidaré aquel día!

estaba enfermo y triste; los médicos me enviaron al
campo; los amigos temían por mi vida;

era tiempo de lluvias y el campo monótono y triste;

la sierra abrupta de árboles endebles, y en torno a la
morada, bosques de sicomoros bajo los cuales cuajaba sus
frutos y abría sus flores pálidas y blancas el café;

declinaba la tarde, una tarde brumosa y fría, que tenía
palideces extrañas, y el sol velado por densas nubes se

ocultaba, sin dar el último beso a las grandes flores de noche que comenzaban a abrirse en la cresta de la cima, y en la riba del arroyo ataviadas de blanco, silvestres desposadas del misterio;

en el corredor de la casa, yo releía la carta, la última carta recibida de mi madre;

no era su letra, era la letra de la mayor de mis hermanas, pero su espíritu, su noble y valeroso espíritu, vagaba en esas páginas de tristeza infinita y de ternura inmensa:

Mi enfermedad avanza — me decía.

He cegado por completo, y siento que no he de verte ya, pero quisiera antes de morir reclinarte sobre mi corazón, acariciar a tientas tu cabeza, sentiste cerca de mí y cubrirte con mis besos. No me resigno a morir lejos de ti. Ven, hijo mío, ven... Pego no, mi egoísmo te haría mal. Los vencedores son implacables. No vengas. Yo ruego a Dios que me conserve hasta que vuelvas a mi regazo. No quiero morir sin verte. Sí, yo te bendeciré por última vez aquí, antes de bendecirte desde el cielo;

la tristeza de aquella carta me había sumido como en un ensueño doloroso;

borraronse ante mis ojos los objetos, y en temblorosa perspectiva, se alzaron los mirajes de un valle querido, y allá la blanca casa y la sombra de mi madre imponente y hermosa, de ella que había sido el culto fervoroso de mi vida;

¡y, la escena de aquella última mañana en que, rodeado de asechanzas, penetré en su aposento para decirle adiós!

su grito, ese espantoso grito que resuena aún en mis oídos, el temblor de sus brazos, el frío de sus labios, aquella desesperación con que se abrazaba a mi cuello, y aquellos besos que como nube de bendiciones caían sobre mi rostro y mi cabeza;

pocos momentos después, la carrera precipitada, el dominar de la loma, y la última mirada al paterno valle

dormido aún en las postreras nieblas perezosas;

y allí, en la puerta de la casa, ella como la estatua del dolor extendiendo a mí sus brazos como para detenerme, sus manos temblorosas como para bendecirme, y turbando con su lamento, el silencio de aquel campo, sobre el cual en ondas pálidas el alba enviaba íos primeros reflejos de su luz;

y, su grito, aquel grito que ha sido la pesadilla de mis noches solitarias, el himno de mis nostalgias sombrías: ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!...

pasó el recuerdo;

desperté de aquel ensimismamiento doloroso;

alguien llegaba;

eras tú, mi noble amigo, que venías de la ciudad cercana, y venías en busca mía; ¿qué me querías?

había tristeza y piedad en tu mirada, cariñoso dolor en tu expresión; sentí temor;

nuestro diálogo fué corto, de una concisión esparciata: como de dos hombres que miden el dolor y el valor al propio tiempo;

me extendías un telegrama que no abrí.

—¿Malas nuevas ?

—Sí.

—¿ Muerta?

viendo que vacilaba aturdido, me tendiste los brazos, y fué en tu pecho, en tu noble pecho, que cayó la última lágrima de mis ojos, salida del corazón, el día que trepé a la cima del dolor;

después, tú lo viste; me envolví en el silencio y el pesar; en esta impasibilidad que ha sido calumniada de insensibilidad, en este aislamiento del dolor que se ha creído la cima del orgullo;

la gran evolución de mi carácter estaba hecha; aquel día nací a otra vida;

sentí el desgarramiento doloroso de algo que moría en mi Alma; era toda la sensibilidad de mi pasado, que

sollozaba como un niño moribundo y que expiraba luego;
murió en mí el soñador, surgió el luchador; a las
blancas virginales flores del ensueño, sucedió esta
floración de pétalos rojos y sanguíneos del campo de la
lucha;

sobre la tumba de mi madre celebré mis nupcias
definitivas con la Libertad, a la cual había servido en los
campos del combate;

y, en aquella como vela de armas, tú estabas presente,
recibiendo mis confidencias y consolando mi dolor;

ambos éramos jóvenes, vencidos, desterrados;
comenzábamos esta vida que tú, más feliz, has
abandonado primero, coronándola con un fin digno de tu
nombre y de tu virtud;

¡oh mi noble amigo, mensajero inolvidable, consuelo
en aquellos días trágicos, ¿quién pudiera pagarte esos
cuidados, yendo allá al oscuro pueblo antioqueño, donde
tu madre anciana, solloza tu pérdida, y acercándose a ella
poder deslizarle en el oído palabras de Paz y de
consuelo!...

*

**

En tanto duerme, amigo mío; no arrullaré tu sueño con
quimeras de poeta ni visiones de creyente;

no te hablaré de la Gloria, la Gratitude, la Inmortalidad:
tres grandes mentiras;

los partidos son volubles, los pueblos son ingratos, los
hombres veneran el éxito y no el mérito;

vivirás en el corazón de tus amigos lo que ellos vivan;

después pasarás... no habrá para ti más inmortalidad
que la inmortalidad de la materia; la Historia se conquista
y se domina por la fuerza.

César, Alejandro, Napoleón la llenan casi toda, y eran
la lascivia, la embriaguez, la perfidia; pero asesinaron y
flagelaron la humanidad y ella los ha hecho inmortales en
premio de su azote;

quién repite el nombre de aquellos que frente a esos colosos de la fuerza, murieron en defensa del Derecho?

la Posteridad, halla hecha la Historia, y la consagra;

la inmortalidad, es tan duradera como la quietud de la ola;

el olvido, es lo único real; tú serás olvidado porque fuiste bueno;

sobre tu tumba, crecerá la ortiga y el silencio, centinelas de la grandeza muerta;

el viajero que remonta el Eurotas, buscando a la falda del Taigeto, entre las ruinas de Esparta la tumba de Leónidas, regresa sin hallarla; el tiempo arrebató aquel león de piedra que, según Hesiodo, decoraba esa tumba; pero hallará un zócalo intacto en el cual podrá aún leer esta palabra: TEAÆMA; es el pedestal de la estatua de la *Risa*, que Licurgo colocó entre los graves esparciatas;

ha vivido más la carcajada que el heroísmo.

¡Eso es la gloria!

FIN